



<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Una relación tan fuera de los límites que podría costarle muy caro...

La agente inmobiliaria Tara Sterling aprovechó la oportunidad de empezar de cero cuando heredó parte de la empresa de su exmarido. Pero reclamar el lugar que ella creía que le correspondía en Sterling Enterprises significaba trabajar codo con codo con Grant Singleton, el mejor amigo de su exmarido y actual director. La lucha por hacerse con el poder del mayor número de acciones hizo peligrar el control de la empresa y también el de sus propias emociones.

Capítulo Uno

La mayor alegría profesional para Tara Sterling era ver cómo sus clientes firmaban sonrientes la compra de una casa que valía millones.

—La familia está encantada con la adquisición. —Aquella ocasión podría haber sido el caso, pero la familia en particular no estaba presente para completar la compra. Los Bakers estaban esquiando en Aspen, como solían hacer cada primavera, y habían enviado a una mujer de su compañía de depósito de garantía como representante. —Y están muy agradecidos de que se la consiguieras a tan buen precio.

—Estoy encantada de ayudar —respondió Tara mientras su ayudante reunía y revisaba el papeleo. —Es mi trabajo.

—Y lo haces muy bien. Había mucha gente interesada en esta propiedad.

Tara sonrió y asintió, agradecida por esa muestra de aprecio. Aunque no viniera directamente del comprador, siempre era de agradecer. Tara trabajaba muy duro y se había ganado una buena reputación en el sector inmobiliario de San Diego. Tenía un don para encontrar las casas soñadas de sus clientes y la capacidad de negociación para conseguirlas al mejor precio. Era temida entre sus colegas de profesión, la consideraban despiadada. Algo que a ella le parecía un tanto exagerado. Simplemente era una persona que no estaba dispuesta a perder. Porque ya había perdido mucho. A su madre cuando solo tenía nueve años, su matrimonio siete años atrás y, hacía tan solo un año, a su querido padre.

Su muerte había sido un golpe especialmente duro. Había sido su guía durante la infancia y la adolescencia, había estado tan presente en su vida que perderlo había resultado devastador para ella. Habían pasado catorce meses desde su pérdida y no podía olvidar una de las últimas cosas que él le había dicho: «No esperes a ser feliz». Y no se había dado cuenta hasta ese momento de que no era feliz. A pesar de conocer gente nueva todos los días, su mundo se había ido reduciendo cada día que pasaba.

Cada vez tenía más conocidos, pero menos amigos de verdad. Y una vida amorosa totalmente inexistente. La mayoría de los hombres se sentían intimidados por su éxito, y ella se sentía decepcionada con ellos por su falta de ambición. Si quería volver a encontrar el amor, necesitaba a un hombre inconformista y aventurero, alguien como su exmarido, Johnathon Sterling. Él tenía ambición. Era apasionado y excitante. Por desgracia, también era muy inquieto y se aburría con facilidad. Su matrimonio solo había durado tres años. La primera mitad había sido emocionante; la otra, la había hecho sentir como si nunca hubiese estado a la altura. Al menos, no como mujer.

Así que decidió volcarse en su carrera para sentirse realizada. Y durante un tiempo le funcionó. Ganó muchísimo dinero. Se quedó con la casa que ella y Johnathon habían compartido y la reformó por completo. Llenó armarios con ropa de diseño y alquiló un Mercedes nuevo cada año. Hizo todo lo posible para mostrar al mundo que su divorcio no la había frenado. Que un hombre se desenamorara de ella no la definía. El único problema era que muy poco de todo eso la hacía realmente feliz. Y no se había dado cuenta hasta que su padre había fallecido.

—Si ya no me necesita para nada más, entonces me iré. —La mujer de la empresa de fideicomisos se levantó y extendió la mano sobre la mesa de la sala de reuniones.

Tara se levantó para devolverle el gesto cuando su vista se dirigió a su teléfono, que se iluminó con una llamada de Grant Singleton. Por suerte, lo tenía silenciado. Había dejado que saltara el buzón de voz.

—Creo que ya está todo listo.

—Perfecto. Los Bakers se alegrarán mucho. También su contratista. Está ansioso por ponerse a trabajar ya, hay mucho que hacer.

Tara acompañó a la mujer a la puerta.

—¿Empezarán con la cocina? Sé que la isla central les parecía un poco pequeña y que pensaban añadir un horno para pizzas.

—Oh, no. Arrasarán con todo.

—¿Con toda la cocina? —dijo Tara con cara de estupefacción.

—Con toda la casa. Harán una nueva construcción. Es una casa estupenda, pero no es del gusto de los Bakers.

Era algo habitual en las zonas más caras del condado de San Diego. A menudo, el terreno valía más que el edificio que lo ocupaba. Pero a Tara

seguía pareciéndole un despilfarro y un crimen derribar una casa tan bonita.

—Pero si me dijeron que les encantaba la casa. Negociamos basándonos en su petición personal de que querían criar allí a sus hijos.

La mujer se encogió de hombros.

—Y allí criarán a sus hijos. Pero no exactamente en esa casa.

Tara apretó los puños, clavándose las uñas. Por cosas así, a veces se cuestionaba lo que estaba haciendo. El dinero no era lo más importante. ¿Cómo podía sentir satisfacción cuando los clientes demolían todo en cuanto ella se daba la vuelta? Era como si su trabajo no hubiese servido de nada.

—Espero que sean muy felices —dijo Tara, y se despidió de ella. Tenía que dejarlo pasar. Como había hecho docenas de veces.

Cuando volvió a la sala de reuniones para agarrar su teléfono, la pantalla volvió a encenderse. Otra llamada de Grant. Un viejo amigo y socio de su exmarido. Grant y ella hablaban de vez en cuando, pero era extraño que la llamara dos veces en tan poco tiempo. Debería contestar.

—Grant, ¿qué pasa?

—Gracias a Dios que has contestado. —La voz de Grant sonaba desesperada, algo raro en él, que normalmente estaba tranquilo y lo mantenía todo bajo control.

—¿Qué pasa? —preguntó Tara con preocupación.

—Johnathon ha tenido un accidente. Estoy en el hospital del centro.

—Voy para allá —dijo Tara dirigiéndose a su despacho para agarrar su bolso.

—Date prisa, Tara. Es grave.

Entonces, ella se detuvo.

—¿No será una broma que habéis preparado entre los dos, verdad?

—No. Por supuesto que no. Por favor, ven. Su vida corre peligro.

—¿¡Pero qué ha pasado, Grant!?

—No hay tiempo para explicaciones. Tengo que dejarte —dijo Grant antes de colgar.

Tara bajó corriendo cuatro tramos de escaleras en tacones y cruzó a toda velocidad el aparcamiento hasta llegar a su Mercedes. Johnathon y

ella llevaban siete años divorciados, pero seguía queriéndole y preocupándose por él. No podía soportar la idea de no tenerlo más en su vida. No podía cargar con otra pérdida...

Pero Johnathon era un hombre fuerte. Era un luchador.

—Estará bien —murmuró para sí misma mientras zigzagueaba entre el tráfico. —Tiene que estarlo.

En cuanto llegó al hospital, Tara se dirigió directamente al mostrador para preguntar dónde estaba. Aquel olor del hospital le traía recuerdos desagradables. Le hacía pensar en la pérdida de su padre. Y en la de su madre. Hacía tiempo que ya no soportaba los hospitales.

Se subió en un ascensor y, cuando llegó a la planta que le habían indicado, salió de él algo desorientada. Vio el cartel de la sala de enfermeras a la derecha y, en cuanto emprendió el paso para dirigirse hacia allí, una mano la agarró del codo y tiró de ella hacia atrás. Al girarse se encontró con Grant. Su rostro había perdido color, lo que hacía que el contraste entre su piel y su barba oscura fuera mucho más marcado de lo habitual. Abrió la boca para hablar, pero no hizo falta que lo dijera, Tara lo supo enseguida.

—Lo siento mucho. No han conseguido salvarle.

«No, no, no». No era posible.

—Pero... ¿cómo? ¿Qué ha pasado? ¿Ha sido por ir conduciendo demasiado rápido? Le dije un millón de veces que era peligroso.

Grant sacudió la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz.

—Ha sido un accidente estúpido. Un golpe en la sien en el campo de golf; tuvo una hemorragia.

Tara se tapó la boca con la mano. Le costaba creer que estuviera muerto. Era tan joven... Tan solo tenía cuarenta y un años. Y encima odiaba el golf. —¿Dónde está? —preguntó Tara.

—Pedí que lo subieran a una habitación privada. Miranda está con él ahora mismo. No quería que tuviera que despedirse de él en Urgencias. O, peor aún, en la morgue. —¿Quién te ha avisado?

—Miranda. Estaba en el club de campo, en medio de una clase de tenis, cuando ocurrió. Pudo ir con él al hospital.

Miranda era la tercera esposa de Johnathon. Tara y ella tenían una relación bastante agradable. Miranda era una afamada diseñadora de interiores y había trabajado con Tara preparando casas para la venta.

—Es horrible. Apenas llevaban un año de casados.

Grant agarró a Tara de la mano y la condujo a una pequeña sala de espera para que pudieran sentarse.

—Eso es lo de menos. —Su rostro adoptó un aspecto aún más sombrío. —Miranda está embarazada y Johnathon no lo sabía. Tuvo que decírselo en la ambulancia mientras se moría. Había planeado darle la noticia esta noche. Iba a ser una sorpresa.

Una profunda oleada de tristeza la golpeó. Johnathon deseaba formar una familia desde hacía mucho tiempo. El tema de los hijos había sido uno de los mayores problemas que habían tenido entre ellos. Ella había querido esperar un poco, asumiendo que iban a vivir toda la vida juntos.

—Oh, Dios mío. Un bebé... Y ahora se ha ido.

—Lo sé. Ni siquiera puedo creerlo.

—La única familia que ella tiene es su hermano.

—Va a necesitar mucho apoyo. Y también ayuda con el bebé.

A Tara se le encogió el corazón. Miranda y ella no estaban muy unidas, pero Tara sabía lo que era estar sola, sin nadie en quien apoyarse.

—Estaré encantada de ayudarla en todo lo que necesite.

—Pero eres su exmujer...

—Eso no importa. No estábamos hechos el uno para el otro. Él quería tener hijos enseguida. Yo quería esperar hasta consolidar mi carrera. Él improvisaba y siempre intentaba exprimir todo lo que podía de la vida, yo necesitaba cierto orden.

—Pues para no estar hechos el uno para el otro, os casasteis muy pronto. —Grant se aclaró la garganta. No era la primera vez que manifestaba su disgusto por su relación.

Tara había conocido a Grant y a Johnathon la misma noche, en la fiesta de cumpleaños de un amigo común, hacía once años. Había sido Grant quien había flirteado con ella toda la noche, y Grant quien la había invitado a salir. Pero también fue Grant quien tuvo que ausentarse de la ciudad por una emergencia familiar al día siguiente y fue Johnathon quien acabó abalanzándose sobre Tara como un ave de rapiña.

—Lo sé. Pero así era él. Todo lo hacía por impulso. Éramos jóvenes y fue todo un poco loco, pero no me arrepiento —dijo con voz temblorosa.

Comenzaba a ser consciente de que su primer amor se había ido para siempre. Grant la estrechó en un fuerte abrazo.

—Claro que no. Él era un hombre increíble.

Tara apoyó la cabeza en el hombro de Grant y se permitió derramar unas lágrimas, algo que no solía hacer en público. No le gustaba sentirse débil y vulnerable. Pero aquello era diferente. Se trataba de Grant. Uno de los mejores amigos de su exmarido. El hombre del que se había enamorado durante uno o dos días antes de que se fijara en Johnathon.

—¿Y qué va a pasar con Sterling Enterprises? —preguntó Tara. Johnathon y Grant habían convertido su empresa inmobiliaria en un verdadero imperio.

Tara había estado involucrada también al principio, pero su exmarido decidió que no era buena idea que trabajaran juntos. Él la había animado a que se centrara más en la venta en lugar de la construcción. Y así lo hizo.

—Sterling estará bien.

—¿Estás seguro? —Ella seguía aferrada a Grant. Su abrazo la hacía sentir bien.

—Habíamos hablado de que yo asumiera el cargo de director general si a él le pasaba algo. No pensé que eso llegara a ocurrir nunca —dijo Grant mientras frotaba suavemente la espalda de Tara. —Tendré que coordinar algunas cosas con Miranda, ya que ahora será la propietaria mayoritaria, pero supongo que, entre su propio negocio y el bebé que está en camino, estará de acuerdo en que yo tome las riendas.

Tara se sentó y Grant volvió a agarrarla de la mano.

—Debes ser tú quien se lo comunique al personal. Y lo más rápido posible. Antes de que se enteren los medios —dijo ella.

Él asintió, manteniendo sus dedos alrededor de los de ella.

—Y también hay un funeral que organizar.

—Eso va a ser demasiado para Miranda. Yo puedo encargarme. ¿Hay algo más que pueda hacer?

—También deberíamos llamar a Astrid. Será mejor que haga una lista.

—Por supuesto. —Astrid era la segunda esposa de Johnathon, una supermodelo noruega que a Tara no le caía especialmente bien. Se había casado con ella pocos meses después de separarse de Tara. Aun así, había

logrado tener un trato cordial con Astrid. Era lo que hacía a diario en su trabajo como agente inmobiliaria. Siempre encontraba la manera de llevarse bien con todo el mundo. —Yo lo haré. Ya tienes bastante con lo tuyo.

—Gracias, Tara. Te lo agradezco mucho. ¿Estás segura de que podrás con todo? —La miró con sus profundos ojos marrones, llenos de sinceridad y compasión. Aquel hombre siempre había tenido un gran corazón. —Estaré bien. ¿Y tú? —dijo Tara.

—Yo siempre estoy bien. Ya me conoces. Superaremos esto, te lo prometo. —Se inclinó más hacia ella y le besó la sien, despertando de repente una atracción dormida que había existido entre ellos la noche en que se conocieron.

Los ojos de Tara se cerraron mientras disfrutaba de su gesto cariñoso. Hasta que aquel pequeño momento de paz fue interrumpido.

—Max —dijo Grant.

Tara volvió a abrir los ojos y se encontró con Maxwell Hughes, el abogado de Johnathon desde hacía mucho tiempo, que acababa de entrar en la sala de espera. Era un hombre imponente, alto y delgado, con el pelo oscuro peinado hacia atrás.

—Tenemos que hablar —respondió Max con frialdad. —¿Hay algún sitio en el que podamos hablar en privado? —Sin sutileza, miró a Tara de reojo, como si le estorbara.

—Debería irme. —Tara se levantó de su asiento. Ya estaba bastante alterada, y lo último que necesitaba era estar en presencia de Max. Había sido muy cruel con ella durante su divorcio de Johnathon. —Dudo que Miranda quiera verme o hablar conmigo ahora.

—Max, dame un minuto. —Grant sacó a Tara de la sala de espera y la llevó al ascensor. Pulsó el botón de la planta baja. —Lo siento mucho. Sus modales dejan mucho que desear.

—Por desgracia, lo sé de sobra. ¿Qué crees que quiere?

—Supongo que tendrá que ver algo con Sterling Enterprises. Espero que solo sea una formalidad para nombrarme director general.

—Oh. Claro. Eso tiene sentido.

—Lo sé. No ha elegido el mejor momento para hacerlo.

Capítulo Dos

La última vez que Grant había estado en la iglesia de Point Loma, en California, había sido para ejercer como padrino de Johnathon en su boda con Miranda. Ahora, poco más de un año después, Grant estaba allí de nuevo para despedirse de su viejo amigo.

Grant se movió en su asiento de la primera fila y dio unas palmaditas en la mano de Miranda, aunque ella no pareció inmutarse. Llevaba tres días haciendo todo lo posible por consolarla desde que ella lo llamó para decirle que Johnathon había recibido un golpe en la cabeza. Grant había estado tan seguro de que su amigo se pondría bien... Pero esta vez no había sido así. Grant llegó al hospital justo unos segundos antes de que falleciera. Y se encontró con Miranda llorando desconsolada junto a la cama de Johnathon, rogándole que aguantara. «No puedes irte. Estoy embarazada». Había un bebé en camino, un niño que nunca conocería a su padre. Y una serie de acontecimientos se habían desencadenado, pero no era exactamente lo que Grant había previsto. Después de su reunión con Max, Grant se había enterado de que dirigir Sterling Enterprises le exigiría tratar con las tres esposas Sterling. Ellas aún no lo sabían, y Max le había sugerido que debía esperar hasta unos días después del funeral para comunicárselo.

—Johnathon tenía un corazón tan grande como el océano Pacífico en el que tanto le gustaba surfear. Fue bendecido en vida con tres hermosas esposas, las cuales están hoy con nosotros. Nuestro más sentido pésame a todas ellas.

Se oyó un profundo sollozo. Grant no necesitó mirar para saber que era Astrid, la segunda esposa, que había llegado de Oslo sin tener la menor idea de quién era Miranda ni de que Johnathon se hubiera vuelto a casar. A Grant le había tocado suavizar la situación, como había hecho en innumerables ocasiones para ayudar a su amigo. Se imaginaba lo que pasaría cuando Astrid descubriera que Miranda estaba embarazada de Johnathon.

Grant sintió una punzada de culpabilidad al darse cuenta de lo mucho que le enfurecía que Johnathon nunca le hubiera dicho la verdad a Astrid. Tal vez Johnathon amara profundamente a sus tres esposas, pero también les había creado muchos problemas. Y, a ojos de Grant, la esposa que peor había sido tratada había sido Tara.

Estaba sentada a solo dos personas de él. Era imposible no mirarla de vez en cuando, igual que no había podido apartar los ojos de ella el otro día en el hospital. Tenía una belleza singular, con un pelo rubio brillante, la piel impecable, unos preciosos ojos de un azul intenso y unos labios...Había querido besarlos innumerables veces, pero Johnathon había sido muy claro, incluso después de su divorcio: Tara estaba fuera de los límites.

Ahora Grant necesitaba tenerla de su mano. Ella tenía facilidad para tratar con la gente debido a su trabajo, podría ayudarle a lidiar con Miranda y Astrid. Pero ¿estaría ella de su lado? Esa era una gran pregunta. Sin duda, Tara amaba inmensamente a Johnathon y querría que Sterling Enterprises continuara su andadura. Pero nadie podía imaginar que él hubiese planeado quitarle el control a Grant. Y ahora tenía que recuperarlo.

Los feligreses se pusieron en pie al terminar la misa y Grant se dirigió al pasillo para portar el féretro junto a otros cinco hombres. Todos eran empleados de Sterling Enterprises, entre ellos Clay, el hermano de Miranda. La vida de Johnathon giraba en torno a la empresa. La única familia que le quedaba viva era su hermano menor Andrew, quien brillaba por su ausencia. Grant tenía la esperanza de que el hermano se presentara en el entierro, pero parecía que las desavenencias eran demasiado profundas entre ellos.

Mientras Grant levantaba el ataúd con los demás hombres, pensaba en el gran peso que ahora recaía sobre sus hombros en todos los sentidos. Tenía que estar pendiente de Miranda y el niño que nunca conocería a su padre. Tenía que cuidar de Sterling Enterprises y hacer que la compañía siguiera prosperando. También debía asegurarse de que Astrid tuviera el apoyo necesario para superarlo. Y tampoco podía negar que quería ser el hombro en el que Tara llorara.

En el hospital, se había dado cuenta de que su atracción por ella seguía estando presente. Jamás se le ocurriría acercarse a ella estando Johnathon vivo, pero las cosas ahora eran diferentes. Todo había cambiado.

Tara se colocó obedientemente detrás de las demás esposas mientras sacaban a Johnathon de la iglesia. Miranda fue la primera en seguir el féretro, seguida de Astrid. Miranda lloraba en silencio y Astrid estaba tan abrumada que le costaba caminar. Tara ocupaba el último lugar en la procesión. En ese instante, sintió que era su deber mantener la compostura y atender los saludos y condolencias de los allí presentes. Apenas podía creer que hubiera muerto. Esperaba que saliera de detrás de una columna y dijera que todo era una broma.

Tara sabía que asumir su pérdida no sería fácil. Debía enfrentarse a la mezcla de buenos y malos sentimientos hacia Johnathon, a todo lo que no se había enfrentado cuando se divorciaron. Aunque no se atrevía a derramar lágrimas en ese momento. Había aprendido que no le convenía mostrar sus emociones cuando los niños del colegio se burlaban de ella por seguir llorando meses después de la muerte de su madre. Johnathon también le había enseñado a ser dura. Y Tara había aprendido que mostrándose fuerte siempre acababa consiguiendo lo que quería.

Sintió cierto alivio cuando notó el sol en la cara. Era un hermoso día de verano del mes de julio con una ligera brisa. Se moría de ganas de volver a su casa de Coronado, al otro lado de la bahía, quitarse los tacones y dar un paseo por la playa. Despejarse y seguir adelante. Pero no podía irse sin antes hablar con las otras dos esposas.

—Miranda —dijo Tara, acercándose a la viuda de Johnathon. —¿Cómo estás? ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

Miranda se volvió, oculta bajo unas oscuras gafas de sol, aunque las manchas de rímel en las mejillas evidenciaban su dolor.

—¿Que cómo estoy? Mi marido ha muerto —dijo abrazándose a su bolso Louis Vuitton como si fuera un salvavidas.

A Tara le sorprendió la respuesta tan brusca de Miranda. La relación entre ellas no era mala.

—Lo siento. Esto es muy difícil. No debí preguntarte. Lo lamento...

—No, perdóname —respondió Miranda hundiendo los hombros en señal de derrota. —La que lo siente soy yo. —Miró a su alrededor y luego se acercó a Tara. —Soy un revoltijo de hormonas. No sé cómo voy a criar a este niño yo sola.

—Supongo que no se lo has dicho a nadie.

—Mi hermano Clay lo sabe. También tú, Grant y algunas de mis amigas íntimas. Eso es todo. No quiero que nadie más lo sepa. Todavía no.

Y no quiero que Astrid se entere antes de volver a Noruega. Johnathon me contó que intentaron tener un bebé, pero nunca lo consiguieron. Además, él nunca le contó que se había casado de nuevo. Seguro que ella me odia.

—No digas eso, anda.

—Ahora mismo, solo deseo meterme en mi cama, dormirme y despertarme en una realidad diferente —dijo Miranda negando con la cabeza, consternada.

—Lo siento, Miranda. Lo siento mucho —le dijo Tara mientras la abrazaba.

De repente, Miranda se puso rígida en los brazos de Tara.

—Oh, mierda. Astrid viene hacia aquí. No estoy preparada.

Miranda se soltó del abrazo de Tara, giró sobre sus talones y desapareció entre la multitud. Antes de que Tara tuviera tiempo de mentalizarse, Astrid ya la estaba agarrando de un brazo.

—No sé qué vio en ella. —El acento noruego de Astrid era más marcado ahora que la última vez que habían hablado. Astrid se había mudado a Noruega, su país natal, justo después de divorciarse de Johnathon hacía dos años.

—Miranda es encantadora —dijo Tara. —Pero tú eres la mujer más guapa de este funeral, así que no veo motivo para estar celosa.

De hecho, Astrid era una auténtica belleza. Alta, de piel perfecta y un precioso cabello dorado. Además, no había ropa que no le sentara bien. Sería fácil envidiar a Astrid, pero Tara no lo hacía. Sabía que ella había sufrido mucho durante su matrimonio con Johnathon.

—No puedo creer que se hubiese casado de nuevo. Nunca me lo dijo.

Tara no tenía explicación para eso. No podía imaginar por qué Johnathon no se lo había dicho. A ella siempre se lo había contado. Él decía que era un acto de cortesía, aunque Tara, que seguía sin pareja, siempre había tenido la sensación de que su intención era restregárselo por la cara. Sin saber qué podía decir para que Astrid se sintiera mejor, Tara decidió abrazarla. Al parecer, su papel ese día era el de consolar a las otras esposas.

—Lo hecho, hecho está. Se ha ido y todos tenemos que encontrar una manera de seguir adelante.

—No sé si seré capaz de superarlo.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en San Diego? —dijo Tara separándose del abrazo.

—Todavía tengo mi ático en el centro. Pienso quedarme un tiempo. Estar aquí me recuerda a Johnny. Me sentiré más cerca de él.

La comisura de los labios de Tara se torció. Astrid era la única persona que se había referido a Johnathon como Johnny. No encajaba con el Johnathon que ella había conocido, pero tal vez había sido diferente con Astrid.

Buscando una salida a su conversación con la noruega, Tara echó un rápido vistazo a la multitud hasta dar con Grant. Quería hablar con él antes de marcharse.

—Astrid, ¿tienes mi número de móvil?

—Así es —asintió ella.

—Bien. Llámame si necesitas algo. Me pondré en contacto contigo más adelante, ¿de acuerdo?

—Quiero que sepas que entiendo por qué te quería —dijo Astrid agarrando de la mano a Tara. —Eres maravillosa. Es Miranda quien me hace cuestionar su cordura.

Tara no estaba dispuesta a meterse en ese peligroso terreno.

—Cuídate, Astrid. —Le dio un beso en la mejilla y se dirigió hacia Grant, agarrándolo del brazo—: ¿Puedo robarte un minuto?

—Y una hora entera, si quieres. —El tono de coqueteo en su voz era imposible de pasar por alto.

—No quieras saber lo que podría hacerte en una hora —contestó ella mientras lo dirigía hacia la sombra de un roble.

Grant sonrió y se quitó las gafas de sol, mostrando unas pequeñas arrugas en las comisuras de sus ojos castaños. Se pasó la mano por el espeso cabello del mismo color y se lo apartó de la cara. Se había afeitado, pero ya se intuía una pequeña sombra de barba en su mandíbula. Grant era un hombre muy atractivo, aunque nunca había hecho alarde de ello. Eso no impedía que todas las mujeres se fijaran en él.

—Siempre me amenazas con frases como esa cuando nos vemos, pero nunca las cumples. ¿Por qué?

—A Johnathon le horrorizaría saber que estamos flirteando en su funeral.

Grant se encogió de hombros.

—Habría hecho lo mismo si se hubieran invertido los papeles.

—Eso es totalmente cierto.

Él agarró su mano, juntó sus dedos y los apretó con fuerza.

—¿Cómo lo llevas?

—Estoy bien.

—No me des la respuesta de Tara Sterling, la agente inmobiliaria. Quiero la respuesta Tara Sterling, la mujer que conozco desde antes de que se casara con mi mejor amigo.

—Realmente estoy bien, pero creo que todavía estoy en shock. Pregúntamelo de nuevo dentro de una semana.

—Te entiendo. —Grant inspiró profundamente por la nariz, pero no le soltó la mano. —Yo me siento igual. Y me da mucha rabia que Johnathon no le contara a Astrid que se había vuelto a casar.

—Es una mierda, pero ¿seguían teniendo una relación cercana? Tenía sentido que Johnathon y yo habláramos, porque siempre nos cruzábamos en fiestas o restaurantes. Pero ella estaba en Noruega.

—Estoy seguro de que hablaban. Tuvo oportunidad de decírselo. —Le soltó suavemente la mano y a Tara no se le escapó el cambio de tono en su voz. Grant conocía todos los secretos de Johnathon.

—Será mejor que no comentes nada con Astrid; ella ya está bastante enfadada. Dijo cosas muy feas sobre Miranda. —Tara también guardaría silencio y trataría de evitar conflictos.

—Tenemos que mantener lo del embarazo en secreto. Y también hay algo más... Pero necesito que quede entre nosotros. Al menos durante unos días.

—¿Algo malo? —dijo Tara con cara de preocupación.

—Johnathon dividió sus acciones de Sterling Enterprises entre vosotras tres.

—¿Qué? ¿Por qué? —No tenía sentido. Miranda era la heredera obvia de esa participación en la empresa. Se iba a enfadar mucho cuando se enterara.

—Él consideraba que tú no habías recibido lo que te correspondía cuando os separasteis. Y Sterling nunca habría despegado como lo hizo si no hubieras estado allí al principio.

Eso era cierto, y ella nunca había superado la forma en que Johnathon la había apartado.

—Vaya... Así que en realidad sí había valorado mi trabajo.

—Y Astrid estuvo a su lado cuando la empresa crecía tan rápido que casi nunca estaba en casa. Creo que siempre se sintió culpable por ello. En cuanto a Miranda, eso se explica por sí mismo.

Las ruedas empezaban a girar en la cabeza de Tara. Estaba ansiosa por tener un cambio en su vida. Necesitaba algo nuevo y más emocionante. Construir, no simplemente vender y hacer caja. Su padre le había dicho que dejara de esperar para ser feliz.

—Me va a llevar algún tiempo entender por qué lo quiso así. —Una nueva oleada de tristeza invadió a Tara. Había una parte de ella que siempre amaría a Johnathon, con sus defectos incluidos. —¿Hablaste de esto con él? —Hablábamos de todo. Ya lo sabes.

—¿Así que lo supiste todo el tiempo?

—No... —Grant desvió la mirada a lo lejos. —Esto me lo ocultó.

—Lo siento. Eso no está bien.

—No necesitas disculparte por él —dijo Grant centrando la mirada de nuevo en ella.

—¿Y ahora qué?

—Max convocará una reunión con las tres. Por eso te lo digo con antelación. Necesito saber si vas a estar de mi lado.

Tara le miró enarcando las dos cejas.

—¿A tu lado? ¿Qué quieres decir?

—Sabes lo duro que he trabajado. Sterling Enterprises debería ser mía para dirigirla como se merece.

Ahora comprendía a dónde quería llegar. Grant iba a pelear por sus acciones, y posiblemente también por las de las otras esposas. Ella no estaba en condiciones de comprometerse a nada ahora. Necesitaba tiempo para pensar.

—Sabes que te adoro. —Siempre daba buen resultado adular a un hombre. —En realidad no lo sé.

—Pues sí. Pero lo siento. El único lado en el que puedo prometer estar es en el mío.

Capítulo Tres

Grant había pasado días tratando de imaginar cómo se desarrollaría la reunión con las tres esposas. Deseaba que ellas accedieran a venderle sus acciones de Sterling. Su posición ahora estaba debilitada. Podría darles una parte sustancial de dinero ahora, pero necesitaría tiempo para reunir el resto del capital. Sencillamente, no disponía de tanto dinero en efectivo. Gran parte de sus activos estaban invertidos.

Y, aparte del problema del dinero, las personalidades de las tres esposas eran también un factor decisivo. Miranda, sensata la mayoría de las veces, estaba ahora comprensiblemente angustiada. Astrid era vengativa y estaba enfadada por los secretos que Johnathon le había ocultado, y lo más probable era que esos sentimientos se intensificaran en cuanto se enterara del embarazo.

Y Tara era su aliada más probable, pero también era una de sus mayores debilidades. Si alguien era capaz de persuadirlo, esa era Tara. Muchas veces, a lo largo de los años, Grant se había cruzado con ella y se había encontrado buscando justificaciones para olvidarse de la lealtad hacia su amigo, aunque solo fuera por una noche. Sí, le había prometido a Johnathon que nunca cruzaría esa línea y había mantenido su palabra. Pero su mejor amigo ya no estaba.

Además, Johnathon le había traicionado en cierta manera con la empresa. ¿Hasta dónde llegaban las promesas que se habían hecho el uno al otro, ahora que Johnathon se había ido?

—¿Estamos preparados para esto? —Grant se paseaba de un lado a otro en el amplio despacho de Max. Tenía las manos húmedas y un sudor frío perlaba su frente.

—Desde hace días. Fuiste tú quien pidió que se retrasara. Y solo lo he hecho porque nos conocemos desde hace mucho tiempo. Ellas deberían haber sido notificadas de inmediato. Y también debería haberle dicho a Miranda en el hospital que su marido la había engañado.

—Su marido acababa de morir, por el amor de Dios. ¿De verdad crees que era el mejor momento para hacerlo?

Llamaron a la puerta y el asistente personal de Max entró a continuación. —Señor Hughes, las esposas Sterling han llegado.

—Gracias. —Max se levantó de su asiento y se abrochó la chaqueta. —Hazlas pasar.

Grant se hizo a un lado, quería que Max llevase la voz cantante y pasar lo más desapercibido posible. Sin embargo, en cuanto Tara entró por la puerta, se fue hacia ella por impulso:

—Tara. Estás tan guapa como siempre.

—Gracias. —Con una sonrisa escéptica, lo arrinconó y le murmuró en voz baja—: Supongo que no has dicho nada a Astrid y Miranda.

—Ese es el trabajo de Max, no el mío.

—Entonces, ¿por qué me lo contaste a mí? —dijo Tara con mirada de sospecha.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo. No podía ocultártelo.

—¿Qué te traes entre manos, Grant? —preguntó ella en un susurro. —¿Planeas pelear por esta parte del testamento de Johnathon?

—No. Por supuesto que no. Te lo explicaré todo en cuanto Max hable con vosotras. Te prometo que no es nada malo. Supongo que no esperabas nada de esto, ¿verdad?

—Desde luego, nunca esperé recibir nada de mi exmarido. Max se aseguró de eso en el divorcio.

—Estás de mi lado, ¿verdad?

—Sí. Claro. —Ella echó un vistazo a Astrid y Miranda, que acababan de entrar en la habitación y no se dirigían la palabra. —Además de estar de mi lado, por supuesto.

Esa no era exactamente la respuesta que Grant quería.

—Señoritas —comenzó Max. —Por favor, tomen asiento.

Miranda y Astrid ya ocupaban dos de las sillas frente al escritorio de Max. Tara ocupó la tercera, que estaba en el centro. Era el lugar apropiado para ella. Grant la veía como el puente entre todos los presentes. Astrid aún no le dirigía la palabra, ya que se había dado cuenta de que él había sabido todo el tiempo que Johnathon le había ocultado su nuevo matrimonio. Pero Astrid tendría que entrar en razón en algún momento. Grant sabía cosas

sobre su relación con Johnathon que estaba seguro de que ella querría mantener en secreto.

Grant no se molestó en sentarse, se limitó a apoyarse en una de las estanterías cercanas al escritorio de Max. Se metió las manos en los bolsillos y su pulso volvió a acelerarse.

—Como ya sabréis, todos los bienes personales de Johnathon han sido dejados a su esposa, Miranda —continuó Max.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí? ¿Nos has traído para insultarnos? —dijo Astrid removiéndose en su asiento.

—Estáis aquí porque la parte de Johnathon en Sterling Enterprises pasó a un fideicomiso separado después de que él y Miranda se comprometieran. Quería que su participación del cincuenta y uno por ciento se dividiera en partes iguales entre las tres.

Astrid se agarró a su asiento. Tara apretó los labios con fuerza, pero no dijo nada.

—¿Perdón? —soltó Miranda. —No tenía ni idea de todo esto.

Max levantó ambas manos en un intento de calmar la situación.

—El negocio ya era una entidad separada cuando os casasteis. Aparece en vuestro acuerdo prenupcial.

—Pero si me dijo que sería todo para mí. —Miranda seguía sin poder creérselo.

—A menos que tengas algún documento suyo, aquí no aparece nada de eso. También dejó una carta para que yo os la leyera.

Ahora era el turno de Grant de objetar:

—Espera. No sabía lo de la carta.

—¿Acaso ya estabas al tanto de lo demás? —dijo Miranda de manera acusatoria.

—No hasta el día que perdimos a Johnathon. Supuse que todo pasaría a ti, que yo me convertiría en director general y que simplemente llevaríamos la sociedad entre los dos. —Se volvió hacia Max—: Nunca me hablaste de que había una carta.

—Estoy siguiendo los deseos de Johnathon. Él quería que esto se leyera a sus esposas. Y, para ser honesto, no estoy seguro de que debas estar en la habitación en este momento.

—Pues yo sí creo que Grant debería quedarse —dijo Tara. —Él era la mano derecha de Johnathon. Él debería ser el director general. Nada tendría que cambiar eso.

—Más vale que sepa hacer su trabajo. Es mi dinero. Ese porcentaje de la empresa es mío por derecho —dijo Miranda cruzando las piernas y luego los brazos con cara de enfado.

Max sacó la carta de un sobre, la desdobló y empezó a leer:

—«Queridas Miranda, Astrid y Tara: Le he pedido a Max que lea esto para explicaros mi decisión de dejaros a las tres mis acciones de Sterling Enterprises. Para Miranda, sé que esto puede ser una decepción, pero creo que la fortuna que he dejado es imposible de gastar en una sola vida. Sé que he hecho bien. En cuanto a Astrid y Tara, la verdad es que Sterling nunca habría llegado a ser lo que es hoy sin vuestra ayuda y apoyo. Formasteis parte de mi éxito durante nuestros matrimonios, pero la empresa ha despegado realmente desde que Astrid y yo nos divorciamos. Creí que sería justo compartirlo entre todas. Miranda, tienes mi amor y devoción eternos, pero nunca he dejado de preocuparme por Astrid y Tara. Serán parte de mí para siempre, al igual que tú. Espero que todas podáis entender que mi corazón me llevó a tomar esta decisión. Puede parecer inusual, pero tiene mucho sentido para mí. Con todo mi amor, Johnathon».

El silencio se apoderó de la habitación. Ninguna de ellas se movía ni decía ni mu.

—No puedo creer que me haya hecho esto —dijo Miranda rompiendo el silencio.

—No creo que te falte el dinero —murmuró Astrid.

—No creo que sea asunto tuyo —respondió Miranda.

Grant tuvo que intervenir antes de que la situación se volviera aún más conflictiva. Se apartó de la estantería y se acercó a las esposas.

—Por favor, dejadme ayudar en esto. —Grant tomó asiento en la esquina del escritorio de Max. —Lo hecho, hecho está. No podemos cambiarlo. Fue decisión de Johnathon mostrar su agradecimiento a Tara y Astrid, como también fue decisión suya ponerme al frente de la empresa.

Respiró hondo, sabiendo que años de duro trabajo y todo su futuro estaban en juego. Cualquiera de esas mujeres podría obstaculizar su control sobre Sterling. Tenía que seguir manteniendo una postura moderada ante ellas.

—Mi veinte por ciento en la empresa no constituye una participación mayoritaria, ni tampoco ninguna de las vuestras de manera individual. Si mis cálculos no fallan, suponen aproximadamente el diecisiete por ciento de la empresa para cada una de vosotras. Puesto que ya tenía previsto asumir el cargo de director general, me gustaría proponeros la compra de vuestras acciones. Sería suficiente con tener el mismo cincuenta y uno por ciento que Johnathon poseía. Eso me pondría en posición de dirigir la empresa exactamente como él lo hacía.

—¿Y qué te hace pensar que estoy dispuesta a hacer eso? —preguntó Miranda.

—Cállate. Quiero oír la oferta de Grant —intervino Astrid.

—No te atrevas a hacerme callar —replicó Miranda, dirigiendo una dura mirada a Astrid y luego volviendo su atención a Grant. —Quizá yo quiera dirigir Sterling. No importa que Johnathon te nombrara director general. Puede que yo también quiera comprar la parte de las otras. Se trata de quién posee el trozo más grande del pastel.

A Grant se le aceleró el corazón. ¿Estaban a punto de irse al garete sus años de duro trabajo?

—No hay por qué decir nada esta noche.

—Grant tiene razón. —Tara le lanzó una mirada que sugería que aún podía estar de su lado. Él se aferró a la idea. Era su único salvavidas. —No deberíamos tomar ninguna decisión ahora mismo. Creo que necesitamos tener una reunión por nuestra cuenta. Hablar de nuestros propios objetivos y metas.

Lo que decía era sensato. Pero Grant estaba de los nervios, porque todo parecía indicar que él acabaría perdiendo el control sobre la empresa.

—Estoy de acuerdo —dijo Miranda tras aclararse la garganta.

—Yo también —añadió Astrid. —No pienso volver a Noruega de momento.

—Entonces, nos reuniremos las tres mañana por la noche. ¿Os parece bien en mi casa a las siete? —preguntó Tara.

—Sí —aceptó Miranda mientras Astrid asentía.

—Y mientras tanto, Grant, ¿podrías presentarnos una oferta para que sepamos exactamente de lo que estamos hablando? —La mirada de Tara se cruzó con la suya y él pensó si realmente ella estaba de su parte. Tara estaba acostumbrada a las negociaciones. Era una experta en mantener la

calma en situaciones de tensión. Le hubiera gustado que esa cualidad no le resultara tan atractiva. Tenía la sensación de que acabaría hundiéndole.

—¿Una sola oferta? ¿Te refieres a un solo acuerdo con las tres juntas? —No había esperado que las esposas formaran una coalición.

Tara miró primero a Miranda y luego a Astrid. Asintieron con la cabeza. Luego volvió a mirar a Grant.

—Pues sí. Creo que sí. Es lo más lógico. No hace falta contratar a tres abogados. —Tara recogió su bolso. —Creo que eso es todo por ahora. Nos vemos mañana en mi casa.

Miranda y Astrid salieron por la puerta, y Tara las siguió.

—Me gustaría pedir una cosa. —Grant estaba desesperado. —¿Puedo hacer la oferta en persona? ¿Tal vez antes de que comencéis vuestra reunión mañana?

—Grant. —Tara le sonrió, pero no fue un gesto cálido. —Sé lo que pretendes. Es más difícil decirle a alguien que no en persona.

—Creo que Johnathon lo preferiría así —respondió él.

—Envíanos la oferta por correo electrónico. Miranda, Astrid y yo nos reuniremos primero, y luego puedes venir cuando hayamos terminado y te daremos nuestra respuesta en persona.

—Me parece bien —aceptó él con pocas esperanzas de que las cosas salieran bien.

Miranda y Astrid se marcharon, pero Grant tenía que hacer una última petición, así que agarró a Tara justo delante de la puerta.

—Tara. Nos conocemos desde hace mucho. Por favor, no me trates como si fuera el malo.

Tara se enganchó el bolso en el brazo y lo miró a los ojos.

—Por favor, Grant. Tienes unos ojos de cachorro impresionantes, pero no conseguirás mi compasión.

—No te estoy pidiendo eso. Tú y las otras esposas tenéis todo mi futuro en vuestras manos y me gustaría saber cuanto antes que no me vais a arruinar.

Tara le dio un beso en la mejilla y él tuvo que soportar la oleada de calor que le recorrió el cuerpo.

—Eres guapo y rico. No te preocupes, todo te irá bien.

Capítulo Cuatro

Tara apenas pudo dormir la noche tras la reunión en el despacho de Max. Grant, como director general, necesitaba la plena confianza de un núcleo sólido de accionistas. Ella había pensado que podría trabajar en la construcción de una alianza. En cambio, él parecía estar pensando más en dividir y conquistar.

Así que Tara llegó a la conclusión de que lo mejor sería tratar de crear su propia coalición. Una poco probable, sin duda, pero que podría liberarla de los grilletes de su carrera actual y permitirle volar hacia algo nuevo. Una en la que pudiera intervenir a un alto nivel, determinar su propio destino y cerrar el círculo de su historia con Sterling Enterprises. Había estado presente desde el primer día y la habían echado de manera injusta antes de que el negocio empezara a ir bien. Después de la muerte de Johnathon, lo correcto era que se encargara de que la empresa siguiera prosperando. Tal vez eso era lo que necesitaba ahora.

Después de la visita a una casa a última hora de la tarde, tomó el puente sobre la bahía hasta Coronado. Cuando llegaba a la isla siempre se sentía más relajada. Todo lo contrario a lo que le ocurría a Johnathon. Él prefería el bullicio del centro de San Diego, donde Astrid y él habían vivido juntos, o las casas un poco más lujosas de los acantilados de La Jolla, donde había vivido con Miranda. Sin embargo, para Tara, Coronado era su pequeño paraíso. Su casa era una preciosidad de tres dormitorios y tres baños con unas vistas impresionantes del Pacífico y que, al mismo tiempo, le permitía disfrutar de cierta intimidad. Era lo único en su vida que le daba algo de paz.

No sabía cómo podía acabar la noche. Temía que se produjera una pelea entre Miranda y Astrid. Tenían motivos para no caerse bien. Pero, según la experiencia de Tara, el dinero aliviaba muchas heridas. La promesa de una gran cantidad de dinero podría ser suficiente para limar asperezas entre ellas.

Astrid fue la primera en llegar. Miranda lo hizo también tan solo un minuto después.

—¿Puedo ofreceros algo de beber? ¿Vino? ¿Agua con gas? —Sabía que Miranda solo debía tomar bebidas sin alcohol.

—El agua me parece bien —dijo Miranda con la misma rapidez con la que Tara lo había pensado.

—Yo necesito un vino —dijo Astrid. —Me iré en taxi si es necesario.

Tara les sirvió a cada una su bebida y se recordó a sí misma que había lidiado con muchas situaciones espinosas en su carrera inmobiliaria. Podía convencerlas de su plan, se dijo a sí misma.

—Vayamos al salón. Allí estaremos más cómodas para hablar de la oferta. —Las condujo a la zona de estar, con dos grandes sillones de lino blanco y una mesa de centro de roble. La decoración era playera, pero elegante. Perfecta para Tara.

—Solo se ofrece a comprar nuestras acciones en pequeños trozos durante los próximos años —dijo Astrid. —No voy a hacerlo. Prefiero tener mi dinero ahora.

—¿Te refieres a las acciones de Sterling Enterprises que ninguna de las dos debería poseer? —preguntó Miranda.

—Retrocedamos un momento. No hay razón para enfadarse —dijo Tara, queriendo mantener la calma.

—¿Enfadarse? —Miranda la interrumpió. —Eso se queda muy corto para definir lo que estoy sintiendo ahora mismo. No debería estar ahora en esta reunión. No debería tener que pensar en esto en este momento. Me siento traicionada por mi marido muerto. Me siento traicionada por el padre de mi hijo. —Miranda cerró los ojos y se llevó la mano al vientre.

Oh, no. Tara dirigió la mirada hacia el rostro de Astrid de manera automática.

—¿Qué hijo? —preguntó Astrid, que había palidecido de repente.

Miranda abrió los ojos de golpe. Era evidente que se había dado cuenta de su error. Acababa de revelar el secreto que quería ocultarle a Astrid, al menos hasta que ella no regresara a Noruega.

—Sí. —Miranda tragó saliva. —Estoy de ocho semanas.

Tara se quedó helada, preparándose para la explosión de Astrid. Miranda parecía estar haciendo lo mismo. Ninguna de las dos parpadeó ni se atrevió a pronunciar una sola sílaba.

Pero Astrid hizo algo que las sorprendió a las dos: sonreír.

—¿Un bebé de Johnny en camino? —Una lágrima rodó por su mejilla. —Deseaba tanto tener hijos...

Tara no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Era felicidad lo que había en la voz de Astrid?

—Me alegro mucho por ti. Enhorabuena. —La mirada de Astrid era inconfundible. Seguía queriendo a Johnathon.

—Gracias. —Miranda exhaló un suspiro. —Para serte sincera, pensé que te molestaría. Me dijo que habías tenido problemas para concebir.

Astrid asintió, pero al mismo tiempo fruncía los labios como si estuviera conteniendo las lágrimas.

—No estoy preparada para hablar de ello. Así que, por favor, volvamos a lo que tenemos entre manos.

Tara se sintió mal por Astrid. Podía ver claramente su sufrimiento.

—Parece que ninguna de nosotras está contenta con la oferta de Grant. Le he estado dando muchas vueltas y creo que tiene que haber una razón por la que Johnathon haya querido hacer esto. Algo más allá de sentir que tenía una deuda con Astrid y conmigo. Tal vez fue su manera de tratar de unirnos.

Astrid soltó una carcajada.

—Pero si yo ni siquiera sabía que se había vuelto a casar. ¿Por qué querría hacer eso?

Tara se pellizcó el puente de la nariz sin saber muy bien cómo continuar.

—Bien, entonces, pensemos en el aspecto financiero. Nuestras acciones son valiosas ahora, pero podrían valer mucho más dentro de un tiempo. Y nos dan un control que nadie más tiene.

—Cada una de nosotras posee el diecisiete por ciento, y Grant el veinte. No tenemos todo el control —dijo Miranda.

—Combinando nuestras acciones, tenemos la participación mayoritaria de Johnathon. Cincuenta y uno por ciento. Podríamos dirigir la empresa. Las tres juntas.

—Pero Grant ha sido nombrado director general. ¿En qué lugar nos deja a nosotras? —respondió Miranda.

—Podría seguir siendo director general. Seríamos las tres como un solo bloque de voto, tomando decisiones sobre la dirección de la empresa. Y cubriendo vacantes. Hay puestos de alta dirección y plazas en el equipo de adquisiciones.

—No necesito un trabajo —dice Miranda. —Mi negocio de diseño de interiores está en auge y tengo dinero más que suficiente. Johnathon se las arregló para dejarme todo lo demás a mí.

Tara se dio cuenta de que Miranda tenía razón.

—No tendrías que ocupar ningún puesto en Sterling. Bastaría con que votáramos juntas.

—A mí sí me gustaría tener un trabajo —dijo Astrid. —No puedo estar sentada en mi apartamento todo el día.

—¿Has decidido quedarte en San Diego? —preguntó Tara.

—Si tuviera una razón para quedarme sí lo haría. Al menos por un tiempo.

—Todavía no acaba de convencerme la idea —dijo Miranda. —Tal vez deberíamos dejar que Grant compre nuestras acciones poco a poco. En realidad, se lo merece, ha trabajado mucho.

—No se trata de quitarle nada a Grant. —Tara comenzaba a sentirse frustrada. Ella quería que fueran conscientes de que tenían una oportunidad fantástica entre las manos. —Pensemos en lo que le estamos dejando al hijo de Johnathon. Las casas y el dinero están muy bien, pero ¿no estaría bien dejarle un legado real? Esta era la pasión de Johnathon, algo muy importante para él. El bebé debería al menos tener la oportunidad de vivir eso cuando crezca. Si vendes tus acciones ahora, el bebé no tendrá nada de la empresa.

La habitación se quedó en silencio. Astrid centraba su atención en Miranda, mientras ella se acariciaba el vientre con la mirada perdida. Tara esperaba que todo aquel silencio significara que su súplica había surtido efecto. Pero también se dio cuenta del peso que le daba a la situación. Había un bebé en camino y, aunque siempre tendría dinero, nunca conocería a su padre. Las tres estaban en medio de una tragedia, y Tara intentaba que tuvieran visión de futuro. Que vieran las posibilidades.

—¿Y si proponemos un periodo de prueba? —preguntó Astrid. —No sé si quiero cobrar el dinero y volver a Noruega, la verdad es que tampoco tengo nada que me ate allí. Me atrae tener un reto. Sé que Miranda no quiere un trabajo, pero yo sí. Quiero poder tomar decisiones.

—Creo que podemos hacer que funcione. ¿Qué os parece un plazo de tres meses?

—Estoy dispuesta hacerlo —dijo Miranda tras pensárselo un momento. —Pero si alguna de nosotras no está contenta después de ese tiempo, se lo venderemos a Grant, ¿de acuerdo? Si le damos las riendas a alguien, que sea a él.

Tara no estaba del todo convencida, pero Miranda tenía razón. Él era la mejor opción después de las tres esposas.

—Me parece bien.

—A mí también —dijo Astrid.

—¿Has pensado ya en alguna idea para la empresa? —preguntó Miranda a Tara.

—La verdad es que sí. Me gustaría que Sterling participara en el proyecto Seaport Promenade. Sería una gran oportunidad.

Miranda esbozó una pequeña sonrisa.

—Johnathon también estaba interesado, pero Grant se negó. No sé muy bien por qué.

—Interesante. —Tara no quería empezar ahora a poner en duda las opiniones de Grant, pero tenía la corazonada de que si había decidido renunciar a ese proyecto tenía que ser por una razón de peso. —Por cierto, Grant debería estar al llegar para escuchar nuestra respuesta a su propuesta.

Miranda se levantó de la silla.

—Si no te importa, creo que me saltaré esa parte. No se me da bien dar noticias incómodas. De todos modos, todo esto fue idea tuya.

—Yo tampoco voy a quedarme a decírselo —dijo Astrid. —Gracias por el vino. ¿Debo presentarme en la oficina el lunes por la mañana?

—Déjame hablar con Grant primero. Te llamaré cuando te necesitemos.

Astrid enarcó las cejas y se colgó el bolso del hombro.

—¿Cuándo me necesitáis? Soy tan dueña de la empresa como tú. Así que yo diría que ya me necesitas ahora.

—Tienes razón —dijo Tara forzando una sonrisa. —Pensaré en algo que puedas hacer lo antes posible.

Miranda y Astrid se marcharon y Tara se sintió como un cordero llevado al matadero. Sí, había sido idea suya, pero seguía haciendo falta que las tres fuesen en la misma dirección. Su acuerdo pendía de un hilo. Y luego estaba Grant. A él no iba a gustarle nada...

Grant se detuvo frente a la casa de Tara, se bajó del BMW y se dirigió a la puerta de entrada. Tocó el timbre y Tara no tardó en abrir. Llevaba un jersey blanco que dejaba al descubierto uno de sus hombros y unos vaqueros ceñidos que marcaban sus piernas. Estaba guapísima. Iba a resultarle difícil concentrarse.

—Entra —dijo Tara, haciéndole señas para que pasara. —¿Te apetece un vino? También tengo bourbon, si lo prefieres.

—Un vino estaría bien. —La siguió escaleras arriba, aprovechando para observar el movimiento de sus caderas a cada paso. Cuando llegaron al último piso, para su sorpresa, no había rastro de nadie más. —Pensé que Miranda y Astrid estarían aquí.

Tara estaba de pie junto a la isla de su espaciosa cocina sirviendo un par de copas de vino.

—Me dejaron como apoderada. —Chocó su copa con la de él. —Salud.

Él bebió un trago largo de su copa, y la cálida mirada de ella se cruzó con la suya. Le pareció que estaba muy relajada en ese momento. Su actitud tranquila era exactamente la razón por la que tenía tanto éxito en el sector inmobiliario. Muchos de sus clientes encontraban su presencia tranquilizadora. Por supuesto, sus adversarios pensaban que Tara poseía nervios de acero. A Grant se le aceleraba el pulso en su presencia, ella siempre había tenido ese efecto en él. Incluso después de tantos años. Una vez más, volvió a darle vueltas a su lealtad a Johnathon y si sería capaz de mantenerla.

—¿Y bien? ¿Vas a darme la respuesta? Supongo que son malas noticias, ya que las otras dos se han escaqueado.

—Vamos. —Le agarró de la mano y tiró de él desde la cocina hasta el salón, y luego le condujo a su amplio balcón, que rodeaba la parte delantera de la casa y ofrecía una vista impresionante de la playa. Grant se preparó para lo peor. Ella estaba demasiado tranquila. Demasiado amable.

—No quiero que tomes nuestra respuesta como una mala noticia. Creo que podría ser algo bueno para todos.

—Dilo ya, Tara. Normalmente eres mucho más directa.

—Está bien. Las tres queremos mantener nuestras acciones. Y también queremos un papel en la gestión de la empresa. De forma temporal para empezar y, si todo va bien, queremos que sea permanente.

Grant apoyó los antebrazos en la barandilla, contemplando el paisaje. Debería haberlo visto venir. Tara vio una oportunidad y la aprovechó.

—Vaya.

Tara se acercó a él y le puso la mano en la espalda. Por un instante, Grant cerró los ojos y se deleitó con la sensación de su tacto. A lo largo de los años, y en numerosas ocasiones, había pensado en tener momentos así con ella.

—¿No piensas decir nada más? —preguntó Tara.

—Lo estoy procesando. —Él se enderezó y entonces ella apartó la mano. Mejor así, el contacto lo estaba distrayendo y necesitaba concentrarse en los negocios. —Creo que ninguna de las tres os podéis hacer una idea de lo que estáis firmando. Este negocio es despiadado.

—¿Crees que no lo sé? El trabajo que hago ahora no es menos duro. Y estuve presente en los inicios de la empresa. Conozco todos los entresijos de primera mano y también todo el esfuerzo que conlleva. Astrid y Miranda han estado al lado de Johnathon y también han sido testigos de lo mismo. Creo que nos estás subestimando. Además, Miranda solo quiere que se cuente con su opinión, no pretende ocupar un puesto en la empresa.

—¿Solo Astrid y tú, entonces? ¿Y ella para qué está capacitada, qué podría hacer?

—No lo sé... Tenemos que pensar algo para ella.

—No es un buen momento. La moral en la empresa está muy baja. Todo el mundo está destrozado por la muerte de Johnathon. No es buena idea quitarle el trabajo a alguien cualificado para colocar a la supermodelo noruega.

—No despediremos a nadie, Grant —dijo Tara negando con la cabeza. —Solo tenemos que buscar algo para ella. Sé que hay secciones de la empresa con poco personal o con puestos vacantes.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Tengo un amigo en Recursos Humanos.

Grant respiró hondo por la nariz. Había un puesto vacante en Gestión de Proyectos que quizá le viniera bien a Astrid, pero eso implicaba trabajar en estrecha colaboración con los arquitectos de la plantilla, y Clay, el hermano de Miranda, dirigía ese departamento. Eso podría llegar a ser un problema.

—¿Y qué pasa con Astrid y Miranda? ¿Podrás mantenerlas a raya? Se odian.

—Bueno... —Tara bebió un sorbo de vino. —Esta noche ha ocurrido algo milagroso. Astrid se enteró de que Miranda estaba embarazada y no se enfadó. De hecho, la felicitó. Me sorprendió gratamente.

—Tienes que estar bromeando.

Tara negó con la cabeza.

—Yo no bromearía con algo así.

De modo que eso estaba ocurriendo de verdad. Y no podía hacer nada para evitarlo.

—¿Y qué hay de ti? ¿Dónde encajas tú en esta ecuación?

—He pensado en que tú y yo podríamos trabajar juntos. Podrías enseñarme cómo funciona esto. Y yo podría aportar mi experiencia inmobiliaria y mis contactos. Podríamos hacer un buen equipo.

—¿Ser codirectores? No lo veo.

Eso no era lo que él quería. Se suponía que esa era su oportunidad de librarse de la sombra de Johnathon y de mostrar al mundo que también había sido mérito suyo que Sterling funcionara tan bien todos esos años. No quería acabar bajo la sombra de otra Sterling, aunque esta fuera Tara.

—Puedo ser la asesora del director general. El nombre es lo de menos.

A Tara le resultaba tan fácil dejar de lado su ego. Él admiraba mucho eso en ella, entre otras cosas.

—¿Te das cuenta de que tú y yo podríamos haber hecho un equipo totalmente diferente si Johnathon no se hubiese interpuesto entre nosotros?

—No lo sé, Grant —dijo Tara inclinando la cabeza hacia un lado. —Tenemos química. Nos gusta coquetear. Pero esa no es suficiente base para tener una relación de pareja. Al menos no del tipo del que estás hablando.

—Toda relación empieza con química. Además, no puedes negar que sentiste algo la única vez que te besé.

—Prometiste que nunca hablaríamos de eso. Yo estaba comprometida con Johnathon en ese momento.

Los recuerdos de aquella noche inundaron la mente de Grant. Fue la única vez que pensó que podría tener una oportunidad con ella, aunque sabía que Johnathon nunca lo habría aceptado. Nunca podría haber sido algo a largo plazo.

—Habíais roto. Estabas a punto de cancelar la boda.

—Pero no la cancelé. Seguí adelante.

A Grant no le gustaba recordar aquel día. Todavía le dolía pensar en su asiento de primera fila para verla decir sus votos a Johnathon.

—Fue un beso increíble, pero eso no significa nada. Además, no durarías ni cinco minutos conmigo. Eres una buena persona. Y a mí nunca me ha ido bien con los hombres buenos y agradables. Tengo tendencia a masticarlos y escupirlos, y luego me siento mal por ello.

Había oído ese argumento de otras mujeres y le sacaba de quicio. Él simplemente se negaba a ser un imbécil y las trataba bien.

—Crees que me conoces, pero no es así.

—Bueno, de todas maneras, no me parece buena idea ahora. Estamos a punto de trabajar juntos. No es inteligente mezclar los negocios con el placer.

—¿Entonces será algo temporal? —No estaba seguro de a qué parte del acuerdo se refería, si a la parte laboral o a la romántica, que sin duda aún seguía en su cabeza.

—Digamos que es una prueba.

—Esta conversación sí que es una prueba...

Tara se echó a reír.

—Vamos, ámate. En realidad consigues lo que quieres. Eres director general de Sterling. Y vas a trabajar conmigo todos los días, y sabes que eso será divertido.

Grant rezó en silencio para pedir fuerzas. Por fin sería director general de la empresa que había estado dirigiendo entre bastidores durante años y además trabajaría codo con codo con la mujer a la que nunca había dejado de desear. Se sentía emocionado y al mismo tiempo le daba pavor.

—¿Me lo prometes? Me vendría bien un poco de diversión.

—¿Qué tal si prometo hacerlo interesante? —dijo Tara.

A Grant no le gustó que ella no mordiera su anzuelo.

—Será mejor que nos centremos en hacer que funcione —dijo Grant, resignado.

—No te preocupes por eso. Por supuesto que funcionará.

Capítulo Cinco

La sede de Sterling Enterprises ocupaba las tres últimas plantas de uno de los rascacielos más nuevos y exclusivos del centro de San Diego. Tara no había estado en aquellas nuevas oficinas desde la noche de la gran inauguración, cuando Johnathon y Miranda se habían comprometido en matrimonio y Tara y Grant lo habían hecho también, pero de una forma diferente, tras unas copas de champán.

Tara se había planteado besar a Grant aquella noche. No había parado de pensar en los pros y los contras. Al final decidió que no valía la pena el riesgo. Johnathon habría enloquecido, especialmente si lo hubiera presenciado, y Tara sabía que al final acabaría rompiéndole el corazón a Grant. Eso era lo que ella solía hacer con los hombres, aunque no con Johnathon. En su caso, era él siempre quien rompía.

Ahora iba a trabajar con un hombre que era muy sexy, pero que no le convenía en absoluto. Por suerte, se conocía lo suficiente como para estar segura de que, una vez en el entorno de trabajo, cualquier pensamiento ajeno a los negocios se evaporaría. Grant no la distraería, porque ella no se lo permitiría.

Tara se subió al ascensor un poco nerviosa. Nunca había empezado un trabajo en lo más alto de la cadena de mando. Siempre había ido desde abajo. En el sector inmobiliario, había tardado años en construir su negocio y su reputación. Un cliente satisfecho traía muchos más. Una gran venta conducía a una venta mayor. Cada día era un peldaño más en la escalera. En Sterling, estaba a punto de empezar cerca de la cima, y ese era un nivel de presión nuevo para ella.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, le sorprendió el bullicio de la oficina. Era ruidosa y ajetreada. La recepcionista hacía malabarismos con el timbre del teléfono, la llegada de visitantes, las validaciones de aparcamiento y las preguntas de los empleados que pasaban por delante de su mesa en un ir y venir casi continuo. Como Grant le había prometido, la

estaba esperando. Llevaba el móvil pegado a la oreja. En cuanto la vio, levantó un dedo indicando que le diera un momento. Tara esperó pacientemente a que terminara su llamada. Intentó ignorar lo bien que le quedaba su traje gris marengo. Tenía que concentrarse en lo importante: averiguar si trabajar en Sterling Enterprises iba a ser la clave para encontrar por fin la felicidad que no había encontrado en todos esos años.

—Llegas tarde —dijo Grant en cuanto colgó. —Vamos. Te enseñaré tu despacho.

—Lo siento, me ha costado mucho encontrar aparcamiento.

—Recuérdame y pediré que te asignen una plaza.

—Eso sería de gran ayuda. Gracias. —Tara se apresuró a caminar a su lado. Sobre el papel, ella podría ser su subordinado, pero quería que él la viera como un igual. —¿Siempre estás tan ocupado a primera hora de la mañana?

—Sí. Esto es un no parar.

Le iba a costar acostumbrarse. Aunque a veces su trabajo era ajetreado, normalmente reinaba la tranquilidad.

—Aquí está —dijo él cuando llegaron a una oficina. —¿Te parece bien?

Tara examinó el espacio. Tenía unas bonitas vistas del centro y de la bahía, aunque tal vez se veía demasiado masculino.

—Solo he estado aquí una vez, pero ¿no está tu despacho en el extremo opuesto de esta planta?

—Sí.

—Al lado del de Johnathon, ¿verdad?

Grant se aclaró la garganta y miró sus zapatos.

—Ahora estoy en su despacho.

—Oh, por supuesto. —Tenía sentido. Él era director general en ese momento. Era hora de que la empresa avanzara. —Entonces, ¿por qué no me pones en tu antiguo despacho? Vamos a trabajar juntos. ¿No sería más fácil?

—Te lo dije la otra noche. La moral está baja ahora mismo. No deberíamos hacer demasiados cambios grandes a la vez.

Tara no quería llevarle la contraria, pero la escena que se había encontrado al salir del ascensor le había parecido muy animada.

—Estoy convencida de que funcionará. A largo plazo, querré hacer algunos cambios.

—Tal vez deberíamos pasar por los tres meses de prueba primero. —Grant metió las manos en los bolsillos. Todo en su lenguaje corporal indicaba que no estaba contento con su presencia allí. Se acercó a la ventana, echó un vistazo al exterior y se volvió hacia ella—: Quería preguntarte qué has hecho con tus clientes inmobiliarios.

—Me estoy retirando poco a poco. Ni nuevos anuncios, ni nuevos compradores, y estoy vendiendo lo que ya está en el mercado. Entonces habré terminado.

—Eso no suena como un periodo de prueba, Tara. Suena a algo permanente.

—Lo bueno de mi negocio es que no es difícil ponerlo en pausa. Y a mí me gustaría que esto fuera permanente. No me gustó que Johnathon me apartara. No me pareció justo. Apenas tuve una oportunidad.

—Lo sé. Me habló de ello varias veces. Me preguntaba si no estaría siendo un idiota al respecto.

—Dijo que no creía que fuera bueno para nuestro matrimonio, pero creo que en realidad se sentía amenazado.

Grant la miró, primero escudriñando su rostro, pero ella no pudo evitar darse cuenta de que también echaba un vistazo al resto de su cuerpo. Por el brillo de sus ojos, parecía que le gustaba lo que estaba viendo.

—Lo creo. A veces resultas intimidante.

A Tara no le gustaba que la vieran así. Se presentaba ante el mundo como una persona segura de sí misma porque así conseguía lo que quería. Pero lo último que pretendía era ser intimidante.

—Creo que le preocupaba que yo le gustara a la gente más que él. Quería que todo el mundo le adorara, incluso cuando no era amable.

—Por eso le encantaba dejarme a mí de malo. Necesitaba que la gente lo viera a él como el bueno.

Siempre había sido así con Johnathon. A menudo ocultaba las partes desagradables de sí mismo en un esfuerzo por conseguir que la gente lo adorara. Solo las personas más cercanas a él veían al hombre real.

Grant echó un vistazo a su reloj.

—Tengo una reunión dentro de unos minutos. ¿Por qué no te instalas y seguimos charlando luego?

Ella podía ver lo que estaba haciendo y le disgustaba enormemente.

—Grant. Para instalarme tan solo tengo que abrir el portátil y que me digas la contraseña del wifi. No me escondas en un rincón esperando a que me aburra y me vaya. Quiero trabajar. Hablemos de un proyecto para mí.

—¿Como por ejemplo?

Tara ya sabía por Miranda que lo que iba a decir sería recibido con poco entusiasmo. Pero eso no le impidió seguir adelante:

—El paseo marítimo. Es increíble que Sterling no se haya presentado a ese proyecto, y aún estamos a tiempo de hacerlo.

Como era de esperar, Grant respondió a su comentario con el ceño fruncido.

—No es una buena idea. Acabará siendo una enorme pérdida de tiempo y de recursos.

—¡Bien empezamos si eres tan cortante!

—Si no puedes lidiar con mis opiniones sobre las cosas, Tara, vamos a tener serios problemas. No olvides que yo estoy al mando ahora.

A Tara le gustaba verlo así, mostrando su carácter y defendiendo su control. Se acercó a él y le quitó una pelusa de la chaqueta.

—Claro que sí. Tú eres el jefe y yo estoy aquí para aprender.

—Sé que eres inteligente y que estás más que capacitada para trabajar aquí, pero todavía hay muchas cosas que no sabes de este negocio.

—De acuerdo, estoy lista para aprender. Sin embargo, si vamos a discutir sobre lo del paseo marítimo, creo que deberíamos hacerlo en tu despacho. —Se dirigió hacia la puerta, pero le devolvió la mirada por encima del hombro. —Seguro que es más cómodo que el mío.

En la mente de Grant había quedado grabada para siempre una cosa que había dicho Tara: «Deberíamos hacerlo en tu despacho». Sabía que no debía permitir que su cerebro calenturiento se dejara llevar por la imaginación. No era la mejor forma de comenzar su jornada laboral.

En contra de su buen juicio, cedió a su sugerencia:

—Vamos. Pospondré la reunión para que podamos hablar.

Tara y él se dirigieron a su despacho, situado en el extremo opuesto del edificio. Había colocado a Tara lo más lejos posible a propósito. Quería evitar distracciones.

—Aquí está. —Con un gesto de la mano la invitó a entrar. —Todavía no lo siento como mío. Tengo la sensación de que me pasará lo mismo con el trabajo durante un tiempo. —No quería mostrarse vulnerable, pero sabía que podía ser sincero con Tara. Si no lo era, ella probablemente se daría cuenta de todos modos.

—Pero tú deseabas esto desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Lo que más deseaba era tener la oportunidad de dirigir las cosas a mi manera. Johnathon y yo nos peleábamos mucho y él siempre ganaba. Era agotador.

—Entonces, ¿qué te gustaría abordar primero? —preguntó Tara.

—Bueno, pues mi primera prioridad era poner fin a cualquier conversación sobre la continuación del proyecto del paseo marítimo. Johnathon tenía muchas ganas de presentar una oferta, pero no era él quien tenía que lidiar con los trámites burocráticos.

El paseo marítimo era una franja de terreno a lo largo de la bahía propiedad de la ciudad. Las instalaciones actuales incluían un parque envejecido, algunos espacios abiertos y un pequeño centro comercial a punto de ser derribado. En su lugar, se construirían edificios más ecológicos y servicios para atraer a las familias al centro. Era un gran contrato municipal, aunque había que pasar por muchos obstáculos. Ningún ayuntamiento concedía un trabajo así sin asegurarse de que cumplieran con todos los requisitos.

—Nunca solía estar de acuerdo con Johnathon, pero creo que sería buena idea intentarlo. Es un proyecto grande y sería una publicidad increíble si consiguiéramos el contrato.

—Tu exmarido ha cabreado a mucha gente del ayuntamiento. No tienes ni idea del dolor de cabeza que sería embarcarse en esto.

—Él ya no está aquí para hacer enfadar a la gente. Déjame intentarlo al menos.

Grant se pellizcó el puente de la nariz. Presentía que iba a tener una fuerte jaqueca.

—Ya hacemos grandes proyectos privados. Edificios de oficinas como este. Son operaciones de grandes sumas de dinero. Los contratos con

el Gobierno son muy ajustados, apenas hay margen de beneficio. No acabo de verlo.

Tara señaló una silla frente al escritorio de Grant.

—¿Puedo?

—Adelante.

Se encaramó al borde del asiento y cruzó las piernas. Él trató de ignorar lo increíblemente sexy que estaba con aquellos tacones.

—Mira. Tienes que saber cómo se ve a Sterling en esta ciudad.

Grant se acercó, inseguro de adónde quería llegar.

—Conozco nuestra reputación. Inteligentes. Ágiles. Oportunos.

—Sterling también tiene fama de mal vecino. Solo persigue proyectos masivos. La codicia y los beneficios a toda costa no dan buena imagen. —Tara hizo una pequeña pausa. —Sigues hablando en primera persona, pero ahora estamos juntos en esto, ¿recuerdas? Y vas y me pones en el otro extremo del edificio. Eso no es estar juntos. Estás asumiendo que voy a ser un grano en el culo y que te va a doler.

Si Tara supiera que el dolor que temía era de otro tipo...

—De acuerdo —dijo Grant. —Podemos intentar lo del paseo marítimo. ¿Por qué no llamas hoy al ayuntamiento y te enteras de cómo van con el proceso de solicitud? He estado dando largas todo este tiempo, esperando que Johnathon se distrajera con otra cosa. Por lo que sé, nos hemos saltado varios plazos clave.

Justo entonces, llamaron a la puerta del despacho de Grant. Era Sandy, la ayudante de Johnathon.

—Señor Singleton, siento molestarle, pero no sé qué se supone que debo hacer hoy.

Grant suspiró. Le había dicho a Sandy que se tomara la última semana libre, pero se había olvidado de ponerse en contacto con ella para hablarle de sus nuevas responsabilidades. Sandy no tenía experiencia, pero era una empleada excelente, con iniciativa propia, que siempre llegaba pronto y se quedaba hasta tarde.

—Sí, Sandy. Pasa. —Grant le indicó que tomara asiento. —Quiero presentarte a Tara Sterling. Voy a trabajar con ella durante los próximos meses.

—Oh, la conozco, señora Sterling —dijo Sandy mientras le estrechaba la mano a Tara. —He visto sus anuncios de agente inmobiliario en las paradas de autobús.

—Bueno, ahora voy a dejar de vender y me voy a dedicar a la construcción —respondió Tara con una sonrisa.

—Me encantaría saber más sobre lo que hacía. Me interesan todos los aspectos del sector inmobiliario —dijo Sandy mientras tomaba asiento junto a Tara.

De repente, a Grant se le ocurrió una idea.

—Sandy, ¿qué te parecería trabajar para la señora Sterling? Conoces los entresijos de los proyectos en los que estamos trabajando ahora mismo. Y también estás al tanto de cómo funcionan las cosas en la oficina.

—Me encantaría, la verdad.

Era un reto organizativo menos al que Grant tenía que enfrentarse ese día. Estaba agradecido por ello.

—Perfecto —dijo Grant, pensando en que así se quitaba dos problemas de un plumazo.

Tara asintió, pero parecía desconfiar.

—Sandy, tal vez tú y yo podamos empezar por pensar en algunos cambios para mi oficina cuando tengas un minuto.

—Claro, señora Sterling. Lo que necesite.

—De acuerdo entonces —dijo Tara levantándose de la silla y siguiendo a Sandy hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo al lado de Grant—: Voy hacia el otro extremo del edificio. Te llamaré cuando llegue. Solo tardaré una hora.

—Maldita sea... —dijo Grant poniendo los ojos en blanco. —¿Te haría más feliz tener mi antigua oficina?

—Pues sí. Y creo que daría mejor imagen al resto de la empresa sobre mi papel aquí.

Grant respiró hondo por la nariz.

—De acuerdo. Pero antes tendrán que pintarlo y arreglarlo un poco. Está hecho un desastre.

—¿Qué pasa? ¿Es que tuviste algún momento salvaje y de desenfreno allí dentro o qué, Grant?

—Más bien de cansancio y frustración. Puede que haya pateado la pared una o dos veces, pero solo por desesperación.

El ceño de Tara se frunció.

—Sigues sin morder el anzuelo para flirtear conmigo. ¿Te encuentras bien?

—Me reservo para después del trabajo. Ya lo sabes. —Se arrepintió de las palabras en el instante en que salieron de su boca. Debería haber dicho que él y Tara habían terminado de coquetear para siempre.

—De acuerdo. ¿Qué vas a hacer mañana por la noche?

Grant parpadeó tan rápido que casi se le cayó una de las lentillas del ojo.

—¿Qué?

—Es que un amigo me ha invitado a una fiesta. Es en la azotea del edificio Sussex. Tiene una vista increíble del estadio y habrá un partido durante la fiesta.

—¿Y por qué no vas con Miranda o Astrid? Ahora son tus mejores amigas, ¿no?

—Ellas no son tan divertidas como tú...

A Grant se le secó la boca.

—Solo di que sí —continuó ella. —Te vendrá bien salir, conocer gente nueva y quizás hasta flirtear un poco.

Odiaba la forma en que el calor subía a sus mejillas. Era imposible de ocultar.

—Me gusta el béisbol.

Tara le dio un codazo en las costillas.

—Oh, vamos. Yo también te gusto. Sé que te gusto.

Capítulo Seis

El edificio Sussex estaba a pocas manzanas de Sterling Enterprises, así que Tara y Grant se acercaron después del trabajo.

—¿Qué tal vas con lo del paseo marítimo? —preguntó Grant.

—De momento bien. Tenemos que reunirnos con Clay en cuanto Sandy y yo terminemos de recopilar al menos la documentación básica. Contamos con seis semanas de plazo para presentarlo. ¿Crees que nos dará tiempo?

Grant abrió la puerta de entrada cuando llegaron a la dirección de la fiesta.

—Será muy justo, pero creo que podemos hacerlo.

Presentaron sus pases de seguridad y Tara pulsó el botón de la decimoquinta planta.

—Diría que hasta pareces entusiasmado con la idea.

Entraron en el ascensor y subieron solos.

—No soy yo quien tiene que hacer el trabajo duro. Eso es cosa tuya.

—¿Irás a la presentación en el ayuntamiento? Creo que haría nuestra propuesta más creíble.

—Me lo pensaré —dijo Grant con la mirada perdida.

Tara decidió no insistir, parecía que Grant quería poner distancia entre ellos.

Llegaron a la última planta del edificio y salieron directamente al amplio salón donde se celebraba la fiesta. Los asistentes charlaban mientras disfrutaban de las bebidas y aperitivos servidos por los camareros, todo ello con el telón de fondo de las impresionantes vistas de la ciudad que ofrecían los ventanales. Pero lo que realmente llamaba la atención era la zona exterior, justo al lado de la sala principal, con una deslumbrante

chimenea y varias mesas junto a la barandilla de cristal del balcón, desde donde se podía ver el campo de béisbol y la ciudad casi por completo.

La fiesta era informal, pero no dejaba de ser un asunto de negocios, y Grant se había vestido para la ocasión, con unos pantalones color marengo y una camisa de vestir azul pálido que resaltaba sus ojos. Era el hombre más guapo de la fiesta. Pero no se trataba de una cita, sino de una oportunidad para que dos colegas y amigos pasaran un rato juntos. Quería que Grant y ella estuvieran cerca de nuevo, pensaba que solo así podrían realizar un buen trabajo.

Después de charlar con varios agentes que Tara conocía, Grant comenzó a parecer inquieto. Así que Tara decidió que ya era hora de dejar de trabajar y decidió cortar la conversación:

—Tendrán que disculparnos. Grant y yo queremos ver el partido.

Salieron al balcón y el aire fresco de la noche los envolvió.

—Es una manera increíble de ver un partido de béisbol, ¿eh? —dijo Tara.

Grant sacudió la cabeza y se apoyó en la barandilla.

—No estamos en un partido de béisbol. Estamos en un acto de negocios en el que se practica un deporte en las proximidades. Los jugadores son como hormigas. No puedes seguir la pelota.

Tara estaba un poco decepcionada. Esperaba que Grant se divirtiera, pero era evidente que no lo estaba haciendo. Pensaba que sería una oportunidad estupenda para estrechar lazos.

—Mira el lado bueno, hay cerveza gratis. No puedes quejarte de eso.

—No me quejo. Solo me hace gracia que esta gente piense que estamos en un partido de béisbol.

Tara volvió a observar a la multitud de gente elegante que hablaba de sus trabajos y sus éxitos. Nadie mencionaba sus fracasos en un evento como ese, ni siquiera sus dificultades. Todo se reducía a alardear. Tara entendía por qué a Grant no le gustaba.

—Reconozco que es importante dejarse ver en ciertos eventos —continuó Grant. —Pero siempre me parece todo tan falso. Johnathon era mejor en esto que yo. No disfruto nada con estas cosas, prefiero trabajar y punto.

—¿Por eso no quieres hacer lo del paseo marítimo? —preguntó ella.
—¿Porque hay políticos en medio?

—En parte sí. Y además Johnathon nos ha dejado las cosas un poco difíciles de cara al ayuntamiento.

Tara se distrajo un momento al ver a un hombre en la barra. Necesitando confirmación de sus sospechas, se agarró al brazo de Grant y se puso de puntillas, susurrándole al oído:

—¿Estoy loca o ese de ahí es Andrew, el hermano de Johnathon?

Grant echó un vistazo con disimulo y luego bajó la vista hacia Tara.

—¿Qué demonios está haciendo en San Diego? ¿No pudo venir al funeral de su propio hermano hace dos semanas, pero sí a una fiesta? —Grant parecía muy enfadado, y rara vez se alteraba así. Terminó su cerveza y dejó la botella sobre una mesa cercana—. Esto es raro, Tara. Y no me gusta.

—Sí. A mí tampoco. —Tara giró la cabeza para mirar a Andrew. Se parecía tanto a Johnathon que resultaba extraño. Los mismos rasgos atractivos, la misma cabellera castaña y espesa. Tara no había vuelto a ver a Andrew desde su propia boda, cuando él y Johnathon aún se hablaban. Poco después se fundó Sterling Enterprises. Johnathon le ofreció trabajo, pero inexplicablemente eso creó una profunda brecha entre los hermanos. Johnathon solo intentaba ayudar después de que el primer intento de Andrew con su propia empresa de desarrollo hubiera fracasado. Los hermanos dejaron de hablarse y Andrew se mudó a Seattle, creando una segunda empresa en un mercado en el que no tendría que competir con Johnathon. —¿Deberíamos ir a hablar con él?

—¿Y decirle qué? ¿Que es un imbécil por no asistir al funeral de su propio hermano? No quiero tener nada que ver con ese tipo.

Tara volvió a mirar hacia atrás. Andrew se abría paso entre la multitud, alejándose de ellos.

—¿Se va? —dijo ella.

—Eso espero.

Tara no quería dejar escapar esa oportunidad. No estaba bien que Andrew no hubiera estado en el funeral de Johnathon. Y sabía que Grant también pensaba lo mismo.

—Vamos. Tenemos que hablar con él. —Agarró a Grant de la mano y lo condujo por la sala hasta llegar al vestíbulo del ascensor. Andrew estaba allí de pie, consultando su teléfono. —¡Andrew! —lo llamó ella.

Él levantó la vista, claramente sorprendido, con la sorpresa coloreando su rostro.

—Tara. Grant. Qué sorpresa —dijo él, levantando la vista hacia ellos.

Antes de que Tara tuviera ocasión de responder, Grant le soltó la mano y se encaró con Andrew.

—Eso es mentira y lo sabes. Nos has visto dentro. ¿Por eso te vas?

Andrew guardó el teléfono en el bolsillo trasero. Parecía muy nervioso.

—No os había visto. Y solo he venido un momento para saludar a un amigo. En realidad, no pinto nada aquí.

—No viniste al funeral. —Grant dio un paso firme hacia delante, casi invadiendo el espacio personal de Andrew. —Me dijiste que intentarías venir.

Andrew pulsó el botón del ascensor varias veces, como si eso fuera a hacer que llegara más rápido.

—Estaba ocupado.

—De acuerdo —dijo Grant, sonando escéptico. —¿Y por qué has venido a la ciudad ahora?

—Por negocios.

—¿Algo que deba saber?

—Solo es una asociación —dijo Andrew con cara de pocos amigos. —No he venido a la ciudad a pisarte los talones, si eso es lo que piensas.

—Y aun así no pudiste venir al funeral.

—Johnathon jamás hubiera tenido forma de saber si iba. Los funerales son para los vivos y a nadie en ese funeral le importaba si yo aparecía o no.

—A mí me importaba. Me importaba mucho. No estuviste ahí para tu hermano. —La voz de Grant sonaba muy dura.

—No estuvo bien, Andrew —dijo Tara ahora. —Johnathon siempre estuvo ahí para ti.

—No siempre —contestó Andrew negando con la cabeza. La puerta del ascensor se abrió y él entró rápidamente.

Grant se abalanzó para mantenerla abierta.

—La mujer de Johnathon, Miranda, está embarazada. Vas a ser tío.

Ahora fue Andrew quien se puso en medio de la puerta para evitar que se cerrara.

—Espera. ¿Qué?

—Es verdad, Andrew —dijo Tara, a pesar de no entender por qué Grant había decidido contárselo.

Andrew respiró hondo.

—Bueno, salúdala de mi parte.

—Podrías llamarla y decírselo tú mismo. Y de paso pedirle disculpas por no haber asistido al funeral —dijo Grant.

—Ahora mismo me dirijo al aeropuerto para volver a casa, a Seattle. La llamaré pronto.

—No seas idiota, ¿vale? Ella lo está pasando mal. —Grant dio un paso atrás.

Andrew hizo lo mismo y las puertas del ascensor se cerraron.

—Vaya. Eso ha sido... muy raro —dijo Tara.

—Exasperante, diría yo. —Grant se acercó a una pequeña ventana y golpeó el marco con el puño. Tara no podía evitar sentirse atraída por ese lado apasionado de Grant. Deseaba que fuera así más a menudo.

—Tuve muchos problemas con Johnathon, pero era una persona increíble. Andrew era su única familia, ¿y no pudo venir a su funeral? —Se volvió hacia Tara y ella pudo ver de nuevo el fuego en sus ojos.

—Siento mucho lo que ha pasado. Fue idea mía hablar con él. Debería haberle dejado irse.

Grant negó con la cabeza y alargó la mano hacia el brazo de Tara.

—No. Fue algo bueno. —Su voz era más tranquila ahora. —Necesitaba decirle esas cosas y Andrew necesitaba oírlas, aunque no lo supiera. Tú me empujas, Tara, y eso es bueno.

Su afirmación le hizo sonreír, pero también le puso la piel de gallina. Seguía creyendo que ella y Grant podían hacer grandes cosas si trabajaban juntos. Solo tenía que demostrárselo.

—¿Eso significa que puedo empujarte también para hacer lo del paseo marítimo?

A Grant se le escapó una carcajada y se pasó las manos por el pelo. En ese momento, Tara tuvo que contenerse para no besarlo.

—Para eso tendrás que empujarme mucho. —Grant pulsó el botón para que el ascensor volviera a su planta. —Vámonos de aquí. Vayamos al estadio, compremos entradas y veamos el resto del partido desde asientos de verdad.

Con una cerveza en la mano y Tara a su lado, Grant parecía ahora contento. Tara se metió unas palomitas en la boca y se lamió la sal de los dedos.

—Definitivamente, desde aquí se ve mucho mejor —dijo Tara tras masticar un puñado de palomitas. —Pero no sé si merecía la pena gastarse tanto dinero en estos asientos.

—Solo se vive una vez. Yo diría que valió la pena cada centavo.

Ella le dedicó una sonrisa que hizo que el cuerpo de Grant subiera de temperatura.

Se sentía tentado. No podía apartar los ojos de ella, ni siquiera cuando estaba distraída con el juego y todo lo que ocurría a su alrededor. Él sabía lo que había detrás de su preciosa fachada. Tara era una mujer inteligente, llena de vida y sorpresas.

De repente, un cántico de voces estalló a su alrededor, cada vez más fuerte. Tara levantó la vista, señaló la gigantesca pantalla que tenían más cerca y se echó a reír. Grant siguió su línea de visión y allí estaban, los dos solos ante todo el público del estadio. Hacían una pareja perfecta.

Antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, la boca de Tara se estaba acercando a la suya.

—Tenemos que besarnos —dijo Tara.

—¿Qué?

—Nos está enfocando la cámara del beso. —Ella le puso la mano en la mejilla e inclinó la cara hacia la suya.

Finalmente, Grant se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y se lanzó a por ella sin pensárselo dos veces. Una oleada de electricidad recorrió su cuerpo cuando ella separó los labios y le rozó suavemente el labio inferior con la lengua.

Y entonces se acabó. Ella se apartó de él, pero siguieron enredados. El brazo de él seguía sujetándola. Su pecho se agitó mientras intentaba aspirar su aroma tanto como le era humanamente posible.

—Ha sido divertido —dijo ella, con las mejillas coloradas.

—Ha sido más que eso, Tara. —Él la deseaba. Era más que deseo sexual, se trataba de saciar una sed. Una que había estado insatisfecha desde el instante en que la conoció.

Ella sonrió y le dio otro beso, este en la mejilla.

—Eres demasiado guapo. Lo sabes, ¿verdad?

—Gracias. ¿Quieres salir de aquí? —Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pensar en ellas. Había algo mágico en ese momento y no estaba dispuesto a dejarlo escapar.

—¿No quieres quedarte a ver el resto del partido?

—Ya no.

Ella le miró de reojo.

—¿Puedo enseñarte algo primero? —Grant asintió con un gesto de la cabeza.

Salieron del estadio y él se dejó llevar por ella.

—Por aquí. —Con las calles cerradas al tráfico, ella no tuvo que molestarse en esquivar coches mientras le guiaba a través del bulevar hasta el otro lado.

—¿Adónde vamos?

—Al sitio donde se hará el paseo marítimo. Quiero mostrarte mi idea.

Se abrieron paso entre los edificios y salieron a la bahía, con el amplio paseo que se extendía en ambas direcciones a lo largo del agua.

—Imagínatelo —dijo ella, moviendo las manos en el aire. —Una zona para comer al aire libre, con montones de asientos y espacio para food trucks. También una zona con césped artificial para que jueguen los niños. —Miró de reojo a Grant mientras avanzaban por la acera. —Construiríamos un pabellón comercial con más espacio al aire libre para los mercados de temporada. El ayuntamiento podría invitar a los agricultores en primavera y verano, y también podría haber uno en Navidad. O el Cuatro de Julio. Podríamos añadir un gran escenario para actuaciones de todo tipo. Música, danza... Sería para familias, jubilados, jóvenes...

—¿Y nada de rascacielos? En el centro hay que tener en cuenta la densidad.

—Ya estamos rodeados de grandes edificios. Creo que con el arquitecto adecuado no habría problemas para maximizar los metros cuadrados y poner muchos espacios polivalentes. Habría que ser inteligente e innovador. —Miró a lo lejos, a lo que había allí en ese momento, las anticuadas instalaciones que el ayuntamiento iba a demoler pronto, y fue como si pudiera verlo todo.

—No tenía ni idea de que tuvieras tanta visión para esto.

—Tengo más ideas. Muchas más.

Se volvió hacia él, con la cara iluminada por la emoción.

—Creo que lo heredé de mi padre. Era contratista, pero siempre quiso ser arquitecto. Veía cosas que los demás no veían.

Era la primera vez que Tara hablaba de su familia delante de él. Todo lo que Grant sabía era información de segunda mano que había obtenido de Johnathon.

—Tu madre falleció cuando eras joven, ¿verdad?

Tara apretó los labios, parecía sorprendida.

—¿Johnathon te dijo eso?

—Sí. ¿Te resulta difícil hablar de ello?

Tara le dio la espalda.

—No es mi tema favorito, si eso es lo que estás preguntando.

—Lo siento. Solo estaba intentando saber un poco más de ti. Eso es todo. Está claro que tu padre significaba mucho para ti.

Ella volvió a girarse, esta vez para mirarle.

—Él lo era todo para mí. Ha sido el único hombre en mi vida que nunca me ha defraudado.

Oír eso le rompió el corazón. Y Grant prometió en silencio que jamás la defraudaría.

—Obviamente, no pones a Johnathon en esa categoría.

—Le quería, pero él se aburrió de mí. Dejé de gustarle y se buscó un nuevo juguete.

Odiaba que Tara hablara así de sí misma, pero no iba desencaminada. Johnathon actuaba de ese modo.

—Le dije que era un idiota cuando te dejé.

—No, no lo hiciste.

—Claro que lo hice —asintió Grant.

—Él odiaba que le criticaran.

—Pero tenía que decírselo. —¿Tendría Grant el valor de decirle a Tara cómo se había sentido realmente aquel día? ¿Y lo que había sentido antes, cuando había sido una tortura ver a su mejor amigo casado con la mujer que siempre había deseado?. —Le dije que solo un idiota se alejaría de ti. Yo nunca lo habría hecho. No si hubiera sido yo quien estuviera contigo.

Ella sonrió y asintió.

—Eres un hombre leal. Todo el mundo lo sabe.

Ella no estaba entendiendo nada. No se trataba de él. Se trataba de ella. Se acercó y le puso la mano en el codo.

—Leal hasta cierto punto. Y yo creo que esta noche crucé la línea... cuando nos besamos. —Se miraron con intensidad. Tara se inclinó hacia él y le puso la mano en el hombro.

—Estuvo bien.

—Mejor que bien, Tara. Fue increíble. —Él le pasó los dedos por el pelo y acercó su boca a la de ella. Deseaba a Tara. La había deseado durante demasiado tiempo. Y esa podría ser su única oportunidad con ella.

Lo que significaba que, por esa noche, iba a dar la espalda a la promesa que había hecho a Johnathon. Consiguió separarse del beso. Tara lo miró con cara de querer más. Le habría hecho el amor allí mismo, pero quería una cama. Y privacidad. Y tiempo.

—Salgamos de aquí —dijo Grant mientras emprendía el paso.

Capítulo Siete

Grant aparcó el BMW delante de la casa de Tara y ambos hicieron todo lo posible por no parecer apresurados mientras se dirigían a la verja y atravesaban el patio que conducía a la puerta principal.

En cuanto Tara abrió la puerta y entraron, Grant lanzó su bolso a un lado y le puso las dos manos en las mejillas. Acercó sus labios a los de ella y los reclamó, con la boca abierta y húmeda. Dominante. Tomando lo que quería. Tara se lo dio todo con entusiasmo. Siempre había sospechado que Grant sería apasionado, pero no tanto.

—¿Quieres subir? —preguntó ella sin aliento.

—Todavía no. —La inmovilizó contra la pared con el peso de su cuerpo y agarró el dobladillo de su falda. Le levantó un lado por encima de la cadera. —Primero quiero que te corras.

Él comenzó a desabrocharle los botones de la blusa y tiró de ella hacia atrás, dejando al descubierto su sujetador de encaje. Tara sintió que estaba viendo una faceta diferente de él. Era tan sexy. Tan apasionado. Le bajó la copa del sujetador sin vacilar. Él le acarició con delicadeza la piel mientras buscaba una reacción en su rostro. Tara levantó la barbilla y lo miró, no quería ser menos que él, pero se quedó con la boca abierta. Fue demasiado para ella cuando Grant le pellizcó un pezón. Sintió un chisporroteo de electricidad entre las piernas.

Entonces, él le agarró las manos y se las levantó por encima de la cabeza, inmovilizándola contra la pared con una mano mientras la otra se deslizaba por la parte delantera de sus bragas. La apretó con fuerza con el torso mientras sus dedos encontraban su centro. Su punto más delicado y sensible. El lugar donde más deseaba que la tocara. Acercó la cara a su cuello y la besó y lamió, mientras la mantenía sujeta en su sitio y la acariciaba en círculos apretando con sus ágiles dedos. No tenía ninguna duda de que Grant sabía lo que hacía.

—Eres tan sexy —le gruñó Grant al oído. Luego le mordió suavemente el cuello y le lamió la piel. Su boca era el paraíso y una parte de ella esperaba poder sentirla esa noche por todo su cuerpo.

—Tú también —murmuró ella. —No tenía ni idea de que fueras así.

—¿Así, cómo? ¿No te gusta?

Se movió hacia el otro lado de su cuello, pero bajó los dedos más abajo y deslizó uno dentro de ella. Empujó con fuerza, con la palma de su mano rozándola una y otra vez. Estaba tan cerca del clímax que apenas podía pensar con claridad.

—Decir que me gusta se queda corto. Mucho...

Tara respiraba tan agitadamente que parecía que le estuvieran arrancando el aire de los pulmones. Mientras tanto, la presión crecía entre sus piernas y sus rodillas se debilitaban. Grant le apretó las muñecas con fuerza, presionándolas contra la pared mientras ella empujaba las caderas hacia delante, necesitando más. Finalmente, el orgasmo se apoderó de ella, haciéndola gritar. Un grito que fue rápidamente acallado por la boca de Grant. La besó profundamente y con una pasión que ella nunca había experimentado. Era puro deseo. Sus lenguas se enrollaron en un lánguido círculo mientras él ralentizaba los movimientos de su mano.

Tara enterró la cara en su cuello mientras soportaba las últimas oleadas de placer. Le besó la nuez de Adán, que parecía sobresalir de su cuello.

—Quiero hacerte feliz —le dijo, dándose cuenta demasiado tarde de que aquellas palabras parecían prometer algo más.

—Bien. Porque esto es solo el principio.

Él le soltó las manos y Tara se bajó la falda, pero no se molestó en abrocharse la blusa. Se descalzó de los tacones mientras Grant se quitaba la chaqueta. Entonces, subieron las escaleras agarrados de la mano hacia el piso superior.

En cuanto llegaron a la habitación, ella comenzó a desabrocharle la camisa, ansiosa por deshacerse de ella y empezar a explorar su cuerpo como él había hecho con el suyo. La visión de su pecho y sus hombros desnudos le arrancó un gemido. Era ancho y firme, con una hermosa mata de pelo oscuro en el centro. Le besó los pectorales y sus dedos se enroscaron en sus definidos y musculosos bíceps. Al mismo tiempo, él le introdujo las manos en la blusa y se la apartó de los hombros, y luego se burló de ella recorriendo con los dedos el canal de su espalda, por encima

del tirante del sujetador, evitando la oportunidad de quitárselo. Tara pasó una mano del brazo de él a la parte delantera del pantalón, donde la esperaba su más que evidente erección. La apretó en su longitud y él gimió de aprobación. La frotó de arriba abajo, presionando con delicadeza, la suficiente para endurecerla todavía más.

—¿Qué quieres, Grant?

Él la agarró de la barbilla y se la levantó para que se miraran a los ojos.

—Quiero todo lo que quieras darme. Absolutamente todo.

Ella quería que esa noche fuera memorable. Pero tenía que ser algo que no tuviera continuidad. Había demasiado en juego.

Lo besó una vez más para asegurarse de que era lo que quería. La forma en que él la estrechó entre sus brazos y le hundió los dedos en la nuca hablaba de posesión. Estaba siendo dominante y a ella le encantaba. Así que se dejó llevar.

Grant estaba tan abrumado por el placer de tener a Tara semidesnuda entre sus brazos que todo pensamiento lógico había desaparecido. Su cuerpo y su mente habían estado en guerra, y su cerebro había sido derrotado. Era Tara. La mujer que había deseado durante tanto tiempo. La mujer con la que había fantaseado cientos de veces.

La besó apasionadamente y luego la llevó hasta la cama.

—Quiero ver cómo te desnudas —le dijo Grant con ojos vidriosos.

Una sonrisa tímida cruzó los labios de Tara, lo que hizo que su erección se endureciera aún más.

—Eres un niño travieso —dijo ella, dándole un codazo juguetón en el pecho.

Grant apenas podía soportar la tensión de sus calzoncillos. Aun así, disfrutó de la vista mientras Tara, que seguía llevando su sujetador negro de encaje, se bajaba la cremallera de la falda de espaldas a él. Le miró por encima del hombro y sus ojos brillantes le transmitieron todo lo que siempre había deseado en una sola mirada. Se la pasó por las caderas, doblándose por la cintura y ofreciéndole una magnífica vista de su trasero en bragas a juego. Se despojó de la falda y echó la mano hacia atrás para desabrocharse el sujetador, empujándolo desde cada hombro. Él se moría de expectación, pero la espera mereció la pena cuando ella dejó caer la prenda al suelo y se dio la vuelta para mirarle. Sus pechos eran magníficos

y él no podía esperar a tenerlos de nuevo entre sus manos. Para tener sus pezones entre sus labios.

Tara se acercó y se arrodilló ante él. Su corazón estaba a punto de desbocarse al ver cómo sus delicados dedos le desabrochaban el cinturón y le bajaban la cremallera de los pantalones. Levantó el trasero de la cama mientras ella se los bajaba, quitándole al mismo tiempo los calzoncillos. El primer roce de sus dedos con su cuerpo fue como si lo atravesara un rayo. Hizo todo lo posible por no perder el hilo del momento mientras ella lo tomaba en sus manos y lo acariciaba con firmeza.

Cuando ella pasó el pulgar por el glande, él pensó que se desmayaría. Tenía que pensar en otra cosa o se correría sin poder evitarlo. Trató de concentrarse, pero cuando ella bajó la cabeza y se lo llevó a la boca, se lo puso muy difícil. Apenas podía creer lo que estaba ocurriendo. Echó la cabeza hacia atrás en la cama y le peinó el pelo con los dedos, tratando de hacerse a la idea de que sus labios calientes y aterciopelados recorrieran su cuerpo. Por suerte, ella sabía tomarse las cosas con calma y cuidado. No ejerció demasiada presión, solo la suficiente para hacerle desear que aquel momento durara para siempre. Cuando ella aflojó la succión de sus labios, él se sintió decepcionado, aunque solo por un segundo. Abrió los ojos y vio cómo ella se quitaba las bragas y se sentaba a horcajadas sobre él en la cama.

Ella se frotó contra su erección, haciendo que Grant enloqueciera de placer. Deseaba tanto estar dentro de ella... Estaba húmeda y caliente contra su cuerpo y era evidente que lo estaba disfrutando, ya que gimió suavemente y dejó caer la cabeza hacia un lado.

—¿Tienes un preservativo? —preguntó él.

Ella saltó de la cama tan rápido que fue como si hubiera anticipado la pregunta.

—Sí, tengo. —Abrió el cajón de la mesilla de noche, sacó un envoltorio, lo abrió y lo desenrolló sobre la erección de Grant. Luego se tumbó a su lado en la cama. Él se puso de lado y la besó, agarrándole un pecho con la mano y saboreando el tacto aterciopelado de su piel contra la suya. Tara se puso boca arriba y él se tumbó sobre ella, colocándose entre sus piernas. Grant se tomó un minuto para admirar su belleza antes de penetrarla. El cuerpo de ella le dio la bienvenida envolviéndolo con un calor embriagador. Se sintió abrumado por las sensaciones cuando empezaron a moverse juntos. Ella era perfecta. Exactamente como siempre había esperado.

Se concentró en su respiración mientras encontraba el punto perfecto de presión que a ella le gustara. La tensión se enroscaba en lo más profundo de su vientre y le preocupó no poder aguantar mucho más. Pero Tara también parecía estar a punto. Ella clavó los talones en la parte posterior de los muslos de él, respondiendo a cada embestida con un enérgico balanceo de caderas. Unas cuantas embestidas más y ella se derrumbó, echando la cabeza hacia atrás sobre la cama y sacudiéndose en espasmos. Grant respiró hondo cuando sintió que una oleada tras otra de intenso placer lo invadía. Cerró los ojos y dejó que todos los pensamientos sobre la amistad y la lealtad se desvanecieran. Sabía que volverían, pero por ahora todo era perfecto así.

Capítulo Ocho

A Tara no le gustaba sentirse arrepentida por haberse acostado con Grant. La noche anterior había sido increíble, y hacía demasiado tiempo que no tenía a un hombre en su cama. Pero su elección no había sido la mejor. No había pensado en las consecuencias a largo plazo.

No podía permitirse que su posición en Sterling se viera comprometida, no cuando acababa de empezar. Una mujer no podía empezar a trabajar en la empresa que había fundado su difunto exmarido, acostarse con el director general y esperar a que sus compañeros la tuvieran en alta estima. Así no funcionaban las cosas en el mundo real.

—Lo de anoche fue increíble. —No quería exagerar, pero Grant se había ganado el elogio. Tara le pasó la mano por el hombro y le besó la clavícula. Ahora que habían tenido sexo, le resultaba imposible estar cerca de él y no tocarlo. Iba a tener que encontrar un remedio.

—¿Qué hora es? —Grant tenía un ojo abierto y el otro cerrado. Su voz era somnolienta. Y muy sexy.

—Casi las siete. No sabía a qué hora querías levantarte. Supongo que querrás volver a tu casa para cambiarte de ropa e ir al trabajo.

Grant gimió y se puso de lado, le pasó el brazo por la cintura y tiró de ella para acercarla.

—Digamos que estamos enfermos. A nadie le importará que no vayamos.

—Eres el jefe. A todo el mundo le importará.

Grant inspiró profundamente y exhaló el aire, como si estuviera exasperado.

—Supongo que tienes razón.

Justo en ese momento sonó el timbre. Se miraron el uno al otro confundidos y entonces ella cayó en la cuenta:

—Probablemente sea Britney, la vecina. Siempre se queja de que mis aspersores mojan la acera. A su perro no le gusta. Tiene las patas muy sensibles. —Echó hacia atrás las mantas y se cubrió con su bata de seda. —Ahora vuelvo.

—No tardes. Me gustaría repetir lo de anoche.

—¿Qué parte exactamente? Es imposible que haya tiempo para todo...

Tara sonrió, pero el timbre volvió a sonar y ella bajó corriendo las escaleras.

—¡Voy enseguida!

Tara llegó al vestíbulo y, en cuanto abrió la puerta, se quedó con la boca abierta.

—Buenos días, Tara —dijo Astrid, husmeando en el interior.

Tara dejó la puerta abierta solo un poco.

—Astrid. ¿Qué haces aquí?

—Pensé en pasar a saludar.

Qué raro. Eran las siete de la mañana y Astrid vivía en el centro. ¿Por qué había decidido presentarse en la puerta de Tara por casualidad?

—Estaba a punto de prepararme para ir a trabajar, así que ahora no es un buen momento. Lo siento, Astrid. Quizás podríamos ir a comer algún día.

—Sigo esperando noticias tuyas sobre mi puesto en Sterling.

—Lo siento. Ha sido una semana de locos.

—Soy tan dueña de la empresa como tú y siento que me están dejando atrás. Si vamos a hacer esto, necesito sentirme incluida. Me paso el día sentada en mi apartamento.

Tara le había prometido a Astrid un puesto en la empresa y no había hecho nada al respecto. Tenía que ponerse las pilas o todo se vendría abajo.

—Lo siento de verdad. Hablaré con Grant y encontraremos algo.

—Está arriba, ¿no?

Tara se quedó sin aire en los pulmones. Quería ocultar lo que estaba pasando, sobre todo porque no iba a volver a ocurrir, pero no podía mentir. Abrió la puerta un poco más.

—¿Cómo lo has sabido?

—Anoche estuve en el partido. Os vi en la pantalla. Y la verdad es que parecía que teníais bastantes horas de práctica besándoos.

—Eso no es así en absoluto.

Astrid se encogió de hombros, pero era evidente que no se creía la respuesta de Tara.

—Bueno, da igual. Seguí mi corazonada y conduje hasta aquí. En cuanto vi el coche de Grant delante de tu casa, supe que tenía razón.

Britney, la vecina de Tara, estaba en la acera mirando sin perder detalle. Así que decidió hacerla pasar.

Tara condujo a Astrid hasta la cocina para preparar café.

—¿Quieres sentarte en el balcón mientras lo preparo? Hace una mañana preciosa. Solo será un minuto.

—Saluda a Grant de mi parte —bromeó Astrid antes de abrir la puerta de cristal y dejar entrar una ráfaga de aire fresco.

—Vuelvo enseguida...

Tara se tomó su tiempo para caminar hacia su dormitorio, componiendo cuidadosamente sus pensamientos. No quería herir los sentimientos de Grant, pero la llegada de Astrid la había hecho volver a la realidad. Les había hecho promesas a Miranda y a ella, y tenía un deber que cumplir en Sterling. Respiró hondo para recuperar la confianza, abrió la puerta y entró, descubriendo que Grant ya se estaba vistiendo.

—Olvidé que tengo una reunión en la oficina a las nueve. Tengo que llegar a casa y darme una ducha —dijo él mientras pasaba los brazos por las mangas de la camisa.

—Tenemos un problema.

—Yo también quería pasar más tiempo contigo, pero no puedo cancelar esa reunión.

—Astrid está aquí. Ella también estaba en el partido y vio nuestro beso. No sabemos quién más lo vio.

—Ni siquiera había pensado en eso —dijo Grant arrugando la frente.

—¿Y qué diremos si nos piden explicaciones?

—Sinceramente, no tengo ni idea.

—Tenemos que decirle a la gente que no significó nada. —Tara señaló la cama, donde las sábanas estaban revueltas—: Igual que tenemos que decirnos a nosotros mismos que esto no significó nada. Hay demasiado en juego.

—Estoy de acuerdo —dijo Grant echando un vistazo a la cama. —Fue impulsivo. Obviamente, no estábamos pensando con claridad.

Tara había esperado al menos un poco de resistencia por parte de Grant.

—Bueno, algún momento de claridad sí hubo. Al menos aceptaste seguir adelante con el proyecto del paseo marítimo.

Grant se abotonó la camisa mientras sacudía la cabeza.

—Eso es lo que realmente importa, ¿no?

—¿Qué se supone que significa eso? —A Tara le disgustó mucho su tono.

—Significa que flirteaste conmigo toda la noche y luego me besaste en el partido de béisbol. Ahora me parece que todo fue una artimaña para engatusarme y conseguir lo que andabas buscando.

—¿De verdad crees eso?

—Los dos teníamos la mente nublada por las circunstancias. Puede que no fuera la mejor ocasión para decidir acostarnos juntos —dijo Grant mientras se metía la camisa por dentro de los pantalones y se abrochaba el cinturón.

—¿Y qué hacemos con Astrid? No puedo mentir y decirle que no ha pasado nada. —Tara se sentó en la cama, su mente buscaba una solución.

—Ella no es estúpida. Ya lo sabes. Tenemos que convencerla de que no diga nada. Y nosotros somos adultos, fue cosa de una sola vez. Es hora de que todos sigamos adelante.

«Fue cosa de una sola vez». Tara había pensado eso en algún momento la noche anterior, pero fue antes de que llegaran a su casa y él la sujetara con las manos contra la pared del vestíbulo. Al igual que en el paseo marítimo, y ahí había empezado a verlo de otro modo. Incluso se había ido a dormir pensando que quería algo más de él. Pero tal vez todo había sido un delirio provocado por los orgasmos.

—Entonces, ¿vamos a hablar con ella ahora?

Grant sacudió la cabeza, se puso los calcetines y metió los pies en los zapatos.

—Eso es cosa vuestra. Vosotras tres tomasteis la decisión de uniros. No creo que le guste que yo me meta en medio. Pero quiero que le dejes claro que tiene que quedarse callada.

El único problema era que Astrid tenía su propia autonomía. No se sabía lo que podía hacer o decir.

—Sería más fácil si le digo cuándo y dónde debe presentarse a trabajar. Está enfadada porque ha pasado una semana entera y ha estado sentada en su apartamento sin nada que hacer.

—Dile que la llamaré esta tarde y que puede empezar el lunes.
—Grant se miró en el espejo y se alisó la camisa. A Tara le sorprendió el cambio en su comportamiento. Se le había encendido un interruptor. Ya no era el Grant dulce, divertido y sexy de antes, ni el hombre que tomaba las riendas con el que se había acostado. Era un hombre de negocios dispuesto a distanciarse de ella. Antes de marcharse, le tendió la mano—: Gracias por una noche agradable, Tara.

—¿Un apretón de manos? ¿En serio?

—Volvemos a ser colegas y nada más —respondió Grant levantando una ceja. —Probablemente sea lo mejor.

—Solo estamos nosotros en esta habitación. Al menos podrías darme un abrazo.

—Creo que un abrazo haría esto mucho más difícil.

Tara ahogó un suspiro y le estrechó la mano a Grant.

—Entendido, jefe. Nos vemos dentro de un rato. —Tara se apoyó en el umbral de la puerta mientras él recorría el pasillo hasta desaparecer bajando la escalera. El sonido de la puerta al cerrarse un minuto después confirmó que se había ido.

Tara no estaba segura de lo que sentía en ese momento. ¿Había sido una idea estúpida unir a las esposas y meterlas con calzador en Sterling? ¿O había sido Grant la mala elección? Lo único que sabía era que su nueva situación profesional y una posible relación amorosa con Grant era completamente incompatible.

Después de ponerse unos pantalones de yoga y un jersey fino, Tara agarró unas tazas de café y salió al balcón. Astrid estaba leyendo algo en su teléfono, pero lo guardó rápidamente en el bolso.

—Lo siento —dijo Tara.

—Vi a Grant irse, pero decidí no ponerle en un aprieto y no le dije adiós.

—Te lo agradezco. —Tara se acurrucó en la silla junto a Astrid. —Lo de anoche fue un error y no volverá a ocurrir. Se lo he dicho a Grant. Él y yo teníamos algunos asuntos que resolver. Cosas de antes de que Johnathon y yo estuviéramos juntos. Pero ya ha pasado. No quiero que te preocupes por eso. También espero que podamos contar con tu discreción.

Astrid dio un sorbo a su café mirando hacia el océano.

—Claro, siempre que consiga el trabajo adecuado dentro de la empresa.

No había duda de la amenaza implícita.

—Por supuesto. Grant dijo que te llamaría esta tarde y que podrías empezar el lunes. Parece que estamos avanzando con el proyecto del paseo marítimo, así que espero que puedas participar en él. Podríamos trabajar juntas.

Astrid sonrió, lo que hizo que Tara se sintiera algo mejor, aunque aún no estaba segura de poder confiar plenamente en ella.

—Me parece bien. Esperaré con impaciencia la llamada de Grant.

—¿Todo lo demás va bien? —preguntó Tara.

—En su mayor parte, sí. Hablé con Miranda ayer.

—¿En serio? —Tara deseaba no sonar tan atónita, pero lo estaba realmente.

—La llamé para saber cómo estaba.

—Me parece muy amable de tu parte.

—No quiero que las cosas estén tan tensas entre nosotras. —Astrid se arrellanó más en la silla. —Sé que lo que voy a decir suena a locura, pero siento que ella es una de las únicas conexiones que tengo con Johnny. Me cuesta tanto aceptar su muerte...

—Lo que dices no es ninguna locura, tiene mucho sentido.

—Y ella estaba allí cuando él murió. No puedo explicarlo, pero me siento unida a ella. Además, estoy tratando de contener mi envidia por el bebé. Me dije a mí misma que, si Miranda y yo nos acercábamos, tal vez eso me ayudaría a ser más feliz al respecto. —Dio un sorbo a su café.

—También hablé con mi terapeuta por teléfono esta semana. Me ayudó a superar algunas cosas.

«Quizá yo también debería hablar con un terapeuta». Tara admiró la voluntad de Astrid de ser amable con Miranda. Tenía que ser difícil para ella. Pero también la tenía un poco confundida. Entre el embarazo y saber que Johnathon no le había dicho a Astrid que se había casado por tercera vez, le hacía pensar a Tara que entre ellos dos tenían algún problema. No pudo evitar pensar que, si la alianza entre Miranda y Astrid se volvía especialmente fuerte, eso podía dejarla a ella al margen.

—¿De verdad que no te parece una locura? —preguntó Astrid.
—¿Decirme a mí misma que acercarme a Miranda me hará sentir menos celosa?

Fue entonces cuando Tara oyó la profunda angustia en la voz de Astrid. La pérdida que sintió por no haber podido concebir con Johnathon seguía estando presente. Podría perseguirla el resto de su vida. Era natural que buscara alguna forma de superarlo. Sin duda, era un enfoque más saludable que vivir en la negación o, peor aún, dejarse llevar por la ira.

Tara dejó a un lado su taza de café y se inclinó hacia delante en su silla, agarrando a Astrid de la mano.

—No creo que sea una locura. Me parece admirable que dejes tu propio dolor a un lado para apoyar a Miranda en este momento. Francamente, yo también debería acercarme más a ella y ver si necesita algo.

—Seguro que le gustaría saber de ti.

Tara soltó a Astrid y se sentó.

—Quizá podríamos cenar las tres una noche. Sería divertido. —Tara apenas podía creer lo que estaba saliendo de su boca.

—Me gusta la idea.

—Pensaré en algún sitio. También me vendrá bien. He estado muy distraída esta semana.

—¿Por Grant?

Tara sacudió la cabeza. Había cometido un grave error al permitir que el acaloramiento entre Grant y ella se interpusiera en los objetivos que tenía con Sterling y en las promesas que había hecho a las demás esposas. En muchos sentidos, su conversación con Astrid solo confirmaba lo mucho

que se había desviado del camino y cómo tenía que volver a él rápidamente.

—No. Y juro que no volverá a ocurrir. Estoy centrada en que las tres esposas saquemos el máximo provecho de nuestra participación en Sterling. Eso es todo lo que me importa ahora.

—Bien. Porque estoy lista para ir a trabajar. El lunes a primera hora estaré allí sin falta.

Capítulo Nueve

Grant entró en el garaje de su casa de La Jolla, situada en un acantilado con vistas al Pacífico. Apagó el motor, respiró hondo y sintió que tenía que encontrar la manera de vencer su propia lucha interior. Se había acostado con la exmujer de su mejor amigo, la mujer con la que ahora tenía que dirigir Sterling Enterprises. Una de las peores decisiones que había tomado nunca. Tenía que reconocerlo.

Entró en la casa, era moderna y minimalista, y estaba situada en uno de los entornos más envidiables del mundo. Era el hogar ideal deseado por cualquiera. Excepto porque él era el único habitante de la casa. Grant siempre había pensado que conocería a la mujer adecuada, se casaría y tendría hijos. Incluso se había imaginado a los pequeños montando en triciclo o dando patadas a una pelota. Sí, era tradicional. Se había criado en una familia cariñosa y tenía el deseo de crear la suya propia.

Se metió en la ducha con intención de quitarse el recuerdo de la noche anterior. El chorro de agua caliente no era suficiente para ayudarlo a deshacerse de los efectos de Tara. Se sentía doblemente desgarrado por todo lo que había sucedido en los últimos días. Si Johnathon no hubiera fallecido, no estaría ahora al mando del negocio que había ayudado a construir. Y nunca habría pasado la noche con Tara. No quería arrepentirse, pero no podía evitar que una parte de él lo sintiera así. Tenía la sensación de que había traicionado a su mejor amigo llevándose a Tara a la cama. No importaba que Johnathon ya no estuviera. A él no le habría gustado. Y Grant realmente deseaba que su mejor amigo siguiera vivo. A pesar de todos los defectos de Johnathon, Grant seguía echándolo de menos. Echaba de menos hablar con él todos los días, refrenarlo en sus momentos más erráticos y maravillarse ante los más brillantes. Echaba de menos tener un socio de confianza. Los dos habían pasado por muchas cosas juntos. Era imposible dar la espalda a los recuerdos.

Tenía que darse prisa para volver a la oficina antes de las nueve. Al salir del ascensor y entrar en la recepción, se le revolvió el estómago. Aún no había llegado todo el personal, pero seguía habiendo demasiado silencio. En la oficina se respiraba un aire inconfundible. Había susurros y miradas. Estaba claro que todos sabían lo de la cámara de los besos, sabían lo que había ocurrido entre Tara y él.

Ahora tendría que hacer todo lo posible por que se olvidaran de eso cuanto antes. Y empezaría por mantener a Tara en el despacho del otro extremo del edificio. Tenía que estar alejado de ella y evitar la tentación.

Se sentó frente a su mesa y su ayudante se puso en contacto con él unos minutos más tarde. Si sabía lo que estaba pasando, no lo dijo, y eso fue un alivio. Tal vez los rumores se disiparan solos rápidamente. Por desgracia, Tara apareció en su puerta varios minutos después, con un aspecto arrebatador y un elegante vestido rojo que dejaba ver sus curvas y sus piernas. Era apropiado para la oficina, pero aun así a él le resultaba demasiado sexy.

—¿Tienes un minuto? Tenemos que hablar —dijo Tara tras dar unos golpecitos en el marco de la puerta.

—Claro. —El cuerpo de Grant respondió inmediatamente a su presencia.

Tara entró e hizo amago de cerrar la puerta.

—Déjala abierta —pidió él levantándose de su asiento.

Tara le lanzó una mirada interrogante.

—¿Qué pasa?

—Todo el mundo lo sabe.

—Ya me he dado cuenta de eso. Precisamente por eso me gustaría cerrar la puerta. Para que podamos tener un poco de privacidad.

—No. Déjala abierta. Si hay algo de lo que no podemos hablar con la puerta abierta, no deberíamos hablar de ello. Al menos, no aquí.

—Bien. —Tara se dirigió a uno de los asientos frente a su escritorio y se sentó. —Hay tres cosas de las que tenemos que hablar. Astrid, el paseo marítimo y mi traslado de oficina.

—Creo que Astrid podría encargarse de coordinar el proyecto del paseo. Tú podrías supervisar su trabajo —dijo Grant.

—¿Realmente crees que aceptará eso? Es tan dueña de la empresa como yo.

—Tú tienes experiencia, ella no. Aprenderá mucho y, francamente, creo que le ayudará a decidir si esto es algo que realmente quiere hacer a largo plazo. No estoy convencido de que esté hecha para esto.

Tara frunció los labios, pero asintió.

—Vale. ¿La llamarás y se lo harás saber?

—Sí. —Solo esperaba que Astrid no le echara la bronca por lo que había pasado entre Tara y él. —En cuanto al proyecto en sí, me comprometo a que presentemos una propuesta y una oferta al ayuntamiento. Me gustaría asignar a Clay Morgan como arquitecto principal. Tiene experiencia en el diseño de espacios públicos, es inteligente y está capacitado para trabajar con las limitaciones que impone el ayuntamiento.

—Interesante.

—¿El qué? —A Grant le disgustó el tono de Tara. Él estaba haciendo todo lo posible por ser profesional y que su alianza funcionara, cuando en realidad lo único que quería era cerrar la puerta y quitarle ese vestido que lo estaba volviendo loco.

—Da la sensación de que estás preparando el terreno para que Astrid fracase. Miranda y ella siguen trabajando en sus diferencias, pero ya viste cómo se hablaban en la reunión de abogados. Podría verlas volviendo a esa dinámica en cualquier momento. Miranda y su hermano están muy unidos. ¿No ves un problema potencial ahí?

—¿Quieres darle trabajo a Astrid o no?

Tara se reclinó en su silla y echó un vistazo hacia la puerta, probablemente para comprobar si alguien podía escuchar lo que estaba a punto de decir.

—Tenemos que hacerlo. No solo por sus acciones en la empresa, sino porque quizá sea la única forma de evitar que hable de más.

—Creo que también tenemos que vigilarla. Para nosotros es una desconocida, en realidad. Sé que lo que propongo no es lo ideal, pero hago lo que puedo, ¿vale? —Grant sintió que empezaba a dolerle la cabeza. No era una buena manera de empezar un viernes, sobre todo cuando sabía que le esperaba un fin de semana largo y frustrantemente solitario.

—Lo sé. Siento mucho que todo se haya complicado.

—Sí, bueno, yo también. Tenías razón en lo que dijiste esta mañana. Fue un error. —Se arrepintió de esas últimas palabras en cuanto salieron de su boca. Había soñado tantos años con estar con Tara. Odiaba que el recuerdo de su única noche juntos ahora estuviera manchado.

—Claro. Por supuesto. No se repetirá —dijo Tara.

—Perfecto.

Eso fue todo, el principio y el fin de Grant y Tara se había producido en menos de veinticuatro horas.

—Volviendo a centrarnos en el trabajo, tengo que preguntarte por los próximos pasos con el paseo marítimo.

Grant revolvió algunos papeles en su escritorio, desesperado por ocultar su orgullo herido.

—Haz lo que tú consideres mejor. Ya tienes a tu equipo: Astrid, Clay y Sandy. Es tu proyecto.

Tara se removió en el asiento y volvió a cruzar las piernas. Los ojos de Grant se sintieron atraídos por ellas irremediablemente.

—¿Eso es todo? —preguntó ella.

Él se esforzaba mucho por mantener la compostura. Quería cerrar la puerta de su despacho, tomarla en sus brazos y besarla.

—Eso es. Tienes luz verde. Adelante, demuéstreme que me equivoco.

—De acuerdo. Lo haré. —Tara se levantó de su asiento. —Una cosa más antes de irme. ¿Qué pasa con mi despacho?

—Teniendo en cuenta lo que pasó anoche, y el hecho de que Astrid y la mayor parte de la oficina lo sabe, creo que lo mejor será que tengas tu despacho donde estás ahora.

—Espero que no siga siendo así a largo plazo —respondió Tara cruzándose de brazos en señal de desacuerdo.

—Podemos volver a evaluarlo dentro de un mes. Los rumores en la oficina empeorarán si te mudas al despacho de al lado. También deberíamos limitar nuestras conversaciones al correo electrónico en la medida de lo posible. Evitar que nos vean juntos.

—Bueno, aunque no me guste, supongo que tienes razón —dijo Tara dando un pequeño golpe con los nudillos sobre la mesa.

Sandy apareció en la puerta, interrumpiéndolos.

—Señora Sterling, la otra señora Sterling, Astrid, está al teléfono. Quiere hablar con usted.

Grant tuvo que contener la risa. Ahora mismo había demasiadas señoras Sterling a su alrededor. Y, por su bien y el de todos, debería alejarse de una en concreto lo antes posible.

El fin de semana Tara pasó la mayor parte del tiempo dándole vueltas a todo lo que había sucedido desde la muerte de Johnathon. Rebuscando en un armario, encontró un viejo álbum de fotos de la época en que estaba casada con Johnathon. Muchas de las fotos eran de las lujosas vacaciones que se tomaban, todas ellas con Grant y su novia de turno. Un otoño alquilaron una villa en la Toscana, donde bebieron vino durante días, recorrieron museos de arte y pasaron horas tomando el sol junto a la piscina. También alquilaron un chalet en lo alto de una montaña en Suiza, una escapada llena de interminables pistas de esquí y noches dedicadas a conversar frente al fuego.

Posiblemente, el viaje más memorable fue a Costa Rica. Grant había encontrado una casa en un árbol, con dos dormitorios y dos baños, escondida en medio de la selva tropical. Había sido una gran aventura. Hicieron excursiones en tirolina, nadaron en piscinas naturales bajo cascadas y se sentaron en el porche durante horas, bebiendo ron y observando las travesuras de los monos y los guacamayos. Tara se esforzó en recordar el nombre de alguna de esas mujeres que Grant había llevado de acompañante. No recordaba a ninguna. Cuando él y Johnathon aparecían juntos en una foto, se notaba la conexión que había entre ellos. Habían sido como hermanos, lo cual era un regalo para Johnathon, ya que él y su propio hermano siempre habían tenido una relación conflictiva.

Tara se preguntó si no sería ese el motivo verdadero de que Grant estuviera tan ansioso por alejarse de ella la otra mañana. Tal vez fuera la amistad de Grant con Johnathon lo que le hacía dudar de lo que habían hecho. Grant estaba en una situación muy diferente a la de Tara: su lealtad a Johnathon había durado hasta el momento de su muerte. Gran parte de la de Tara desapareció cuando solicitó el divorcio. No era lo mismo. Y tal vez debía reconocerle a Grant el mérito de no querer romper ese vínculo fraternal con Johnathon. Cosas así no desaparecían tan fácilmente cuando alguien fallecía.

El lunes por la mañana, mientras se dirigía al trabajo, se le ocurrió que podía haber algo más: tal vez había subestimado a Grant. No solo en el dormitorio, sino también en el trabajo. Había demostrado ser un hombre

formidable. No se podía jugar con él. También había dejado claro que su lealtad estaba con Sterling Enterprises por encima de todo. No sabía hasta qué punto su amistad con Johnathon se veía afectada por lo que había ocurrido. Pero, aun así, el hecho de que se hubiera acostado con ella no iba a frenarle en su empeño por conquistar Sterling. Y ahora se encontraba en la situación de tener que mantenerse alejada de Grant, cuando la realidad era que no había hecho otra cosa que despertar más su interés tras hacer el amor con él.

Cuando llegó a la oficina, se encontró con Astrid en la recepción.

—¿Estás lista para empezar a trabajar? —preguntó Tara.

—Por supuesto.

Tara guio a Astrid a través del laberinto de pasillos, pasando por su despacho, para poder conducirla al que ella ocuparía.

—Trabajarás aquí por ahora. No hay nada definitivo, estamos todavía intentando organizarlo todo. Sé que quizá no sea tan agradable como hubieras querido. —Tara se preparó para los comentarios sobre lo pequeño y espartano que era el despacho.

—Está perfecto. No necesito un despacho lujoso. Solo necesito un sitio para sentarme y un escritorio. La ventana es bonita. —Astrid esbozó una sonrisa, aparentemente satisfecha.

Tara admiró la buena disposición de Astrid. No se lo esperaba en absoluto. Johnathon siempre había pintado a Astrid como una mujer muy exigente, que necesitaba atención y adulación constantes. Nada que ver con lo que Tara había visto de ella hasta el momento. Aunque no podía negar que Astrid tenía cierta tendencia al dramatismo.

—Estarás conmigo en el proyecto del paseo marítimo —dijo Tara. —Como acabas de empezar en este sector y no tienes experiencia, Grant pensó que lo mejor era que trabajáramos juntas para que yo y algunas otras personas clave de la oficina pudiéramos enseñarte lo básico.

Astrid asintió con entusiasmo y se acomodó el largo cabello rubio detrás de la oreja.

—Me parece lógico. Estoy lista para aprender.

Una vez más, Tara se sintió gratamente sorprendida.

—Estupendo. Vamos a charlar con Clay Morgan, el arquitecto jefe del proyecto. Puedo explicártelo todo de camino a su despacho.

—Es el hermano de Miranda, ¿no? —dijo Astrid con cara de preocupación.

—Sí, pero no te preocupes. Miranda y tú habéis empezado a limar asperezas, ¿no?

Astrid asintió.

—Sí. Pero no estoy muy segura de que le caiga bien.

—No le des más vueltas. —Tara palmeó a Astrid en el brazo, queriendo tranquilizarla. —Creo que lo de que cenemos juntas el viernes es una buena idea.

Las dos mujeres caminaron por el pasillo hasta llegar a la puerta de Clay, que estaba abierta de par en par. Él estaba dentro, trabajando ensimismado en su mesa de dibujo. Tara odiaba interrumpirle, sobre todo cuando estaba trabajando tan duro, pero no le quedaba más remedio que hacerlo. Llamó a su puerta de manera cuidadosa. Él levantó la mirada de inmediato, pero tuvo la impresión de que en ese momento él solo tenía ojos para Astrid. Tara estaba acostumbrada a que los hombres reaccionaran así con ella. Astrid había aparecido en cientos de revistas y pasarelas por una razón: era impresionantemente bella.

—Clay. Hola —empezó Tara. —Quería presentarte a Astrid Sterling. Va a ser la directora del proyecto del paseo marítimo. Creo que Grant ya te ha informado, ¿verdad?

Echó un rápido vistazo a su lugar de trabajo, plagado de lápices y grandes hojas de papel de dibujo.

—Sí, claro. Lo siento. Habría limpiado si hubiera sabido que venías.

—No pasa nada. Soy buena ordenando —dijo Astrid adentrándose en el despacho para ayudarle a colocar los lápices.

Clay parecía un corderito. Los hombres siempre se comportaban de manera extraña en presencia de Astrid.

—Por favor. No lo hagas —dijo Clay para detenerla, poniendo su mano sobre la de ella.

—Lo siento mucho. —Las mejillas de Astrid enrojecieron.

—No pasa nada. Es solo que me gusta tener mi oficina de cierta manera. Soy un poco maniático.

—Clay, como ya sabes, Grant quiere que seas el arquitecto jefe del proyecto —dijo Tara tratando de disipar la tensión repentina que allí se

respiraba. —Astrid aprenderá sobre la marcha y gestionará el día a día. Yo me ocuparé del papeleo con el ayuntamiento con mi ayudante Sandy.

—Ya he estado echándole un vistazo —habló Clay mientras jugueteaba con un lápiz entre los dedos. —Vamos con retraso. Los primeros planos están previstos para dentro de cinco semanas. Si no pasamos la fase inicial, estaremos fuera de juego. Y mi carga de trabajo ya es considerable, así que va a ser un gran reto para mí.

Tara se dio cuenta de que tener a Clay de su parte era de vital importancia.

—Tienes una hija, ¿verdad? —le preguntó Tara.

Los ojos de Clay se entrecerraron.

—Eh... Sí, tiene cinco años.

—Uno de mis principales objetivos para el proyecto es hacerlo más acogedor para los niños. No hay suficientes espacios para las familias en el centro.

—Hay más padres en el departamento.

—Pero tú eres el único padre soltero que tiene que hacerlo todo por su cuenta. Puedes aportar otras ideas por tener necesidades diferentes a los demás. Además, Grant dice que eres el mejor arquitecto de la empresa. Y yo quiero a los mejores para este proyecto.

—De acuerdo. Me dejaré la piel. Pero tendremos que celebrar una reunión de planificación lo antes posible. Y una visita al lugar. Me gustaría escuchar ideas distintas a las mías. Es importante tener más de una perspectiva.

—Perfecto, porque yo tengo muchas ideas. Y parece que a Grant le han gustado.

—Vale. Suena bien —dijo Clay.

Tara respiró aliviada.

—Fantástico. Le diré a Sandy que te traiga las especificaciones oficiales esta tarde. ¿Nos vemos mañana a primera hora?

—Me parece bien —dijo Clay.

—¿Es tu hija la de la foto? —preguntó Astrid, tomando un marco del aparador.

—Sí. Se encargó de llevar una cesta con flores cuando mi hermana y Johnathon se casaron.

Astrid admiró la fotografía y Tara echó un vistazo por encima del hombro. Clay estaba junto a Miranda, la novia, y la rodeaba con el brazo. La hija de Clay llevaba un bonito vestido rosa y una cestita. A Tara le dolía el corazón de pensar en lo felices que eran todos en aquella fotografía, pero también le entristecía imaginarse lo que estaría pensando Astrid al mirarla. Johnathon no le había contado que se había vuelto a casar y tenía que ser todo muy doloroso para ella.

—¿Cuándo fue la boda? —preguntó Astrid.

—A finales de mayo del año pasado. Apenas llevaban un año casados. Es muy triste todo —respondió Clay.

—¿Fue un compromiso corto? —preguntó Astrid.

A Tara le pareció extraña la pregunta. ¿Por qué querría Astrid conocer esos detalles?

—De unos meses, supongo —respondió Tara.

Astrid dio unos golpecitos con el dedo en el marco, dejó la fotografía y se dirigió a la puerta.

—Gracias, Clay —dijo, sin apenas mirarle, antes de desaparecer por el pasillo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Clay.

Tara no sabía la respuesta a esa pregunta.

—Seguro que sí. Gracias, Clary. Nos vemos mañana.

Tara salió corriendo al pasillo. Esperaba tener que perseguir a Astrid, pero ella estaba justo al otro lado de la puerta, apoyada en la pared y con la cara entre las manos.

—Vamos —dijo Tara, instándola a seguir adelante con un suave tirón de su brazo. —Busquemos un poco de intimidad. —Astrid y ella entraron en el baño de mujeres. —¿Es por la foto de la boda de Johnathon con Miranda?

—Sí. —La voz de Astrid sonaba inestable.

—Lo lamento. Entiendo que sea duro para ti.

Astrid apoyó las manos en la encimera del baño, se miró al espejo y sacudió la cabeza. No estaba llorosa, pero el color había desaparecido de su rostro.

—No puedo creerlo.

—¿Creer qué?

Astrid miró a Tara a los ojos a través de su reflejo.

—Johnathon engañó a Miranda.

—Espera. ¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Astrid se dio la vuelta y cruzó los brazos sobre el pecho, apoyándose en el tocador.

—Lo sé porque la engañó conmigo.

Capítulo Diez

Tara maldijo a su exmarido durante días. Casi una semana entera de trabajo, para ser exactos. ¿Cómo pudo acostarse con una de sus exmujeres semanas antes de casarse con otra?

A Tara le interesaba mantener aquel secreto enterrado, aunque odiara ser partícipe de las fechorías de Johnathon. Si Miranda se enteraba, la alianza entre las esposas correría peligro. No sabía qué harían Astrid o Miranda en esa situación, pero Tara podía imaginarse algunos escenarios, y todos eran terribles. Podrían sentirse enfrentadas entre sí y vender a uno de los otros accionistas, dejando a Tara con muy pocas opciones. Si vendían a Grant, se acababa el juego. Tara perdería su oportunidad de dirigir la empresa. E incluso cabía la posibilidad de que Miranda y Astrid se unieran contra Tara.

Las esposas necesitaban una unión fuerte entre ellas, pero las cosas empezaban a desquebrajarse. Primero el embarazo y ahora la infidelidad. Y además Tara había cometido el error de acostarse con Grant. Aunque tampoco podía castigarse por ello.

Por ahora, su problema más urgente era Astrid. Ella no dejaba de preguntarle si Grant sabría lo de la infidelidad. Astrid quería reunirse con él, pero Grant siempre estaba muy ocupado para recibirla. Eso le venía bien a Tara, ya que pretendía hablarlo con él antes de que ella pudiera hacerlo. Si Astrid descargaba su ira contra Grant en la oficina, Clay podría enterarse y luego la noticia llegaría a Miranda. También era un riesgo preguntarle directamente a Grant, pero debía hacerlo. Por suerte, no solo tenía acceso a su agenda, sino que se había hecho amiga de su asistente.

Tara se presentó en su despacho justo cuando él acababa de terminar una llamada.

—¿Tienes un minuto? —le preguntó ella.

—Claro —contestó Grant sin dejar de teclear en el ordenador.

Tara cerró la puerta tras de sí. No podía dejar que nadie oyera su conversación.

—Tara. Ya tuvimos una conversación sobre lo de cerrar la puerta —dijo él.

—Lo sé. Pero necesitamos intimidad. —Oír esa palabra en boca de Tara y el hecho de saber que ahora estaban solos hizo que a Grant le subiera la temperatura. Sin poder remediarlo, recordó las caricias compartidas aquella noche juntos. ¿Qué habría pasado si a la mañana siguiente Astrid no se hubiese presentado?

—Toda la oficina hablará de ello —dijo él.

—Pues que hablen. Tenemos cosas más importantes que hacer. —Tara se acercó a la ventana y contempló las vistas de la ciudad. Su mente acumulaba demasiada información distinta al mismo tiempo. Astrid. Johnathon. Miranda. Era un caos. Y había llegado el momento de liberarlo. —Lo sabías, ¿verdad?

Grant cruzó las piernas sentado en su silla. Se había quitado la chaqueta en algún momento del día y se había remangado la camisa. Tenía unos antebrazos muy atractivos. Fuertes y largos, con la cantidad perfecta de vello oscuro.

—Lo siento, no sé de qué estás hablando. Vas a tener que especificar.

—Johnathon y Astrid. La verdadera razón por la que nunca le dijo a Astrid que se había casado con Miranda.

Grant se aclaró la garganta y desvió la mirada. Eso le dijo todo lo que necesitaba saber, pero aun así quiso oírlo de su boca.

—Vamos, contesta.

—No me enteré hasta después de la boda. Juro que si lo hubiese sabido antes habría intentado disuadirle.

—¿Qué pasó?

—Supongo que nunca se atrevió a decírselo a Astrid. No podía romperle el corazón. Después del divorcio, Astrid y él mantuvieron una relación intermitente. Ella volvió a Noruega y él fue varias veces a intentar reconciliarse.

Eso era nuevo para Tara, y le dolió oírlo. Johnathon no tuvo ningún problema en seguir adelante después de apartarla de su vida. La cambió por Astrid en un abrir y cerrar de ojos.

—No tenía ni idea.

—Fue desgarrador. Los dos tenían muchas ganas de tener hijos, pero nunca habían podido concebir. Estuvieron años intentándolo, y eso le pasó factura al matrimonio, pero creo que los dos seguían queriéndose.

Tara sabía que había sido duro para ellos, sin embargo no conocía los detalles.

—¿Y después de que él y Miranda se comprometieran? ¿No fue suficiente razón para alejarse de Astrid?

—Aparentemente no. Pensé que volaba a Londres para reunirse con un socio potencial en un proyecto. No me dijo que también pararía en Noruega.

—Por lo que comentó Astrid, fue solo unas semanas antes de la boda. ¿Qué fue lo que lo provocó?

Grant se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo era. A veces simplemente se dejaba llevar por el viento en una dirección, incluso cuando sabía que probablemente debería ir en la contraria.

Tara lo sabía de primera mano. Se había sentido así cuando Johnathon la echó de Sterling y la empujó al sector inmobiliario. Todo sucedió tan de repente. Un día estaba trabajando en su próspera empresa y al siguiente él insistía en que se dedicara a otra cosa y obtuviera su licencia inmobiliaria.

Grant se pellizcó la nariz y sacudió la cabeza.

—Me resulta difícil saber qué pasaba por la cabeza de Johnathon en aquel momento. Solo sé que se fue a Noruega y que Astrid y él se acostaron.

—¿Te lo dijo cuando volvió?

—En realidad, no. Pero incluyó facturas de Noruega en su informe de gastos y él estaba fuera de la oficina cuando los contables me preguntaron. Noruega no estaba en su itinerario de empresa, así que recurrieron a mí para comprobar si era correcto.

—¿Y te enfrentaste a él?

—Lo hice, y puedes imaginar cómo fue. No hubo confrontación. Nunca quiso confesar nada que le hiciera quedar mal. Nunca quiso parecer humano. Quería que todos lo amaran incondicionalmente.

—Y le funcionó, la mayor parte del tiempo.

—Sí. Hacía que los demás se ocuparan de sus errores.

Tara también sabía a qué se refería. Cuando Johnathon le había pedido que dejara de lado sus aspiraciones con Sterling, le había dicho a varias personas que había sido decisión suya hacerlo. Eso no podía estar más lejos de la realidad, pero había sonreído y dicho que ser agente inmobiliaria siempre había sido su sueño cuando no era cierto.

—No sé qué hacer —dijo Tara, volviéndose hacia Grant.

Cuando se giró, la manera en que el sol iluminaba su cara le recordó la mañana que habían pasado juntos, cuando se despertó a su lado. Había sido tan agradable. Él la hacía sentir deseada. Deseada, hacía siglos que no se sentía así. Dios mío, tenía muchas ganas de volver a besarle, de sentir sus labios en la piel de su cuello y sus manos dominantes por todo su cuerpo. Quería saber si la noche que habían pasado juntos había sido solo fruto de la casualidad.

—Te das cuenta de que estás preguntando a la persona equivocada, ¿verdad? —le dijo Grant. —He imaginado un montón de maneras de crear problemas entre Astrid y Miranda. Para dividir sus intereses y, con suerte, convencer a una de las dos para que venda.

—¿Y por qué no lo haces? Podrías habérselo dicho a cualquiera de las dos y haber abierto una brecha entre ellas. La oportunidad estaba ahí desde el momento en que Max te dijo que repartiría las acciones de Miranda entre las tres.

—Nunca podría hacer eso. Deberías saber eso de mí.

Tara respiró hondo. ¿Cómo se las arreglaba para hacer siempre lo correcto?

—Lo sé, Grant. Sé que eres un buen hombre.

Él sacudió la cabeza y se levantó de la silla.

—Si querer ganar limpiamente me convierte en un buen hombre, supongo que sí soy un buen hombre. Pero, por favor, deja de decirlo como si fuera algo malo. Me doy cuenta de que no es lo que más te atrae. Supongo que prefieres estar con el tipo de hombre que engaña a su nueva mujer con la anterior.

—Eso no es lo que me atrae...

—Entonces, demuéstremelo.

Tara se esforzó por encontrar una respuesta.

—¿Contigo? —Tara se puso nerviosa, su mente le decía que frenara, pero su cuerpo reaccionaba diciéndole todo lo contrario.

Él se encogió de hombros y entrecerró los ojos.

—No lo sé, Tara. Dímelo tú.

Grant había estado a punto de decirle que sí, que lo probara con él. Demonios, había estado a punto de confesarle lo que sentía por ella, pero no estaba preparado. Algo dentro de él le decía que se mantuviera alejado. Era difícil admitir que había estado enamorado de Tara todo ese tiempo, incluso cuando estaba casada con su mejor amigo. Parecería débil y no quería que Tara lo viera así. Sí, había estado a la sombra de Johnathon durante años, pero Grant había sido la columna vertebral de la empresa y, en muchos sentidos, también lo había sido para Johnathon. Solo que nadie quería o no era capaz de verlo.

—No. Realmente no soy un buen hombre. Al menos no de la forma en que tú crees. —Se acercó más a ella, escrutando su rostro mientras los recuerdos de la noche que habían pasado juntos se agolpaban en su mente. Había pensado que su deseo por ella se iría apagando a lo largo de la última semana, pero no había sido así. Todo lo contrario. Ella había despertado algo en él, una parte primaria de su psique que no estaba dispuesto a perder. Ya no. Sabía lo que quería y no iba a disculparse por ello.

—Creo que este es un problema que debes arreglar por tu cuenta, Grant.

No se equivocaba. Pero esperaba que ella le ayudara a resolverlo.

—Te deseo demasiado, Tara, y está afectando a mi trabajo. Eres demasiado guapa. Demasiado sexy. Demasiado deseable. Ese es mi verdadero problema.

Tara frunció el ceño.

—Venga ya... ¿Se supone que debo creer que estás tan enamorado de mí que no puedes concentrarte en la empresa? Siempre has querido estar al mando de Sterling y te sientes amenazado por mi presencia. No puedes echarle la culpa a la atracción que tenemos. Da igual lo que le hayas dicho a Johnathon a lo largo de los años, eso de que no te importa ser el segundo plato, creo que siempre has querido a Sterling ante todo.

—No te equivocas. Siempre he querido estar al mando. Estaba contento con mi papel, pero ahora que he probado cómo es llevar el control de todo, no estoy dispuesto a dejar pasar esta oportunidad. —Lo que realmente quería decir era que ahora que había probado a Tara, y no estaba dispuesto a dejarla marchar. Pero ella podía volverse contra él en cualquier momento, y había más en juego que los sentimientos.

—Entonces, estamos en un callejón sin salida —dijo ella. —Tengo la oportunidad de cumplir mis propios sueños y no estoy dispuesta a encogerme de hombros ni a abandonarlo todo. De ninguna manera. Ahora no. No cuando tengo a Astrid, Miranda y su bebé contando conmigo para sacar el máximo provecho de esto.

—¿Qué pasa si hay una ruptura entre Astrid y Miranda? La verdad puede salir a la luz. ¿Qué harás si eso ocurre, Tara? Sé que te preocupa que confíen en ti, pero ¿realmente confías en ellas? —Podría parecer que estaba tratando de sembrar la discordia entre ellas, pero quería que Tara se enfrentara a la realidad. Astrid y Miranda podrían volverse contra ella en cualquier momento. Y, dependiendo del camino que eligieran, de si vendían sus acciones a otra persona o entre ellas, todo podría significar que el control de Sterling pasara a manos equivocadas. Era una posibilidad muy real. El tipo de realidad que mantenía a Grant despierto por la noche.

—Tengo que confiar en que cumplirán su parte del trato. Tengo tres meses para demostrar que puedo hacer que esto funcione, y apenas llevamos dos semanas. El proyecto del paseo marítimo forma parte de mi plan. Si consigo que sea un éxito, creo que les demostraré de lo que soy capaz.

Grant suspiró. Él quería el control, pero Tara también. Quería que Sterling tuviera éxito, y Tara estaba de acuerdo, pero de un modo muy distinto. Y luego estaba ese lado loco de sí mismo que también deseaba que Tara hiciera realidad sus sueños. Johnathon la había frenado y no había sido justo. Grant se preocupaba demasiado por ella para su propio bien.

—¿Dónde nos deja esto? —preguntó Grant.

—En el mismo lugar en el que estábamos antes de entrar en tu despacho. Por ahora, estamos en lados opuestos de la misma mesa. Quiero dirigir Sterling algún día. Tengo que probar mi valía a las otras esposas y también al resto del personal. Y eso significa que debo permanecer fuera de tu cama.

—Bueno, para ser exactos, estuvimos en tu cama esa noche.

—Ya sabes lo que quiero decir...

—¿Y es eso lo que realmente quieres, Tara? Si fueras realmente sincera contigo misma, y no hubiera repercusiones, ¿me dirías lo mismo? ¿Que no me metiera en tu cama? —Contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta. Si ella estaba a punto de decir que sí, lo destrozaría. Pero también quería una dosis de realidad. Le ayudaría a encontrar una salida.

—Ni siquiera sé lo que me estás preguntando, Grant. No se me dan bien las hipótesis.

—Eso no es cierto. La mujer que la otra noche me describió con todo lujo de detalles su visión para el paseo marítimo era cien por cien capaz de ver todas las posibilidades.

—¿Me estás haciendo una pregunta sobre negocios o sobre nosotros?

Grant tragó saliva. No esperaba encontrarse ese día con aquel desafío, tener que mostrar lo que guardaba en el corazón. Pero tenía que decirlo y terminar con aquello.

—Te pregunto por nosotros. La otra noche fue espectacular y lo sabes. Siempre hemos tenido una conexión. No me digas que todos estos años de flirteo no significaron nada. Que no había nada detrás. No me lo creo.

Tara le hizo un gesto con la mano y se volvió hacia la ventana.

—Bueno, claro que me atraes, Grant. ¿Pero de verdad crees que voy a desperdiciar una oportunidad profesional tan importante para tener una aventura? No estoy pensando a corto plazo, sino a largo plazo.

—¿Qué te hace pensar que solo sería a corto plazo?

—Por dos razones. Primero, porque nunca has sido capaz de mantener una relación más allá de un mes, y segundo, porque los dos queremos dirigir Sterling y solo puede hacerlo uno.

Si Tara supiera que la verdadera razón por la que nunca había conseguido que una relación funcionara era porque comparaba a todas las mujeres con ella... Era una estupidez, y había luchado contra ello muchas veces, pero siempre se reducía a lo mismo. Tenía a Tara dentro de su cabeza.

—¿Y si compartimos el liderazgo de Sterling? —Apenas podía creer lo que estaba sugiriendo. A Johnathon nunca le habría parecido buena idea, y Grant no estaba seguro de que fuera una jugada inteligente tampoco. Aun

así, buscaba alguna fisura en el muro que Tara había levantado entre ellos. Tenía que haber alguna forma de entrar, alguna grieta en su impenetrable armadura.

Ella negó con la cabeza con tal convicción que Grant preparó su coraza para recibir su respuesta.

—De ninguna manera. Quiero ganar o perder. En realidad solo quiero ganar. Debería haber tenido un puesto en esta empresa desde el principio. Johnathon debería haberme mantenido aquí. Tú lo sabes, y creo que él también lo sabía. No hay otra razón para que me haya incluido en el testamento. No creo ni por un minuto que lo hiciera simplemente porque me amaba como a Astrid y Miranda. Yo era una parada en boxes para él, y pagué un precio por ello. Me empujó a una carrera que no quería, y me apartó de la dirección que yo quería tomar, que era seguir los pasos de mi padre. Estoy capacitada, Grant. Sé que lo estoy.

—Lo sé. —Grant sentía que retrocedía, y estaba cansado de arrinconarse. Tenía que aceptar que ahora la prioridad de Tara eran los negocios. Él iba a tener que dejarla seguir adelante con su plan. Mientras tuviera a las otras esposas de su lado, podrían tomar todas las decisiones que quisieran. Diablos, podían destituirlo como director general si así lo deseaban. —Así que supongo que ya tengo mi respuesta.

—Me gustaría oírtelo decir para saber que lo tienes claro —dijo Tara.

—Estamos luchando por el control de Sterling Enterprises, viendo quién puede ser el mejor líder. Y eso significa que, mientras tanto, tendré que mantenerme fuera de tu cama.

Capítulo Once

Tara se había ofrecido a organizar una cena para Miranda y Astrid en su casa, pero Miranda había insistido en que lo hicieran en la suya. Conciliar el embarazo y su trabajo la había dejado exhausta, y era más fácil si no tenía que ir a ningún sitio. Ni Tara ni Astrid tenían motivos para llevarle la contraria.

Tara se detuvo ante la que había sido la casa de Miranda y Johnathon, ahora propiedad exclusiva de su viuda. Situada en La Jolla, con vistas al mar, estaba cerca de la casa de Grant, que se hallaba uno o dos kilómetros al sur. Grant y Johnathon siempre habían sido uña y carne, y les gustaba estar cerca. Cuando Johnathon vivía con Tara en Coronado, los dos siempre se habían quejado de que estaba demasiado lejos.

La casa era preciosa, con la fachada de un blanco impoluto, ventanas negras y un tejado rojo coronando los seis niveles diferentes de la vivienda. El paisaje tropical junto al mar estaba espectacularmente iluminado, al igual que la casa, adornada con lámparas de hierro forjado. Tara ya había visto la propiedad, pero había sido antes de que Johnathon y Miranda la compraran. Se la había enseñado a una pareja hacía cinco años, cuando el precio de venta era de seis millones. Tara calculaba que ahora debía de valer por lo menos doce.

Desde un punto de vista económico, a Miranda le iría bien. Desde un punto de vista emocional, Tara no lo sabía, pero estaba segura de que estaba a punto de averiguarlo.

Tara esperó en su coche hasta que llegó Astrid. Quería tener la oportunidad de hablar con ella un momento antes de entrar. Por suerte, solo tuvo que esperar cinco minutos hasta que Astrid llegó en su pequeño Porsche plateado, que había alquilado para poder desplazarse mientras vivía en la ciudad.

—Estás absolutamente preciosa —dijo Tara, ofreciéndole un abrazo.

—Gracias. Tú también —respondió Astrid. Tara sintió que era más una respuesta por cortesía que otra cosa.

—Antes de entrar, quería decirte que no creo que sea buena idea sacar el tema de lo que me dijiste el otro día en el trabajo.

Astrid miró a Tara con absoluto horror.

—¿Por quién me tomas, Tara? Yo nunca haría eso.

Tara se quedó sorprendida. Astrid se había hecho valer de un modo que ella no esperaba.

—No pretendía ofenderte. Solo quería asegurarme de que podíamos mantener la paz. Lo hecho, hecho está. Johnathon se ha ido y no hay nadie a quien reprochar.

—Soy consciente de que no puedo gritarle ni pedirle explicaciones. Y Miranda tampoco puede... Tendré que llevarme ese secreto a la tumba. —Se dirigió a la puerta principal, seguida por Tara.

—Te veo muy tranquila.

Astrid se miró la cara en un espejo compacto y luego llamó al timbre.

—El vodka siempre ayuda.

Tara sonrió para sus adentros, preguntándose por qué se había molestado en preocuparse por las disputas entre las esposas. Podrían encontrar la manera de que su peculiar relación funcionara. Estaba segura de ello. Bueno, no al cien por cien. El dinero y los negocios siempre complicaban las cosas.

Miranda abrió y enseguida pudieron comprobar que no estaba bien. No se le notaba el embarazo. Tenía ojeras y estaba pálida y demacrada. Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado y vestía lo que parecía ser ropa de deporte: unos pantalones grises de yoga y un top azul elástico. Tara estaba a punto de preguntar si no se habrían equivocado de hora, pero Miranda la hizo salir de dudas rápidamente.

—Pasad. —Miranda les hizo señas para que entraran en el vestíbulo de dos plantas, que tenía una amplia escalera con una ornamentada barandilla y una espectacular lámpara de araña de hierro forjado. —Siento tener un aspecto horrible. Las náuseas me están matando. Las tengo durante todo el día.

Astrid se acercó apresuradamente para ponerse a su lado.

—¿Necesitas sentarte? ¿Puedo traerle algo?

A Tara le pareció tan dulce como extraña la atención de Astrid. Tal vez se sentía culpable.

—Sí, por favor. Dinos si podemos hacer algo. Y no tenemos por qué cenar. Entiendo que solo la idea de estar cerca de la comida sea un suplicio para ti.

Miranda las condujo hasta el salón, un espacio con techos de tres alturas y rodeado de dos niveles de balcones. En el otro extremo había una pared de ventanales con vistas a la piscina y al precioso jardín. Medio piso más arriba estaba la cocina, de gran tamaño y equipada con todos los lujos imaginables. La casa ahora era mucho más ostentosa que cuando Tara la vio por primera vez. Miranda había hecho un gran trabajo decorando la casa. Los sofás blancos de estilo sofisticado se combinaban con los cojines y las obras de arte moderno que aportaban color a las paredes.

—Mi chef personal ha preparado la cena. Voy a intentar comer algo, pero no prometo nada. —Miranda se acercó a la barra. —¿Puedo ofreceros algo de beber?

Tara se apresuró para ejercer de camarera.

—No te preocupes, yo me encargo —dijo Tara. —Es el colmo que justo la que no puede beber de nosotras tenga que servir las copas. Astrid, ¿qué te sirvo?

—Vodka con soda, por favor —respondió la aludida. Por supuesto, ella, que no tenía ni un gramo de grasa corporal, se decantó por la bebida alcohólica menos calórica imaginable.

—Enseguida te lo preparo. ¿Y para ti, Miranda?

—Ginger-ale, por favor. Creo que están en la nevera de abajo.

Una vez repartidas las bebidas, Astrid y Miranda se situaron cada una en un sofá, dejando a Tara el más cercano a Miranda.

—Supongo que lo mejor será que hablemos sobre lo de la empresa antes de que empecemos con la cena.

—Sí. Quiero saber qué está pasando. ¿Cómo van las cosas en la oficina? Solo recibo informes de Clay, y él no está muy al tanto de todo lo que ocurre —dijo Miranda.

—En general, creo que las cosas no marchan mal. Todo el mundo parece estar llevando medianamente bien la muerte de Johnathon. —Tara se dio cuenta de que la verdadera razón por la que la moral en Sterling era buena se debía a la influencia de Grant. Y que ella era la nueva que se

había interpuesto en la ecuación. Tal vez no había sido el mejor momento, pero no iba a disculparse por perseguir lo que una vez había sido su sueño y ahora volvía a serlo.

—He empezado a trabajar esta semana —añadió Astrid. —De hecho, estoy trabajando con tu hermano.

—Oh, interesante —dijo Miranda. —Él no me ha comentado nada.

Astrid se puso más rígida y bebió un buen trago de su bebida. Tara sabía que ella deseaba desesperadamente que la tomaran en serio. Y lo menos que Tara podía hacer para ayudarla a conseguirlo era ponerla en situación de demostrar su valía. Después, todo dependía de ella.

—Sí. Están trabajando en el proyecto del paseo marítimo. Creo que será un gran impulso para la empresa si logramos conseguirlo.

Miranda sonrió con aire melancólico mientras daba un sorbo a su ginger-ale.

—Johnathon quería hacer ese proyecto. Grant luchó con todas sus fuerzas para que no se hiciera.

—Sí, estoy al corriente. Pero creo que ya está resuelto. Seguimos adelante con tu hermano como arquitecto principal. —Tara no quiso mencionar que Grant se había mantenido al margen porque Johnathon había tenido problemas con el ayuntamiento a lo largo de los años. Probablemente Miranda ya lo sabía y, si no era así, Tara no quería decir nada malo de Johnathon ahora. Después de todo, Miranda estaba embarazada de él.

—¿Crees que podría haber un lugar para el nombre de Johnathon en el proyecto? Habrá un parque, ¿no? ¿Un lugar para que jueguen los niños? Quizá podría ser el Johnathon Sterling Memorial Park. O tal vez se le podría poner el nombre a una fuente...

A Tara no se le había pasado por la cabeza una idea así.

—Habrán las dos cosas, pero no creo que podamos opinar sobre el nombre que le pongan a nada. Eso depende de lo que decida el ayuntamiento.

—Bueno, creo que deberían ponerle su nombre a algo. Johnathon construyó la mitad de los edificios nuevos del centro. Atrajo muchos negocios y pensaba en la comunidad.

Tara miró a Astrid en busca de ayuda, pero ella no dijo nada.

—Preguntaré si es posible. Es todo lo que puedo prometerte ahora mismo.

El temporizador de la cocina empezó a sonar.

—Ya está la cena —dijo Miranda, levantándose lentamente del sofá.

—Deja que te ayude. —Tara la siguió hasta la cocina abierta, que daba al gran salón. —¿Qué puedo hacer?

—Estoy embarazada, no soy una inválida. —Miranda sacó una sartén grande del horno que contenía unos paquetes de algo envuelto en papel vegetal y que desprendía un olor maravilloso. Sacó tres platos del armario y empezó a perforar los paquetes con un cuchillo de cocina. —Hay una ensalada en la nevera, si me la puedes traer.

Astrid se había unido a ellas y fue la primera en entrar en acción, dejando a Tara con la sensación de estorbar. Trajo un gran cuenco de cerámica blanca con elaborados relieves en los bordes que representaban frutas y enredaderas. Todo lo que Miranda había elegido para la casa era precioso, y Tara se dijo en silencio que tal vez tendría que mejorar un poco la decoración de la suya.

Las tres salieron al patio, junto a la piscina, y se sentaron en una mesa redonda de hierro forjado. El ama de llaves de Miranda ya les había preparado la mesa con exquisita mantelería plateada y unos bonitos vasos para el agua. La comida tenía una pinta deliciosa: pargo asado con cítricos y un toque de leche de coco, acompañado de arroz basmati. Miranda se limitó a picotear un poco, manteniendo cerca su ginger-ale. Las tres compartieron una conversación cortés, pero Tara no podía ignorar que no era algo natural que las tres estuvieran juntas. Se habían casado con el mismo hombre. Todas habían tenido una relación muy íntima, buena y mala, con Johnathon. Eran un trío de aliadas de lo más extraño.

Trató de analizarlo fríamente. Su acuerdo era frágil, y Tara no podía contar con que todo saliera bien. El secreto de Astrid podía salir a la luz y alejar a Miranda para siempre. Astrid también podría pensar que nadie en Sterling la tomaba en serio y marcharse. En cuanto a Tara, se esforzaba mucho en algo en lo que quería ser buena, pero no sabía si acabaría lográndolo. Quizás, durante los años que había trabajado en el sector inmobiliario, no fuera la más querida, pero al menos sabía lo que hacía, todo el tiempo, y era excepcionalmente buena en ello. No era el caso con lo que estaba haciendo ahora en Sterling.

Aun así, Tara tuvo que aferrarse a la esperanza de que las cosas salieran bien para las tres. Johnathon las había unido por una razón y, a pesar de sus muchos defectos, él sabía juzgar muy bien a las personas. Tenía que haber algo en común entre ellas, algo que fuera más allá de su amor por el mismo hombre. Tara estaba ansiosa por encontrarlo. Eso haría que su pacto fuera mucho más sólido. Y lo primero que se le ocurrió para establecer un vínculo entre todas fue el bebé.

—Miranda, ¿has empezado a preparar la habitación del bebé? —Tara dejó la servilleta sobre el plato. No habría sacado el tema delante de Astrid si no creyera que ella podía asimilarlo. Después de todo, había sido Astrid quien se había puesto en contacto con Miranda. Astrid había querido forjar una amistad.

—¿Estás de broma? Empecé a elegir cosas en cuanto supe que estaba embarazada. La acaban de pintar esta semana, pero todavía quedan muchas cosas que hacer.

—¿Podemos verla? —preguntó Astrid. Tara lo tomó como una confirmación de que estaba preparada para asimilar lo del bebé.

Las tres llevaron los platos al interior y los dejaron en la encimera de la cocina, luego Miranda las condujo al vestíbulo central y subió las escaleras hasta el tercer piso. Cuando llegaron al rellano, Tara recordó que era el piso donde estaba el dormitorio principal, y que estaba a la derecha. Miranda las guio hacia la izquierda. Dentro había un gran espacio que inspiraba tranquilidad, con paredes de color amarillo mantequilla y moqueta de color blanco crema.

—Aún no he elegido la cuna. Me da miedo que pase algo. —Miranda se llevó las manos a la barriga. —Todavía es muy pronto.

Tara pasó el brazo por los hombros de Miranda y le dio un apretón.

—No hay prisa. Tienes tiempo de sobra. Está quedando muy bien. Estoy segura de que esta habitación será increíble cuando esté terminada.

Astrid, que aún no había dicho ni una palabra ni dado señales de lo que sentía, se dirigió al otro extremo de la habitación, donde había una fotografía en blanco y negro con un bonito marco de madera blanca encima de una estantería. Agarró la foto y la miró, frotando con el pulgar el borde del marco. Cuando miró a Miranda y a Tara, tenía lágrimas en los ojos.

—¿Es Johnny? ¿De niño?

Miranda asintió y se acercó a Astrid.

—Así es. Su hermano Andrew me la envió hace unos días. Estuvo en la ciudad hace una semana o así y pasó por casa.

A Tara le costaba creer que Andrew se hubiera puesto en contacto con Miranda. Y más aún que la hubiera visitado.

—Grant y yo nos encontramos con él en una fiesta.

—Sí, lo sé. Él me lo contó —dijo Miranda. —Me alegró que Grant y tú le pidierais que se pusiera en contacto conmigo. Este bebé no tendrá mucha familia. Los padres de Johnathon ya no están y los míos tampoco. Tan solo tengo a mi hermano. Odiaba que Andrew y Johnathon estuvieran enfrentados. Y creo que él se siente muy mal por no haber ido al funeral.

—Fue un gran error por su parte —dijo Tara.

—Sí. Se lo dije. Creo que la foto de Johnathon era su forma de decir que lo sentía.

—Es un gesto precioso —dijo Astrid, aún con los ojos llorosos. —El bebé podrá ver la foto y saber cómo era su padre de niño.

Johnathon se había ido y, sin embargo, su hijo estaba en camino. Aquel bebé sería el único vínculo con el hombre que tanto había significado para todas ellas. Debían hacer todo lo posible por cuidar de Miranda en aquel momento tan difícil, y todas debían estar presentes cuando naciera el bebé, para que pudiera conocer al círculo completo de personas que habían estado cerca de su padre.

Astrid dejó con cuidado la foto donde estaba.

—Tengo que irme. Me duele la cabeza. Lo siento mucho. —Besó a Miranda en la mejilla y luego a Tara. —Muchas gracias por una noche tan maravillosa. Deberíamos hacer esto más a menudo.

—Eso estaría bien —dijo Miranda. —¿Te acompaño?

—Gracias, pero creo que podré encontrar el camino de salida yo sola. —Y, sin más, Astrid desapareció por la puerta.

—¿Crees que está bien? —preguntó Miranda. —Espero que ver la habitación del bebé no la haya hecho sentir mal.

—Creo que aún está procesando la muerte de Johnathon. Como todos.

—Cierto. —Miranda se acercó a la estantería y ajustó el cuadro.

—¿Dijo Andrew algo más mientras estuvo aquí? —preguntó Tara.

Miranda se dio la vuelta y respiró hondo, parecía aún más cansada ahora que cuando habían llegado.

—Es un hombre muy conflictivo, supongo que eso ya lo sabes. Él y Johnathon tuvieron una infancia muy complicada y eso no ayudó a que tuvieran una buena relación.

—Los tiempos difíciles unen a algunas personas, pero también pueden separarlas —dijo Tara.

—Exactamente —continuó Miranda. —Así que, no sé qué pensar. Sus emociones parecían bailar de un extremo a otro mientras estuvo aquí. Es evidente que todavía está muy enfadado con su hermano. Dijo algo sobre un trato fallido. Lo que me parece una locura. Que yo sepa, Johnathon y Andrew no trabajaban juntos en nada.

Tara tampoco tenía ni idea.

—Siento que hayas tenido que escuchar todo eso.

—Al final tuve que pedirle que se fuera. Creo que por eso envió la foto. Porque se dio cuenta de que había hablado de más. —Miranda hizo una pausa y se miró los pies. —En el fondo Andrew y Johnathon eran muy parecidos. Los dos tenían el mismo carácter. Supongo que tú también te habrás dado cuenta alguna vez.

—La verdad es que sí. —Tara comprendió que se estaba metiendo en terreno peligroso y que quizás estaban intimando demasiado, pero era agradable poder hablar con alguien que apreciaba lo que había sido estar casada con alguien tan especial como era Johnathon. Había sido alguien que sentía las cosas muy intensamente y las expresaba de igual forma.

—Aunque, para hacer honor a la verdad, el mal genio de Johnathon no aparecía muy a menudo. La mayor parte del tiempo era el hombre más cariñoso del mundo.

Esa no había sido la experiencia de Tara, pero tal vez Johnathon había mejorado como marido al tercer matrimonio. Como Astrid ya se había marchado, Tara sentía que también era el momento de irse a casa también.

—Creo que es hora de que te deje descansar. Estoy segura de que te encantaría dormir un poco.

Ella asintió.

—Me vendría bien. El problema es que es imposible dormir en una casa tan grande estando aquí sola. Sonará ridículo, pero me resulta

demasiado silenciosa. Y no puedo tomar pastillas para dormir por culpa del bebé.

Tara se sintió mal. Lidar con un embarazo cuando tu esposo acababa de fallecer no era una situación fácil.

—Bueno, espero que el hecho de haber tenido invitados a cenar te haya cansado un poco y consigas dormir.

Miranda esbozó una sonrisa. Entonces, Tara vio exactamente lo que Johnathon debía de adorar de ella: la calidez que irradiaba cuando decidía compartirla.

—Te acompaño abajo.

Cuando llegaron a la puerta principal, Tara se volvió para despedirse:

—Gracias por esta noche tan agradable. Y gracias por confiar en mí. Espero poder hacer que nuestras acciones de Sterling sean aún más valiosas.

Miranda abrió la puerta y se apoyó en el borde.

—Solo necesito que me demuestres que vale la pena tanto esfuerzo.

—¿Te refieres a lo del paseo marítimo?

—Me refiero a que nuestra presencia se consolide de verdad. Sé cómo funciona Sterling y, si fracasas desde el principio, nadie te respetará. Así es como trabajaba Johnathon. Gana o vete a casa.

Tara tragó saliva. Empezaba a sentir la presión por todos lados.

—Haré lo que pueda.

—Y, por favor, habla con el ayuntamiento para que pongan su nombre a algo, a lo que sea. Me encantaría que el nombre de Johnathon fuese recordado de alguna manera.

Una vez más, se dijo a sí misma que haría todo lo que estuviese en sus manos para conseguirlo.

Tara subió a su coche, pero no arrancó el motor. Se quedó mirando al vacío, pensando en los deseos contrapuestos de todo el mundo y en el papel que ella desempeñaba en medio. Le resultaba agotador. Bajó lentamente la cabeza hasta que pudo apoyar la frente en el volante. ¿Por qué se sentía como si estuviera haciendo equilibrios sobre un precipicio?

Capítulo Doce

Ganar o irse a casa. Ese era el nuevo mantra de Tara, y lo había sido durante tres semanas, desde que Miranda le dio un baño de realidad sobre el trabajo en Sterling. No importaba que Tara hubiera estado en la empresa desde el principio. No importaba que tuviera intereses personales. Solo importaba que produjera resultados. Solo tendría una oportunidad para hacer realidad el proyecto del paseo marítimo.

Tara se había dejado la piel y empezaba a ver los frutos. El proyecto ya estaba tomando forma de una manera que nunca había imaginado. Sí, ella había tenido una visión, pero la experiencia, la formación y el buen ojo de Clay habían aportado elementos que nunca se le habrían ocurrido a ella sola. A Tara le encantaba estar con él y verle trabajar. Mostraba destellos de brillantez a diario, lo que les ayudaba a compensar el escaso tiempo de que disponían. Las primeras presentaciones al ayuntamiento tendrían lugar en una semana y el talento de Clay había ayudado a tener todo preparado a tiempo.

Astrid también había arrimado el hombro y se había mostrado dispuesta a empaparse de toda la información que pudiera. Tenía un don para los pequeños detalles y para asegurarse de que todo funcionara sin problemas, pero Tara había sido testigo de la tensión que existía entre ella y Clay. Él intentaba ser profesional, pero ella se había dado cuenta de cómo la miraba embelesado. Luego se mostraba distante y severo con Astrid, como si intentara poner distancia. Astrid parecía ajena a todo, pero a esas alturas de su vida, Tara suponía que ella estaría acostumbrada y más que inmunizada a la atención masculina. Por extraño que pareciera, le apetecía hacer de celestina con ellos. Después de todo, las dos eran muy atractivos físicamente, divorciados y sin pareja. Ya los veía juntos. Pero el proyecto del paseo era demasiado importante y los romances siempre complicaban las cosas. Lo había aprendido con Johnathon. Y cada día con Grant parecía ser una lección más de que los negocios y el placer no eran compatibles.

Habían pasado tres semanas desde que tuvieron aquella conversación en la que decidieron que debían mantener la profesionalidad y que no podían ceder a su atracción. Desde entonces, cada día había sido una nueva prueba. A Tara le resultaba casi imposible hablar con él. Seguía siendo amable con ella, pero su relación se había enfriado. El flirteo había desaparecido. No había bromas juguetonas, ni chistes internos, ni momentos sensuales de contacto visual, ni el roce ocasional de la mano de él en el brazo de ella. Todo lo divertido que había entre ellos se había evaporado y mentiría si dijera que no deseaba recuperar todo eso desesperadamente.

Las cosas serían mucho más fáciles si Grant no le resultara tan tentador.

No sería tan complicado de sobrellevar si no tuviera grabados en la memoria los recuerdos de su única noche juntos. Se encontraba sentada junto a él en una reunión importante y, en lugar de estar concentrada en el trabajo, estaba pensando en cómo le gustaría sentir el roce de su barba en sus mejillas. Su presencia la hacía retorcerse en su asiento, se sentía inquieta y acalorada. Era imposible trabajar así.

Sí, había sido ella la que había insistido en que mantuvieran una relación estrictamente profesional. Era necesario que siguiera centrada en los negocios, lo único que ahora mismo le daba la felicidad. Pero cada vez le resultaba menos posible. La jornada laboral no era agradable, ni siquiera cuando avanzaban en sus objetivos. Era puro estrés, y todo porque Grant no hacía nada para suavizar las cosas entre ellos. Nunca debió acostarse con él. Nunca debió dejar que se le acercara tanto. Siempre le había ido mejor cuando mantenía a los hombres a distancia. Si hacía lo contrario siempre acababa hundida.

Sandy llamó a la puerta del despacho de Tara.

—A menos que necesites algo más, me voy ya. —Era viernes y Sandy se iba a Palm Springs de escapada romántica con su novio.

—¿Puedes traerme la carpeta del proyecto? Me gustaría repasarla una vez más antes de salir.

—He repasado cada detalle al menos cincuenta veces, señora Sterling —dijo Sandy con cara de preocupación. —Clay tendrá listos los planos finales el lunes. Yo prepararé la presentación el martes, usted y Clay podrán ensayarla el miércoles y el jueves, y para el viernes estará todo más que preparado.

Sandy era una asistente excelente, siempre estaba pendiente de todos los detalles. Pero no por ello Tara estaba menos preocupada por las cosas que podían salir mal. Eso era algo que había aprendido al trabajar por su cuenta durante todos esos años como agente inmobiliaria. Tenía que vigilarlo todo ella misma.

—Solo quiero echarle un vistazo más mientras aún estamos a tiempo de hacer cambios.

—Claro. Por supuesto. —Sandy regresó varios minutos después con la carpeta, que colocó sobre el escritorio de Tara. —Ah, por cierto, acabo de enviarte el informe sobre el estado de los otros proyectos que me pediste que investigara.

Tara le había dado a Sandy una lista de parcelas disponibles para comprar en el condado y sus alrededores y le había pedido que recopilara información sobre el precio de venta, la superficie, las limitaciones del terreno y las ventajas.

—¿Ya?

Sandy sonrió.

—Imaginé que lo querría lo antes posible.

Tara abrió el correo electrónico en su portátil, ansiosa por ver qué se le había ocurrido a Sandy. Tara quería que Grant supiera que el proyecto del paseo marítimo no era lo único que tenía en mente para Sterling.

—Así es. Gracias por hacérmelo llegar tan rápido. Eres increíble.

—Solo hago mi trabajo.

—Bueno, gracias igualmente. Que tengas un buen fin de semana.

—Usted también, señora Sterling.

Sandy se marchó y Tara se puso manos a la obra, leyendo el informe y tomando notas para sí misma de los sitios con mayores opciones. Quería ir a ver a Grant con el mejor proyecto posible, uno que lo enamorara y que, con suerte, lo convenciera de que ella tenía lo que hacía falta para ser buena en su trabajo. Cuando terminó, miró el reloj del ordenador. Ya eran casi las seis. Se levantó de su asiento para estirarse, sabiendo que era hora de dar por terminada la jornada e irse a casa. A esa hora ya debería estar en su balcón, mirando el mar y bebiendo una copa de vino. El único problema era que no había nada ni nadie esperándola en casa. Hacía mucho tiempo que no había nadie.

—Una cosa más —murmuró para sí, volviendo a sentarse y abriendo la carpeta del proyecto del paseo. Escaneó cuidadosamente las páginas del borrador de la propuesta, cada vez más entusiasmada con la idea de presentarlo al ayuntamiento la siguiente semana. Sí, había participado parcialmente, el mérito no era solo suyo, pero estaba orgullosa del trabajo que habían hecho. Era innovador e inteligente. Sin duda, pasarían la primera ronda y a la fase final, en la que el numeroso grupo de promotores se reduciría a tres. Entonces recibirían los comentarios del ayuntamiento, harían revisiones y presentarían un plan definitivo.

Estaba a punto de cerrar la carpeta cuando algo le llamó la atención, un detalle tan esencial que habría sido imposible pasar por alto: la orientación de los edificios en el solar. Podía hacer mucho viento junto al mar, y el ayuntamiento había sido muy específico con lo que quería.

Tara habría jurado que la información original decía que querían edificios orientados al noroeste. Pero en los papeles que tenía en la mano decía suroeste. Revisó las páginas y todo lo que había hecho Clay estaba orientado hacia el noroeste, la dirección equivocada.

Tara se levantó de su asiento, tomó su teléfono y se dirigió al pasillo. Le preocupaba que algo pudiera salir mal en el proyecto en cualquier momento. Pero no esperaba que fuera justo ahora. A las seis y cuarto de la tarde de un viernes, y faltando tan solo una semana para el día de la presentación. En la oficina reinaba un silencio inquietante. Casi todo el mundo se había ido a casa. Se dirigió al despacho de Clay, esperando que todo fuera un error. Tal vez los dibujos de la carpeta eran viejos. Pero eso no tenía ningún sentido. Todo había estado siempre al noroeste. Su concepto original había sido así. ¿Era todo culpa suya?

Llamó a la puerta de Clay, pero no contestó. Tocó el pomo y estaba cerrado. El corazón le latía con fuerza, el pulso le iba tan rápido que le costaba pensar. Pero tenía que hacerlo. Sandy. Buscó el número de su ayudante, pero solo sonó una vez antes de saltar el buzón de voz.

—¡Maldita sea! —Tara miró a su derecha y luego a su izquierda. La luz seguía encendida en el despacho de Grant. Él era su única esperanza.

Respiró hondo y se preparó para su reacción. Había deseado tanto que el proyecto saliera a la perfección. Quería que Grant viera que estaba capacitada, no solo como una mujer a la que le había caído del cielo una parte considerable de una empresa. Habría sido una conversación más fácil un mes atrás, cuando Grant y ella aún disfrutaban del calor de su amistad. Pero esta se había enfriado, y todo por culpa del sexo.

Tara irrumpió en el despacho de Grant como un tornado.

—Tenemos un problema.

«Sí, es cierto». Grant estuvo a punto de decirlo en voz alta, pero sabía que no debía hacerlo. Le estaba costando hacerse a la idea de que no eran más que colegas. Habían pasado ya tres semanas de la conversación que mantuvieron, y Grant se sentía como si estuviera experimentando la muerte más lenta y dolorosa que pudiera existir. Le mataba estar cerca de ella. Y le mataba mantenerla a distancia, pero era lo que debía hacer.

—Estaba a punto de irme a casa. Tal vez podamos hablar de esto el lunes. —Grant revolvió papeles en su escritorio para no tener que mirarla. Casi había perfeccionado el arte de evitarla. En las reuniones en las que ella estaba presente, él se quedaba mirando los documentos, y cuando ella se dejaba caer por su despacho, normalmente recurría a dirigir su atención a su ordenador. Cualquier cosa para evitar mirar lo que no podía tener.

Tara dejó caer una carpeta grande sobre su escritorio con un ruido sordo. Grant dio un respingo. No pudo evitarlo. No era propio de ella ser tan brusca.

—Grant. Hablo en serio. Tenemos un problema importante. Necesito que me mires. Tenemos que hablar. Ahora.

A regañadientes, hizo lo que ella le pidió, fijó la mirada en sus manos, en sus brazos tonificados, en sus hombros esculpidos, en su elegante cuello y, por último, en su rostro. No sabía por qué mirarla le hacía sentir tan impotente, pero así era. Tenía la tentación de besar sus labios, le pedían a gritos que lo hiciera.

—Sí. Vale. Tienes toda mi atención.

—Cometí un error con el proyecto del paseo. Uno grande.

—Pues arréglalo. Todavía tienes una semana. Esas cosas pasan todo el tiempo. Raro es el día que no salten las alarmas justo cuando estás llegando a la línea de meta.

Ella movió lentamente la cabeza de un lado a otro, tratando de hacerle ver lo serio que era.

—No lo entiendes. Leí mal los datos, la orientación del sitio. Necesitamos girar todo lo que hemos proyectado noventa grados.

Grant se dio cuenta entonces de por qué estaba tan mortalmente seria. Se trataba de una gran metedura de pata.

—No se puede hacer eso. Tendrías que replantear el proyecto entero. No hay tiempo suficiente para hacerlo. Clay se ha ido el fin de semana y no puedo llamarle. Ha llevado a su hija a un parque temático por su cumpleaños. Le prometí que ni siquiera le enviaría un mensaje. —Tal vez, que el proyecto se fuera a pique, era lo mejor. Si Grant no podía tener a Tara, al menos podría controlar Sterling. Astrid y Miranda probablemente se retractarían de su apoyo a la idea de Tara cuando se enteraran de su error.

Tara se dejó caer en una de las sillas frente al escritorio de Grant.

—La he cagado. Y a lo grande. —Había un pequeño temblor en su voz que Grant no había vuelto a oír desde el día del accidente de Johnathon.

—No entiendo qué ha pasado —dijo Grant.

—Yo tampoco. Juro que repasé los requisitos del ayuntamiento un millón de veces. Sandy también. Debe de haber habido un error de comunicación en alguna parte.

Grant no quería decirle a Tara que ya le había advertido que trabajar con el ayuntamiento podía ser un gran dolor de cabeza.

—Tal vez esto no estaba destinado a ser, Tara. Lo siento.

—No puedo rendirme. He trabajado mucho. También Astrid y Clay. Al menos tenemos que intentar salvarlo.

—A veces ponemos mucho empeño en algo y no sale bien. —Esa era una buena descripción de su situación con Tara. Había intentado hacerle saber que él quería más, pero, con cada paso adelante que él daba, ella intentaba alejarlo.

—No me trates como si fuera una niña. Esto no es un proyecto escolar. Se trata de millones de dólares. Intento demostrar lo que valgo. —De nuevo le tembló la voz, pero esta vez el titubeo fue mucho más dramático. Se levantó de la silla, buscando el refugio de la ventana, donde podía alejarse de él. Y esconderse. Otra vez.

—Oye. Está bien estar enfadado. No te lo echaré en cara si lloras.

—No voy a llorar —dijo ella, pero su cara decía todo lo contrario.

—No tienes que hacerte la dura todo el tiempo. Está bien permitirse un momento humano, incluso cuando hablamos de trabajo.

—No lo entiendes. Esto demuestra que la teoría de Johnathon sobre por qué no debería estar aquí era cierta. Estaba convencido de que

cometería un error grave y que le sería imposible reprenderme por estar casados. Y tú estás siendo blando conmigo por nuestra amistad. Bueno, por lo que queda de ella.

—No digas eso. —Grant se levantó de su asiento y se acercó a ella lentamente. Una vez más, ella estaba haciendo todo lo posible para mantenerlo a distancia, incluso cuando había una pequeña parte de ella que estaba dispuesta a admitir que lo necesitaba—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Tara le lanzó una mirada por encima del hombro y luego volvió la vista al suelo mientras empezaba a pasearse por el despacho.

—En realidad no quieres hacer nada. Te opusiste a este proyecto desde el principio. Seguramente te alegras de que haya salido así. Es un buen ejemplo de que tú eres la persona que debería estar al mando y yo la que corre detrás para intentar alcanzarte.

Sí, ayudar a Tara iba absolutamente en contra de sus intereses. Si fuera inteligente, la dejaría lidiar con su propio lío y reclamaría con tranquilidad la victoria. Pero él no era así. Había una voz en el fondo de su cabeza que sabía dos cosas: no podía ser como Johnathon y dejarla de lado, y no podía ignorar lo que sentía por Tara, incluso cuando le había mentido y le había dicho que le parecía bien que solo fueran colegas.

—No hables así de ti. Nada de eso es cierto. Aunque tengas mucha experiencia en este mundo, aún estás aprendiendo. No pasa nada por cometer errores.

Ella le lanzó una mirada lastimera que lo detuvo en seco. Ese error podría acabar con ella.

—Es el error más tonto jamás cometido. Solo un idiota lo cometería.

No tenía sentido que alguien tan meticulosa como Tara cometiera un fallo como ese, pero tal vez se había dejado llevar por su entusiasmo.

—Yo he hecho cosas mucho peores. No te tortures.

—Dime uno.

No decirle que estaba enamorado de ella, pero una vez más, se guardó sus pensamientos.

—Mira. ¿Quieres mi ayuda o no? Porque, si no, me voy a casa a pasar el fin de semana. —Volvió a su escritorio y apagó el ordenador. El silencio parecía inundar el reducido espacio de su despacho. Era fácil

imaginarla diciendo que no. Probablemente ya se arrepentía de haberse permitido ese momento de debilidad.

—Quiero tu ayuda —dijo dando un paso hacia su mesa. —Si de verdad quieres ayudarme, claro. Entendería que prefirieras que lo resolviera yo sola.

Grant respiró hondo por la nariz y se armó de valor para mirarla. El sol que entraba por la ventana marcaba cada centímetro de la silueta de sus deliciosas curvas. Pensar en tocarla le crispaba los nervios. Tenía tantas ganas de hacerlo...

—Tu error es el error de Sterling. Y la realidad es que muchos de nuestros competidores están a la caza de ese proyecto. Y todos saben que intentamos conseguirlo, por lo que intentar salvarlo es una inversión que vale la pena. No podemos aparecer en la presentación con la orientación equivocada. Pareceríamos incompetentes, y yo, desde luego, no quiero eso.

—Si estás tratando de animarme, no está funcionando...

—Estoy diciendo que tengo motivos para ayudarte. Y tampoco quiero verte fracasar. —Solo había una solución, y la tenía delante de los ojos. —Con Clay fuera de la ciudad, tú y yo somos los únicos que podemos arreglar esto. Lo que significa que vamos a tener que trabajar todo el fin de semana.

—¿Cómo vamos a hacerlo sin un arquitecto?

—Ya no hago planos, pero sigo teniendo licencia. Al menos podemos elaborar un plan viable para llevárselo a Clay el lunes por la mañana. Tendremos que cruzar los dedos para que él consiga terminar de arreglarlo todo para el próximo viernes.

—¿Harías eso por mí?

«Sin pensarlo dos veces», quiso decir.

—Lo haría por la empresa. Como he dicho, no quiero que quedemos mal ante nuestros competidores. Prefiero aplastarlos como a insectos.

—Esto significa mucho para mí. De verdad. Significa mucho que quieras ayudarme. ¿Cómo quieres hacerlo? ¿Deberíamos preparar un espacio en una de las salas de conferencias?

Grant vio entonces que aquello podía ser un atisbo de lo que pensaba que no volvería a tener: una oportunidad más con Tara.

—No. Trabajaremos en mi casa. Todo el fin de semana. —Se alegró de que la proposición le hubiera salido en un tono con tanta confianza. Eso

no era lo que estaba sintiendo en absoluto. Aun así, sabía que esa podría ser su última oportunidad con ella. Tenía muchas más posibilidades de demostrarle que podían trabajar juntos en más de un sentido mientras estuvieran en su casa. Y era mucho más probable que finalmente le contara las cosas que él le había estado ocultando durante una década si se tomaba una copa de vino o dos.

—¿Los dos? ¿Solos? ¿Estás seguro de que es una buena idea?

—Hace un mes las cosas eran diferentes. El ambiente en la oficina aún era inestable tras la muerte de Johnathon. Creo que todos hemos empezado a aceptarlo.

—De acuerdo entonces. —Ella asintió con entusiasmo mientras agarraba la carpeta de su escritorio. —Antes pasaré por mi casa para cambiarme.

—Y haz la maleta, Tara. Tengo la sensación de que vas a querer quedarte a dormir.

Capítulo Trece

A pesar de que Grant tenía intenciones más que obvias con Tara, no quiso preparar nada especial en su casa. Si iba a tener la oportunidad de besarla de nuevo, y tal vez de llevarla a la cama, necesitaba que sucediera de manera natural. Y además estaba convencido de que sucedería por sí solo, porque era evidente que ambos lo deseaban de todo corazón. Estaba harto de contenerse, de tener dudas sobre si era una buena idea o no.

Sabía que pisaba terreno inestable. Tara y las otras esposas todavía tenían la sartén por el mango en lo que se refería a Sterling. Si querían apartarlo, podían hacerlo con mucha facilidad. Pero ahora tenía la oportunidad de jugar un papel importante en la propuesta del paseo marítimo. En el peor de los casos, podría argumentar que había hecho todo lo posible para salvar el proyecto favorito de Tara. Eso le haría ganar al menos algunos puntos con las esposas.

Grant había preparado su mesa de comedor como zona de trabajo. Abrió una de las puertas correderas de cristal para dejar entrar la brisa marina. Era una de las vistas más espectaculares de su propiedad. Las altas ventanas sin marco mostraban el paisaje azotado por el viento de su patio trasero: palmeras y una extensión interminable de hierba verde que se fundía con el Pacífico.

Se había parado muchas veces cerca del borde de aquel acantilado y había pensado en Tara, al otro lado de la bahía, en Coronado. Lo había hecho incluso cuando tenía mujeres en su cama, esperando a que volviera. Tal vez era solo porque Tara siempre había sido como un asunto pendiente. Tenían una conexión increíble, pero Johnathon se había interpuesto en el camino durante mucho tiempo. Ahora su amigo ya no estaba, y tampoco quería que los negocios de Sterling Enterprises siguieran siendo un obstáculo. Si él y Tara no estaban hechos el uno para el otro, podía aceptarlo, pero solo si era porque ella no podía corresponder a sus

sentimientos. Estaba cansado de dejar que otros factores se interpusieran entre ellos.

Tara llegó poco después de las ocho, estaba impresionante vestida con unos vaqueros y un top turquesa que se ceñía a cada una de sus curvas. Era agradable y refrescante verla así vestida, con un aspecto completamente distinto al que solía lucir en el trabajo.

—Estoy muy angustiada —dijo ella al pasar a su lado.

Cerró la puerta y la siguió a través del vestíbulo, por el pasillo central hasta la parte trasera de la casa, donde estaban la cocina y el gran salón.

—Que no cunda el pánico. Lo único que podemos hacer es intentarlo.

—Te lo agradezco, pero sigo teniendo pánico. Miranda y Astrid se van a preguntar qué demonios estoy haciendo.

—Eso es entre vosotras tres. —No iba a dejar que nadie más se interpusiera entre Tara y él. —Por ahora, creo que salvarte a ti misma y a tu proyecto favorito es la decisión correcta. Además, Clay ya ha invertido un montón de horas en esto. No podemos dejar que tanto trabajo se desperdicie.

Tara suspiró y sacudió la cabeza.

—¿Tienes vino?

—Por supuesto —dijo Grant, sintiéndose aliviado de no ser él quien se lo ofreciera.

Tara tomó asiento en la isla de la cocina mientras él sacaba una botella de la nevera.

—¿Blanco te parece bien?

—Sí. El tinto a veces me da dolor de cabeza.

—Está bien saberlo, porque no queremos eso.

—Esta noche no, eso seguro. —Tara pasó la mano por la encimera de mármol blanco echando un vistazo a su alrededor. —Había olvidado lo increíble que es tu casa. Hacía mucho que no venía. ¿Ocho años, tal vez?

—Probablemente. No creo que hayas vuelto a estar aquí desde que Johnathon y tú os divorciasteis. —Le tendió la copa de vino. —Me gustaría que brindáramos. Por que se arreglen todos los errores.

Ella sonrió y chocó su copa con la de él.

—Es muy dulce de tu parte hacer esto.

—Por favor, no empieces con el rollo del chico bueno. —Grant rodeó la isla de la cocina para ponerse a su lado.

—Oh, no lo haré. Un hombre que quiere aplastar a la competencia como si fuera un insecto definitivamente no es un chico bueno.

Tara y él se sentaron a la mesa y se pusieron manos a la obra. Ella repasó las limitaciones del solar, los requisitos municipales y el plano tal como estaba. Ella y Clay habían hecho bastantes cambios desde la última vez que Grant había estado al tanto, hacía ya varias semanas. A pesar de que se encontraban en un aprieto por la proximidad de la fecha límite, una vez que ella empezó a contarle todo, él pudo comprobar lo capacitada que estaba para desenvolver ese trabajo. Demonios, podría dirigir Sterling si realmente quisiera hacerlo. A Grant le entristecía pensar que podría acabar siendo así, y lucharía por el lugar que le correspondía en la empresa, pero, si tenía que perder ante alguien, Tara sería su mejor rival.

Tras una hora de discusión sobre posibles cambios, Grant sacó un bloc de papel y empezó a trabajar en un boceto del nuevo diseño. A él y a Tara les preocupaba la circulación de peatones y ciclistas, así como la accesibilidad para minusválidos. También había que tener en cuenta el ruido del local de música en directo que proponían y la estética, es decir, el aspecto que tendría tanto visto desde el mar como desde la ciudad. La verdad es que tenían un trabajo inmenso por delante, y Grant estaba ya agotado a la una de la madrugada.

—No sé si podré seguir trabajando esta noche —confesó él, echándose hacia atrás en la silla y estirando los brazos por encima de la cabeza.

Tara terminó su copa de vino.

—¿Crees que es factible? —Ella dio unos golpecitos a la pila de bocetos que habían hecho hasta el momento. Estaban hechos en bruto y habría que explicárselos a Clay, pero al menos tenían algo.

—Sí. Quiero decir que habrá que asegurarse de ciertos detalles antes, ya que algunas de las estructuras han tenido que ser movidas. Pero tenemos todo el día de mañana. Y también el domingo.

Ahora fue Tara quien se estiró en su silla elevando los brazos y mostrando las esbeltas líneas de su cuerpo. Toda la anatomía de Grant se tensó. Incluso bajo la presión del trabajo y estando agotado, la deseaba.

—Tú y yo formamos un buen equipo. Siento que este proyecto se haya torcido tanto al final —dijo Tara.

Grant se encogió de hombros y se inclinó hacia la mesa, dibujando un círculo con el dedo en el bloc de papel que tenía delante. Tenía tantas ganas de tocarla. De besarla. De llevársela a la cama...

—Soy yo quien debería decir que lo siento. Sabía desde la noche del partido de béisbol que tenías una visión increíble. Y debería haber participado más y ayudarte a llevarlo a cabo. Debería haberte apoyado en lugar de dejar que te hundieras o nadaras sola.

—Estabas protegiendo tu posición dentro de Sterling. Has trabajado mucho durante años, siempre a la sombra de mi exmarido. Y debo confesar que te admiro por eso.

Ella se mostraba amable y Grant estaba cansado de enfrentarse constantemente a obstáculos. Realmente quería olvidarse de todo lo que los rodeaba y centrarse en ellos dos nada más.

—La empresa no es más importante que nuestra amistad.

—¿Lo dices en serio? Porque algunas veces lo he dudado.

—¿Has dudado de nuestra amistad? ¿Cuándo?

—Las últimas semanas. Fuiste tan frío conmigo en la oficina. Me sentí como si me hubieran degradado o algo así. Parecía que me habías declarado la guerra.

Grant sacudió la cabeza y se recostó en la silla, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Solo me comporté así porque pasamos de compartir la noche más increíble de mi vida a que estuvieras demasiado preocupada por lo que pudieran pensar Astrid y Miranda.

—Tú estabas igual de preocupado por los cotilleos de la oficina.

—Los rumores se esfumaron bastante rápido. Lo que significa que mi actitud hacia ti en el trabajo funcionó.

—Aun así, eso no me gustó —dijo con mala cara.

—A mí tampoco me gustó. Odiaba cada minuto. No me gusta ser altivo contigo, Tara.

Tara se mordió el labio inferior como si luchara contra una sonrisa.

—Nuestra noche juntos estuvo bastante bien, ¿no?

—Fue maravillosa —respondió Grant sin dejar pasar ni un segundo, porque para él realmente lo fue. —Y no estoy exagerando.

—Pero el negocio se interpone entre nosotros.

—Solo si se lo permitimos.

Tara lo miró con desconfianza, escrutando su rostro como si buscara pistas. ¿No confiaba en él? ¿Era Tara más leal al resto de las esposas que a él? ¿O todo se reducía a la empresa?

—No lo dices en serio —dijo ella.

Grant apartó los papeles y se puso en pie para luego acercarse a Tara. Sintió como si estuviera cruzando una línea divisoria. Él le puso la mano en el brazo y se situó detrás de ella, sin soltarla, mientras que con la otra mano le apartaba el pelo del hombro. La brisa marina entraba por la puerta corredera abierta, intensificando todos los sentidos: el tacto, el olfato y la vista. Bajó la cabeza y le habló al oído:

—Nunca me había tomado nada tan en serio en toda mi vida.

Con su aliento caliente en la nuca de Tara, Grant volvía a tomar las riendas. Y ella se sentía completamente impotente. Lo deseaba tanto... Tal vez más que la noche que pasaron juntos. Las últimas semanas habían sido un infierno para ella, constantemente luchando contra la atracción que sentía por él. Grant había sido muy frío y ella no lo soportaba, necesitaba que volviera a ser cálido. Quería su cuerpo caliente contra el suyo.

Tara giró la cabeza para establecer contacto visual, para asegurarse de que él quería lo mismo que ella, pero Grant no respondió con la mirada, sino con la boca en la suya y una mano en su nuca. Tiró de su cabeza hacia atrás con suavidad para profundizar el beso, y sus lenguas no tardaron en enredarse como lo habían hecho hacía apenas unas semanas. Todo el cuerpo de Tara se inundó de calor y deseo. Al contrario que la otra noche, no se trataba de curiosidad, sino de saborear de nuevo a aquel hombre que no podía sacarse de la cabeza.

Ella se levantó para estar más cerca de él y Grant la acompañó hasta la isla de la cocina, presionando su trasero contra la encimera. Lo agarró por la cintura y tiró de él, deseando que la aplastara allí mismo. Él ya tenía una erección, Tara podía sentirlo a través de sus vaqueros, y eso hizo que se excitara más aún por la anticipación.

Tara levantó una nalga y se subió a la encimera, rodeando a Grant con las piernas y estrechándolo contra sí. Su erección la rozaba en su zona más sensible, e incluso a través de las capas de tela que los separaba, la

ponía muy caliente. Él la besó profundamente, chocando sus narices, y ella puso las manos a ambos lados de su cara, notando la aspereza de su barba en los pulgares. Era entre sedosa y áspera, y a ella le encantaba ese contraste de sensaciones. Reflejaba a la perfección su conflicto interior sobre volver a hacer el amor con él. Sabía que no debía hacerlo, que el sexo solo complicaría más las cosas, pero también estaba cansada de esperar la felicidad, y si esa era la única oportunidad que tenía en el futuro inmediato, más le valía aprovecharla mientras pudiera.

Tiró del jersey ligero que llevaba Grant y se lo subió por la cabeza. Extendió las manos sobre su pecho, besando su cálida piel. Sus músculos se endurecían bajo su contacto y a ella le encantaba provocar ese efecto en él.

—Eres demasiado sexy, Grant. Trabajar contigo y mantenerme alejada de ti es imposible. —Esa era una cuestión que iba a tener que resolver, pero no en ese momento. No cuando tenía un billete de ida a su dormitorio y tenían todo un fin de semana por delante. Astrid no les interrumpiría. Esa vez no. Ahora estarían solos.

Grant le gruñó al oído:

—No sabes cuánto me gusta oír eso.

Antes de que ella pudiera responder, él ya la había levantado de la isla de la cocina y la dirigía a la parte trasera de la casa. A Tara le encantaba sentirse tan deseada. Pasaba gran parte del día intentando parecer una mujer dura y fuerte. Era maravilloso sentirse a merced de otra persona y dejarse llevar sin miedo.

Cuando llegaron al dormitorio de Grant, él no se molestó en encender la luz, sino que la tumbó en la cama y puso todo el peso de su cuerpo sobre el de ella. Sus besos no cesaban, ella podría estar besándolo de esa manera eternamente. No quería que aquello acabara nunca. También quería que él supiera que ella lo deseaba con la misma intensidad, así que se puso de lado, arrastrándolo con ella. Él se echó hacia atrás y ella se sentó a horcajadas sobre sus caderas, apretando su pubis contra él mientras se incorporaba, cruzaba los brazos a la altura de la cintura y se levantaba el top por encima de la cabeza. Quería las manos de Grant sobre ella, pero él las cruzó detrás de la cabeza.

—¿No quieres quitarme el sujetador? —preguntó Tara.

—Me gusta ver cómo lo haces tú —respondió juguetón.

—Me parece justo. —Él había hecho el primer movimiento. Se merecía salirse con la suya al menos un poco. Se echó la mano a la espalda y desabrochó la prenda, luego se quitó una correa del hombro, luego la otra, antes de tirarla a un lado. Entonces Grant alargó las manos hacia sus pechos, amoldándolas a ellos, acariciando sus pezones y haciéndola respirar entrecortadamente. Su tacto era pura magia, sus manos estaban calientes y concentradas en dar placer. Se sentía tan bien que jadeó y echó la cabeza hacia atrás, dejando que su pelo cayera en cascada sobre sus hombros desnudos. Grant aprovechó la oportunidad para desabrocharle y bajarle la cremallera de los vaqueros y Tara se dio cuenta de lo impaciente que estaba por unirse a él. Quería a Grant desnudo y quería deshacerse de su propia ropa también.

Tara saltó de la cama y se quitó rápidamente los vaqueros, mientras Grant la seguía, bajando del colchón y dejando los pantalones en el suelo. Apartó el edredón y volvió a agarrarla, esta vez levantándole las piernas con el brazo. Puso una rodilla en la cama y la apoyó suavemente contra las sábanas frías. Ella movió la mano contra el suave tejido, pero arqueó la espalda. La necesidad de que él volviera a tocarla era indescriptible.

Grant metió la mano en el cajón de la mesilla y sacó un preservativo, que se puso él mismo. Ella esperó con impaciencia a que él se metiera en la cama y volviera a besarla, pero esta vez había algo que la dejaba sin aliento. Fue tan intenso que sintió como si le estuviera enviando un mensaje. Tal vez estaba tratando de decirle que sentía haber sido tan frío las últimas semanas, pedirle perdón por las muchas discusiones que habían tenido.

La rodeó con los brazos y le indicó que se pusiera sobre él. Tara aceptó el reto con entusiasmo, poniéndose de rodillas y agarrando su pene con la mano. Lo introdujo en su interior y se hundió contra su cuerpo, disfrutando cada segundo de la forma tan perfecta en que él la llenaba. Empezaron a moverse juntos y él se tomó su tiempo con la rotación de sus caderas, golpeando su centro en el punto justo, empujándola ya cerca del límite. Ella luchaba por centrarse en ese momento y no dejar que su mente divagara. El puro éxtasis se lo ponía difícil. Era delicioso sentirlo dentro de ella y fantaseaba despierta con cómo sería estar realmente con el hombre de sus sueños. ¿Sería Grant ese hombre? ¿Podrían superar todo lo que se interponía entre ellos?

Ella luchaba por respirar mientras la presión aumentaba. Estaba claro que los dos estaban cerca, y ella se debatía entre querer cruzar la línea de meta o querer que aquella sensación tan dulce durara para siempre. El

momento era perfecto. Por muy patas arriba que estuviese todo lo demás a su alrededor, estar en la cama con Grant en ese momento era el lugar donde sentía que debía estar. De eso no tenía ninguna duda. El orgasmo irrumpió en ella de la nada. Grant la siguió casi de inmediato y ambos gritaron, permitiendo que el placer los envolviese, dejándolos sin aliento.

Ella se desplomó a su lado y extendió la mano sobre su pecho mientras él la rodeaba con el brazo. Grant le alisó el pelo y le besó la coronilla. Una y otra vez. Cada beso era un pequeño paso que la acercaba más a él. No recordaba haberse sentido así antes con un hombre. Ella y Grant eran iguales. Eran amigos. Y siempre tendrían una conexión. Ahora más profunda que la que habían tenido antes.

Capítulo Catorce

Tara se quedó allí dos noches. No durmieron mucho, pero a Grant le pareció mejor que bien. Quería que aquello durara para siempre: Tara en su cama, dándole todo el placer con el que había soñado durante años disfrutar con ella y aceptando sus caricias. De manera natural, habían llegado al punto en que él podía simplemente acercarse a ella, abrazarla y besarla. No quería llamarlo una fantasía hecha realidad. Era más bien un sueño, y así lo sentía, viéndola pasear descalza por su casa, viéndola recogerse el pelo en una toalla después de ducharse, despertando a su lado en la cama cada mañana. Tara era lo que le faltaba a esa casa. Tara era la pieza que faltaba en su vida.

Tenía que encontrar la manera de decírselo antes de que ella volviera a su casa. Era domingo por la mañana y ya habían hecho el amor dos veces antes del desayuno. Hacía tiempo que habían terminado todo lo que podían hacer ellos del proyecto del paseo sin la ayuda de Clay. Era solo cuestión de tiempo que ella se marchara, que volvieran a su anterior acuerdo en Sterling y que él estuviera en la cuerda floja. Si ella tenía éxito con el paseo marítimo, él podría perder el control sobre la empresa. Básicamente, se interponía en su camino, y él ya sabía que su relación con Astrid y Miranda se había fortalecido.

Pero había otra salida, al menos desde el punto de vista de Grant. Podían dirigir la empresa juntos, como una verdadera sociedad, en la oficina y fuera de ella. ¿Podría Tara llegar a verlo del mismo modo? ¿Querría ella compartir ese papel con él en el trabajo? ¿O decidiría simplemente que Grant no estaba a su altura? ¿Llegaría finalmente a la conclusión de que ella era demasiado para él?

—Este fin de semana ha sido increíble —dijo Grant mientras introducía el último plato del desayuno en el lavavajillas.

Tara estaba sentada en la isla de la cocina, aún con la taza de café entre las manos. Volvió la vista hacia el patio trasero para contemplar el

Pacífico. Las palmeras ondeaban al viento y el sol proyectaba sombras sobre la hierba. Grant estudió su perfil. Podía notar en la expresión de su rostro todo por lo que ella había pasado. Había sufrido tantas pérdidas en su vida y, aun así, seguía adelante. Era una superviviente y él sentía admiración por ella por ese motivo. Y no solo eso, sino que además la temía precisamente por esa cualidad. Era una mujer tan dura que parecía que jamás necesitaría a nadie. ¿Podría Tara llegar a necesitarle como él la necesitaba a ella?

—Realmente lo fue. —Tara dio un sorbo a su café y se volvió para mirarle. —Muchas gracias por salvarme el pellejo con el proyecto del paseo. Aún está por ver si Clay y yo podemos llevarlo a cabo, pero sin tu ayuda hubiese sido imposible directamente. Aún hay esperanza, así que gracias.

Grant caminó hasta la isla y se puso a su lado.

—Creo que hacemos un gran equipo. —Él lo creía en todos los sentidos, y quería decírselo. «Te quiero. Siempre te he querido». Las palabras daban vueltas en su cabeza constantemente, pero no podía decirlas por el miedo a que ella se asustara y saliera corriendo.

—Precisamente quería comentarte algo sobre eso... Sé que has estado en contra de este proyecto desde el principio, pero ¿considerarías venir conmigo a la presentación del viernes? Nos vendría bien un peso pesado como tú.

Grant quería apoyar a Tara, pero también quería darle la oportunidad de brillar por sí misma. No había participado en ese proyecto desde el principio y mucha gente de la oficina sabía que tenía reservas al respecto. Si quería convencerla de que debían dirigir Sterling juntos, ella necesitaría su propia victoria para demostrar al personal que estaba allí porque se lo había ganado. No quería ponerla en la misma situación que Johnathon hacía tantos años, que estuviese marginada por tener una relación sentimental con el director general.

—No creo que necesites mi ayuda. De verdad que no.

Tara frunció el ceño y lo miró fijamente.

—¿Después de todo el trabajo que hemos hecho este fin de semana? ¿No quieres llevarte el mérito? Creía que querías salir de la sombra de Johnathon. Pensé que era hora de que pusieras tu carrera en primer lugar.

—Tal vez esté cansado de hacer eso. Tal vez quiera que tengas tu propia victoria, Tara.

—O quizá intentas salvar tu pellejo porque no crees de verdad en este proyecto.

—Todavía no me convence Seaport. Lo siento —confesó Grant. —Me gustaría, pero no es así. Y si alguien puede hacer que esto funcione, eres tú.

Tara sacudió la cabeza y se levantó del asiento.

—Eso era lo que me preocupaba. No quieres poner tu nombre en este proyecto. No quieres ponerle tu sello de aprobación.

Grant se acercó a ella.

—Ya te lo dije hace un momento. Quiero que tengas tu propia victoria.

Ella escudriñó su rostro como si buscara respuestas o quizá algún indicio de que él no estaba siendo sincero. Grant no estaba seguro de lo que tenía que hacer para convencerla.

—Te conozco, Grant. Siempre darás prioridad a tu carrera. Por eso nunca te casaste. Por eso nunca pudiste conformarte con una sola mujer.

A él casi le entraron ganas de reír. Tara no podía estar más equivocada.

—Esa no es la razón.

—Johnathon siempre decía que eras el compañero perfecto porque estabas casado con tu trabajo.

Grant no quería enfadarse con los muertos. Pero le disgustaba enormemente que su mejor amigo lo hubiera pintado de esa manera. No podía estar más lejos de la verdad.

—He trabajado duro. Eso es cierto. Pero porque creía en la visión de la empresa y disfrutaba con los retos que me había propuesto. Pero esa no es la razón por la que nunca me casé.

Ella sonrió con satisfacción y enarcó una ceja.

—Ya... Demasiados peces en el mar como para conformarse con una sola mujer.

Él sacudió la cabeza.

—No. Nunca senté la cabeza porque no podía tener a la mujer perfecta.

—Quieres decir que no pudiste encontrar a la mujer perfecta. Eso es muy bonito, pero no deja de ser una fantasía. No existe la persona perfecta.

Sí la había. Al menos para él.

—Mira, Tara. Este fin de semana me ha demostrado muchas cosas. Tú y yo trabajamos bien juntos en todos los sentidos. Pero tengo que confesar que siento algo por ti. Siento algo muy fuerte. —Eso era lo más que podía decir. Seguía con miedo a decirle toda la verdad. No soportaría que Tara lo rechazara. Tara tragó saliva.

—¿Cómo se supone que voy a creer eso cuando justo la semana pasada fuiste muy poco amable conmigo? ¿Cómo voy a creerte cuando no quieres hacer la presentación conmigo?

—Tienes que creerlo porque es verdad. Sé que has dicho que solo quieres verme como un colega de profesión, pero necesito que al menos intentes verme como algo más que eso. Y si no lo haces, creo que estamos en un callejón sin salida. No puedo trabajar contigo y sentir lo que siento por ti. No pude hacerlo cuando Sterling empezaba y no puedo hacerlo ahora. —Tan pronto como dijo las palabras, se dio cuenta de que había hablado de más. —¿Qué has dicho? —Su tono de voz sonaba diferente.

—No quiero desenterrar el pasado. Quiero hablar del aquí y ahora. De nosotros. De todo lo que ha pasado este fin de semana. Ha significado algo para mí. Creo que me estoy enamorando de ti. —Las palabras habían estado dando vueltas en su cabeza durante tanto tiempo que era liberador decirlas por fin. También fue aterrador.

—No. No trates de engañarme. Quiero que me digas a qué te referías cuando dijiste que no podías trabajar conmigo en los inicios de Sterling.

Era el momento de sincerarse por fin, aun sabiendo que podría ser el punto de no retorno. Ella nunca le perdonaría lo que estaba a punto de decir.

—Cuando Johnathon me dijo que le preocupaba que trabajaras en la empresa, me puse de su parte. Le dije que era mejor que te fueras.

La mandíbula de Tara se tensó y sus ojos brillaron con un dolor que él nunca había visto.

—¿Perdona? ¿Te creíste eso de que no podíamos trabajar juntos porque estábamos casados? —Ella negó con la cabeza y se cruzó de brazos, como si necesitara protegerse de él. —No puedo creer que le apoyaras en eso. Fue una excusa estúpida echarme por eso.

Grant aspiró hondo para armarse de valor, esperando poder argumentar por qué había actuado así a pesar de saber que estaba mal. Y con la esperanza de que ella pudiera ver que ahora estaba dispuesto a enmendarlo.

—Ese no fue el argumento que utilizó conmigo para apartarte, Tara. Puede que él te dijera eso, pero no fue lo que me dijo a mí.

Tara tenía los ojos muy abiertos y expectantes.

—Entonces, ¿qué te dijo? —Dijo que tú eras una distracción.

—Estábamos casados. Yo no era nada de eso. Si lo fuera, no me habría dejado.

Una vez más, Grant estuvo tentado de maldecir a Johnathon. No se equivocaba. En cuanto ella hubo salido de la compañía, los ojos de Johnathon empezaron a desviarse hacia otras. Sabía que la había herido, pero esas no eran heridas que él debiera sanar. Tenía que centrarse en las cosas que había hecho y las razones de sus acciones.

—Eras una distracción para mí. Él se dio cuenta de cómo te miraba yo. Él sabía que nunca superé esa primera noche cuando nos conocimos. Lo intenté, Tara, pero fue imposible. Creo que habría sido diferente si no hubieras acabado con Johnathon.

—¿Así que todo esto se trataba de vosotros dos intentando superaros el uno al otro? ¿Él tenía que ganar y tú no podías soportar que lo hiciera?

Se acercó a ella, pero Tara se apartó. Sintió como si le arrancaran el corazón del pecho al revivir una vez más la historia. Todas las noches en las que habían salido, todas las cenas en casa del otro. Las vacaciones en las que se llevaba a cualquier mujer con la que estuviera saliendo en ese momento, pero en realidad solo quería a Tara a su lado. Se sentía tan avergonzado por eso... Pero era la verdad. Grant tenía que ver a su mejor amigo con la mujer que quería y no había nada que pudiera hacer al respecto.

—No. Se trataba de lo increíble que eras y la conexión que teníamos, pero no poder expresarte mis verdaderos sentimientos. Me volvía loco, Tara.

—Tengo que irme —dijo ella mientras se encaminaba por el pasillo de vuelta al dormitorio.

Grant pensó por un momento en dejarla marchar, pero sabía que si se lo permitía sería para siempre. Y no podría vivir con eso. Estaba tan

cansado de vivir con remordimientos. Así que la siguió. Cuando llegó a la habitación, ella ya estaba metiendo la ropa en su bolsa de viaje.

—¿Podemos hablarlo, por favor? Siento que has malinterpretado las cosas.

—Necesito espacio para pensar, Grant. —Tara se puso una mano en la cadera y la otra en la frente. Se quedó mirando al vacío, con los ojos desorbitados. —Me resulta muy difícil de creer que hayas estado enamorado de mí todos estos años, Grant. Tuviste tiempo de sobra para decírmelo.

—Pero... —empezó a hablar Grant.

Ella se volvió y lo cortó antes de que pudiera decir nada más:

—No. Creo que se trata de ti y de Johnathon. Él pensó en mí como un premio que arrebatarte y nunca se lo perdonaste. Creo que sentías lo mismo por Sterling, y luego él se murió, pero te dejó descolocado cuando le dio a todas sus esposas las acciones de la empresa. Así que ahora tienes una nueva cosa que no le puedes perdonar y que te ha hecho decidir que yo soy lo que tienes que ganar ahora.

Grant la agarró del brazo, pero ella se soltó al instante.

—¿Quieres saber lo que pienso? —dijo Grant mirándola fijamente. —Creo que tienes miedo de dejar entrar a alguien en tu vida. Johnathon te destruyó cuando te dejó y nunca te recuperaste. Y luego perdiste a tu padre, así que levantaste un muro y te convenciste de que la mejor forma de no volver a perder a alguien era no involucrarte nunca más con una persona. No volver a acercarte a nadie. Solo quiero que bajes la guardia y me dejes entrar. Eso es todo lo que quiero.

Tara apretó los labios con fuerza, conteniendo las lágrimas.

—Crees que me conoces, Grant, pero no es así. Dejo entrar a mucha gente en mi vida. Y no creo que pueda dejar que tú lo hagas.

—¿Por qué?

—Tenemos demasiados deseos contrapuestos. Es lo que destruyó mi matrimonio con Johnathon y eso también nos destruiría a nosotros.

—¿Estás diciendo que no sientes nada por mí? Porque, si es así, te juro que no volveré a sacar el tema.

—Creo que mi problema es que tengo demasiados sentimientos por ti ahora mismo, Grant. Y no todos son buenos.

Capítulo Quince

Tara llegó al trabajo el día de la gran presentación con un dolor de cabeza del tamaño del condado de San Diego. Había estado trabajando como una loca toda la semana, pero también lo habían hecho Clay y Astrid. Los tres estaban haciendo todo lo posible para que el proyecto saliera adelante, lo que suponía una carga de trabajo mayor de la esperada. Sandy había llamado diciendo que estaba enferma todos los días de la semana. Al parecer había enfermado con algún virus en Palm Springs.

Tara consideró varias veces pedir ayuda a Grant, pero como él se había mantenido a distancia, decidió no hacerlo. Se sentía mal por la discusión que habían tenido en su casa y quería disculparse, pero antes tenía que centrarse en la presentación. Era un gran reto que llevaba semanas afrontando y, en el fondo, sabía que el resultado determinaría su futuro. Si salía bien, intentaría quedarse en Sterling y poder llegar a un acuerdo de trabajo con Grant. Si iba mal, se iría. Era la única respuesta lógica. Vendería sus acciones a Grant o tal vez incluso se las daría. Él se las había ganado con creces.

En cuanto al aspecto personal de su relación, ella aún estaba asimilando las cosas que él le había dicho el domingo, sobre todo lo de que no estaba dispuesta a dejar que la gente se le acercara. Y era cierto, no podía evitarlo. La distancia se había convertido en su norma para relacionarse con los demás. Le facilitaba las cosas. Le permitía sobrevivir. Su vida había estado llena de dolor y pérdidas, pero siempre había encontrado la manera de seguir adelante. No podía permitir que la hirieran. Pero tal vez su persistencia había sido su perdición. No se había tomado el tiempo de detenerse y ver lo que la rodeaba. Siempre estaba en movimiento, así era más difícil que recibiera un golpe.

En cuanto al amor, no estaba segura. Grant le importaba profundamente. Estaba más unida a él que a cualquier otra persona que conociera. Se había convertido en su mejor amigo y, a veces, en su mayor

defensor. Pero ahora que estaban enfrentados le resultaba difícil pararse a pensar en los buenos tiempos. ¿Realmente se había enamorado de ella? ¿De verdad quería algo más? Porque ella sí quería más, pero también necesitaba una garantía de algún tipo. Una señal de que, si dejaba entrar a Grant dentro de su corazón, él se quedaría. Que, si realmente la amaba, la amaría para siempre. Ella no podía soportar otra pérdida, y perder su amistad con Grant sería también un golpe demoledor.

Astrid llamó a la puerta del despacho de Tara y agitó un papel en el aire.

—No creo que Sandy haya estado enferma toda la semana.

—¿Por qué dices eso?

—Lee esto. —Astrid dejó el fax sobre el escritorio de Tara. Era una carta de dimisión, sin más explicación por parte de Sandy que el hecho de que renunciaba. Era una lástima, había sido una parte fundamental en el equipo.

—¿Por qué? ¿Es que he hecho algo mal con ella? —Si esto era un presagio de cómo iban a ir las cosas ese día, Tara se preguntaba si no habría llegado el momento de tirar la toalla.

Astrid negó con la cabeza.

—Lo dudo. Probablemente aceptó un trabajo en otro sitio.

—Tal vez. —Nada de esto le sentaba bien a Tara, pero necesitaba concentrarse en la tarea que tenía por delante. Y después buscaría la manera de llegar a un entendimiento con Grant. —Terminemos de preparar las cosas y vayamos a buscar a Clay para ir hacia allá.

Tras cargar la maqueta y los paneles de presentación en una furgoneta de Sterling Enterprises, se dirigieron, con Clay al volante, a un local de reuniones que el ayuntamiento había alquilado en uno de los hoteles cercanos al paseo marítimo. Cuando llegaron se encontraron con mucho bullicio debido a la frenética actividad. Era difícil no fijarse en los modelos que presentaban las otras empresas que también participaban. Y también era difícil no sentirse intimidado. Había muchos peces gordos, gente sobre la que Tara había leído o a la que Johnathon había señalado en actos sociales. Muchos eran directores generales o presidentes de empresa. Pensó en la falta de confianza de Grant en el proyecto. No había cambiado de opinión sobre acompañarla. Si lo hubiera hecho, ya le habría dicho algo.

Entraron en la sala, prepararon el material siguiendo las instrucciones y esperaron a que llegara su turno. Las empresas competidoras no podían

entrar en la sala mientras había una presentación, así que Tara tuvo que pasear por el pasillo durante la espera.

—Por favor, para —dijo Astrid con una mano en el brazo de Tara.
—Todo irá bien.

Clay lanzó una mirada dubitativa a ambas.

—Eso no puedes saberlo. Puede que no vaya bien.

Astrid miró a Clay con expresión de desagrado.

—No seas tan negativa. Tenemos que intentarlo al menos.

Tara dejó de pasearse, pero eso la dejó apoyada en la pared y dando golpecitos con el pie. Maldita sea, ojalá Grant estuviera con ellos. Ojalá él creyera en las cosas que ella creía. Ojalá pudieran encontrar una manera de trabajar juntos.

Unos minutos más tarde, el equipo Sterling fue llamado a la sala. Cuando Tara cruzó el umbral y vio la larga mesa de representantes municipales que esperaban a oír su propuesta, tenía motivos de sobra para sentirse intimidada. Era el momento. Tenía que hacerlo o morir en el intento.

—Señoras y señores, me llamo Tara Sterling y vengo en representación de Sterling Enterprises. Estamos muy emocionados por la oportunidad de poder presentar nuestros planes para el paseo marítimo.

Milagrosamente, todo salió a la perfección. Cuando terminaron y salieron de la sala, Astrid y Clay, que normalmente no mostraba sus emociones de manera abierta, estaban entusiasmados.

—Vale. Me equivoqué. Ha ido bien —dijo Clay.

—Te lo dije. —Astrid le dio un manotazo en el brazo. —Ahora habrá que esperar hasta el lunes para tener una respuesta.

Tara tuvo que forzar la sonrisa. Había ido increíblemente bien, pero se sentía vacía. No era lo mismo sin Grant a su lado. No tenía la sensación de estar a punto de obtener la victoria como se suponía que iba a conseguir. Se sentía como si no significara nada, todo porque Grant no había estado allí con ella para presenciarlo. El pensamiento le hizo sentirse triste, pero también le hizo darse cuenta de que el mayor error que había cometido no estaba en la orientación para el paseo marítimo. Había sido dejar que el trabajo, una vez más, determinara su rumbo en la vida. Tendría que haber resuelto todo con Grant primero, los asuntos personales, y ya había dejado

que pasara una semana entera sin resolverlo. Una vez más, había dejado que la distancia amortiguara sus problemas.

—Volvamos —dijo Tara. —Quiero darle a Grant un informe completo.

Su corazón comenzó a acelerarse. Era hora de arriesgarlo todo. Pero por él, no por la empresa. Al diablo con todo si él no podía darle ninguna garantía. Si ella no lo dejaba entrar en su corazón, se arrepentiría durante toda su vida de no haberlo intentado al menos.

Iban de camino al aparcamiento cuando sonó el teléfono de Tara. Lo sacó del bolso y vio que era el número de la oficina principal de Sterling. Normalmente, Grant la llamaba desde el móvil, pero pensó que tal vez la estaba llamando desde la extensión de su escritorio.

—¿Grant? Me alegro de que hayas llamado. Tenemos que hablar. Ahora mismo.

—Señora Sterling, soy Roz, de recepción. Ha habido un accidente. Es el señor Singleton.

A Tara le dio vueltas la cabeza. Su visión se volvió borrosa. «No, no, no, no». No podía estar sucediendo. Se sintió mareada.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? Por favor, dime que está vivo.

—Sí, está vivo. Pero lo atropelló un coche.

—¿Atropellado por un coche? —El corazón se le desbocó de repente.

—Está en el hospital del centro —continuó la recepcionista. —Si todavía estás en el lugar de la presentación, está a tan solo cinco calles.

—Voy para allá. —Tara colgó y metió el teléfono en el bolso—. Grant está en el hospital. Tengo que irme ahora mismo.

—¿El hospital? ¿Qué ha pasado? —Astrid parecía tan horrorizada como se sentía Tara.

—No hay tiempo para explicaciones —soltó Tara.

—Yo te llevaré —dijo Clay.

—Llegaré más rápido si corro.

—¿Con tacones? —preguntó Astrid.

—Sí. Con tacones.

—¿Deberíamos ir contigo? —preguntó Clay.

—Id vosotros en la furgoneta y nos encontraremos allí. —Tara se puso en marcha antes de que ninguno de los dos pudiera responder. No tardó en darse cuenta de que sus zapatos de tacón eran un impedimento. Se los quitó y corrió descalza por las aceras de la ciudad, moviéndose entre la gente y tratando de ver por dónde iba mientras sus ojos se nublaban con las lágrimas.

«Si te mueres, Grant Singleton, jamás te lo perdonaré», se dijo a sí misma mientras esperaba ansiosa a que cambiara el semáforo en un paso de peatones. Cruzó en cuanto pasaron los coches, imaginando cómo sería la vida sin Grant. Era impensable. Si ya se sentía vacía por hacer una presentación sin él, ¿cómo sería el resto de su vida? Sus esperanzas para Sterling no significarían nada si Grant no estaba. Nunca sería capaz de volver al trabajo sin pensar en él. Pero su ausencia la atormentaría de una manera que la de Johnathon nunca lo había hecho. Ella y Grant habían compartido tanto en esa oficina. Se habían puesto el uno al otro contra las cuerdas. Y, sin embargo, él era la única persona que ella quería que la aprobara. Él era con quien quería compartir sus triunfos, así como sus fracasos.

«Dios mío. Me dijo que se estaba enamorando de mí y yo me fui sin más». Tara no podía creer que le hubiera hecho eso. Esperaba con toda la esperanza posible que estuviera bien cuando llegara al hospital. Tenía que estar bien y, si no lo estaba, esperaba que estuviera allí el tiempo suficiente para poder hablar con él. Toda esa emoción que se agolpaba en su interior tenía que ir a alguna parte. No podía dejarle marchar sin que hablaran.

Mientras corría hacia la entrada de Urgencias, empezaron a venirle a la mente flashbacks de lo ocurrido con Johnathon. De su padre. Incluso de su madre. Tantas personas que amaba, todas desaparecidas. No podría soportar que eso volviera a suceder. Ella simplemente no podría seguir adelante si perdía a Grant.

Corrió hacia la sala de enfermería.

—¿Grant Singleton? —Apenas pudo pronunciar las palabras antes de que se le saltaran las lágrimas. Ella no era así en absoluto. Normalmente mantenía la compostura, especialmente en un momento crítico.

La enfermera pulsó unas teclas del ordenador.

—¿Y usted es?

—La mujer que lo ama y que ha venido corriendo descalza cinco calles para estar aquí por él.

La enfermera esbozó una amplia sonrisa.

—Tienes que volver a ponerte esos zapatos antes de pasear por el hospital.

—Sí. Vale. —Tara volvió a calzarse. Le dolían mucho los pies, pero no le importaba.

—Está en la habitación dieciocho. Por ese pasillo, primero a la derecha, luego a la izquierda.

Tara ya estaba en camino, pero no podía correr como lo había hecho en la calle. El corazón aún le latía con fuerza y, maldita sea, las lágrimas no paraban. Le corrían por las mejillas y el rímel le manchaba la blusa. Cuando llegó a la habitación, pudo comprobar que se trataba de una de esas habitaciones grandes con puertas correderas de cristal. Un médico y varias enfermeras estaban apiñados a su alrededor. Tara irrumpió por la puerta.

—Grant. Estoy aquí. —Alcanzó a ver su rostro, aquel que tanto amaba, y algo le estrujó de tal manera el corazón que apenas podía mantenerse en pie. Tenía moretones y rasguños. Y uno de sus ojos estaba tapado con un vendaje.

—Tara —consiguió decir él con la voz algo ronca. Incluso tenía una pequeña sonrisa en la cara. ¿Estaba delirando?

Tara empujó a una de las enfermeras.

—Lo siento. Pero tengo que hablar con él. —Le agarró la mano y le besó los nudillos, llevándoselos a los labios y aspirando su olor. —No puedes morirme. No te dejaré.

Una de las enfermeras se rio, lo que le pareció de muy mala educación.

Pero entonces una sonrisa aún más grande se dibujó en los labios de Grant.

—No voy a morir.

El médico se inclinó hacia él.

—No va a morir. Tiene una contusión y algunas costillas rotas. Ese taxi le dio un buen golpe.

«No va a morir. No va a dejarme». Tara jadeó sin acabar de creérselo del todo y las lágrimas brotaron como un grifo.

—Estás llorando —dijo Grant.

—Claro que estoy llorando. —Se inclinó y le besó la frente unas cien veces.

—No te gusta llorar. Lo odias. Nunca lo haces.

Esa era la vieja Tara. Con suerte, ya no volvería nunca.

—Te amo. Te amo tanto... Fui una idiota por no verlo durante todos estos años.

La sonrisa de Grant se hizo todavía más grande, iluminando su pobre rostro magullado.

—Yo también te quiero, cariño.

«Gracias a Dios». Por fin un poco de alivio. Se secó las lágrimas de los ojos.

—Eres lo mejor de todo mi mundo. Voy a renunciar a Sterling. Te daré mis acciones. Puedes quedártelas.

—Tara. ¿Y las otras esposas?

Eso pareció llamar la atención de las enfermeras. Todas dejaron de hacer lo que estaban haciendo y miraron a Tara y Grant.

—Es una larga historia —dijo Tara mirándolas. Luego volvió a prestar atención a Grant. —Las dos me importan mucho, y odio romper mis promesas, pero lo haré. Solo te quiero a ti.

—Por favor, no dimitas. Te necesitamos en la empresa. Yo te necesito. No puedes irte. —Grant se incorporó un poco para poder estar más erguido en la cama. Por las muecas que hacía, se veía que sentía mucho dolor. Tara se sentó en el borde de la cama para estar más cerca de él.

—Johnathon te echó de la empresa en parte porque no podía trabajar contigo. Pero yo no soy Johnathon.

Tara lo miraba mientras su mente luchaba por comprender sus palabras.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Dónde está la enfermera? Tiene mi ropa.

—¿Tu ropa? —preguntó Tara sin entender.

—Aquí está —contestó la enfermera, entregándole una bolsa de plástico transparente. El carísimo traje de Grant estaba metido en ella.

Le costó abrirlo, así que Tara le ayudó.

—¿Qué puede ser tan importante para que necesites sacarlo de ahí ahora?

—Espera un momento. —Sacó la chaqueta del traje y rebuscó dentro del bolsillo hasta sacar de él una pequeña caja negra.

Tara se llevó la mano a la boca.

—No.

—Esta no es la forma en que quería hacer esto. Iba de camino a tu presentación cuando me metí en una calle y el taxi salió de la nada. Quería estar allí para ti. Quería sorprenderte.

Grant señaló la caja.

—¿Ibas a darme eso después?

—El domingo comprendí que necesitabas algo más para convencerte. Pensé que esto podría ayudar. —Él abrió la caja. Dentro había un anillo de platino con un diamante. —Esto no se parece en nada a lo que había planeado, te lo aseguro. Pero estoy cansado de esperar. ¿Quieres casarte conmigo?

«No esperes a ser feliz». Las palabras de su padre resonaron en su cabeza como campanas de iglesia.

—Sí, Grant. Dios, sí. Claro que sí. —Ella bajó la cabeza y depositó un delicado beso en sus labios. No quería hacerle daño. Ahora no. Ni nunca.

Él la sorprendió agarrándola del brazo y tirando de ella para acercarla, luego la besó con tanta pasión que ella hasta se mareó. Cuando se apartó, Tara apoyó la frente en la suya.

—Ese beso me ha dolido, pero sin duda ha merecido la pena —dijo Grant.

Grant permaneció todavía tres días más en el hospital. Aún no podía creer que su gran plan de pedirle matrimonio a Tara se hubiera arruinado de aquella manera. Pero ella lo había hecho tan feliz al decir que sí. Era lo más dulce que había oído nunca, y llevaba mucho tiempo esperando oírlo de su boca.

Tara lo llevó de vuelta a su casa, donde trabajaría desde la cama durante una semana hasta que pudiera volver a la oficina. No estaba ansioso por volver al trabajo, pero sí de sentirse lo suficientemente bien como para hacer el amor con Tara y aprovechar al máximo el tiempo con ella.

—Hola. ¿Cómo está mi guapo paciente? —Tara entró en su habitación con el brazo lleno de cosas: una botella de agua, una naranja y su portátil. —Imaginé que querías revisar el correo electrónico. Todo el mundo ha estado muy preocupado por ti.

Grant le quitó el ordenador y lo dejó a un lado sobre la cama. Tara colocó las demás cosas en la mesilla de noche. Entonces él palmeó el colchón.

—Ven. Siéntate. Quiero que hablemos.

Ella le dedicó una sonrisa pícaro.

—¿Seguro que eso es lo único que quieres hacer?

—Estoy en ello, te lo aseguro, pero por ahora se trata solo de una conversación.

Tara se plantó en el borde de la cama y se concentró para oír lo que él le tuviera que decir.

—Estoy preparada, adelante.

Él se rio y le agarró la mano, llevándose los dedos a los labios.

—Tienes que quedarte en Sterling. Sé que dijiste que no estabas segura de esa parte, pero, si quieres quedarte, debes hacerlo. Te necesitamos. Yo te necesito.

—Aún no tenemos noticias del ayuntamiento. Se supone que hoy anunciarán quién ha pasado a la siguiente ronda. No paro de mirar el teléfono por si ya han dado una respuesta.

—No me importa lo del proyecto del paseo. Quiero decir, me importa, porque quiero esto para ti, pero a largo plazo no es importante. Siempre estuviste destinada a ser una pieza clave en la empresa y también es parte de mi trabajo hacer que todo lo que sea bueno para Sterling permanezca dentro de la empresa.

—Pero tendríamos que pensar en una manera de que todo encaje. Cuáles serían mis responsabilidades.

—Creo que deberíamos ser codirectores. Dirigir la empresa juntos, al mismo nivel los dos.

Tara se quedó en shock durante unos segundos.

—Oh, vaya. ¿De verdad crees que eso funcionaría? ¿No arruinaría tus sueños de dirigir la empresa?

—Tara, querida. Eres el amor de mi vida. Eres mi sueño. Sterling es algo secundario para mí. En serio.

Tara respiró hondo y asintió con la cabeza, procesando todo lo que él acababa de decirle.

—¿Tendría el despacho contiguo al tuyo?

—No hace falta decirlo. El que tú quieras. Puedes empezar a elegir los muebles cuanto antes.

—¿Y no te hartarás de mí? ¿Estar conmigo en el trabajo todo el día y luego tener que verme también por la noche?

Una carcajada profunda y sincera salió de la garganta de Grant.

—Tienes que estar bromeando. Eso suena increíble, sería maravilloso.

Ella sonrió y se inclinó para estar más cerca, luego lo besó suavemente en los labios.

—Te quiero, Grant Singleton.

—Yo también te quiero. —Era tan agradable poder decirlo abiertamente. Dejar que las palabras fluyeran libremente de sus labios. Se sentía como si hubiera esperado toda una vida para hacerlo.

El teléfono de Tara sonó con un mensaje de texto. Lo sacó del bolsillo del pantalón y sus ojos se abrieron como platos al leerlo y se llevó la mano a la boca.

—Es de Astrid. Hemos pasado a la segunda ronda. —Tara giró el teléfono para mostrarle el mensaje.

La felicidad que sentía por ella era tan pura que apenas podía soportarla. Se había opuesto al proyecto y ahora estaba encantado.

—Es increíble. Sabía que lo harías. Lo sabía.

—Astrid estará encantada de trabajar codo con codo con Clay. Sospecho que podría haber algo entre ellos.

—Oh, cielos. Creo que un romance en la oficina es más que suficiente.

—¿Sabes? —Tara dejó su teléfono. —Ni siquiera necesitaríamos la aprobación de los demás accionistas para que tú y yo fuéramos codirectores. Entre tú, Astrid, Miranda y yo, tenemos el setenta y uno por ciento. Es más que suficiente para aprobar una votación.

—¿Seguro que puedes mantener a raya a las otras esposas?

Tara asintió, parecía muy segura de sí misma.

—Astrid está de nuestro lado, eso seguro. En las últimas semanas se ha adaptado muy bien. Y Miranda estará encantada de que hayamos superado el primer obstáculo con el proyecto del paseo —dijo convencida.

—Aún tengo que hablar con el ayuntamiento para que el parque lleve el nombre de Johnathon. Miranda quiere que lo intente.

Grant negó con la cabeza y curvó el dedo para invitar a Tara a acercarse.

—Ven aquí. —No quería seguir hablando de Johnathon, Astrid o Miranda. No quería hablar de trabajo. Quería disfrutar de aquel momento con su futura esposa. Ella le dio otro beso suave en los labios.

—No deberíamos hacer nada, Grant. Aún te estás recuperando.

«Al diablo con eso». La rodeó con los brazos, tiró de ella y la puso boca arriba. Se quedó tumbado sobre ella, con las costillas doloridas, pero sin importarle en absoluto. Ella era todo lo que siempre había deseado. Y había llegado el momento de empezar a vivir juntos de verdad.

Él tenía los ojos muy abiertos y la miraba con lágrimas en los ojos.

—Grant. ¿Qué te pasa?

—Te quiero, Tara. Eso es lo que me pasa. —Bajó la cabeza y le susurró al oído—: Y estoy deseando convertirte de Sterling a Singleton.